

EL LABERINTO

DE SOMBRAS

Lectulandia

Los Incendiaros parecen haber encontrado Kilmore Cove... o, por lo menos, se han acercado peligrosamente. Por eso, Julia, Tommy y Rick estarán alerta, pero impedirles el paso a la ciudad no será nada fácil.

Mientras tanto, Anna y Jason deciden cruzar la Puerta del Tiempo y, guiados por un gigante, descenderán hasta un oscuro laberinto subterráneo que esconde la clave del misterio de las puertas... y amenazas insospechadas.

Lectulandia

Pierdomenico Baccalario

El laberinto de sombras

Ulysses Moore 9

ePub r1.0

Titivillus 11.07.2019

Título original: *Il labirinto d'ombra*
Pierdomenico Baccalario, 2009
Traducción: María Lozano
Ilustraciones: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com



Capítulo 1

Los TRES SOPLONES

El sol de media tarde bañaba los tejados del pequeño pueblo de Kilmore Cove con su cálida luz dorada. A pocos pasos de la dársena de la bahía, las sombras se adensaban tras las casas de la antigua aldea y en los callejones reinaba una calma casi absoluta.

En todos excepto en uno.

Los tres primos Flint, recostados contra la pared de una casa, respiraban fatigosamente, la cara roja, las tres bocas abiertas de par en par para almacenar la mayor cantidad de aire posible, los pulmones ardiendo por el cansancio.

—¿Lo habéis visto? —preguntó en primer lugar el Flint mayor, que era el que parecía más cansado y asustado de los tres.

El Flint pequeño, el cerebro de la banda, les hizo ademán de que esperasen un momento (todavía tenía que recobrar el aliento) y se apoyó en el hombro del Flint mediano, doblado en dos por el esfuerzo.

—¿Lo habéis visto o no? —insistió el Flint grande, lanzando miradas preocupadas hacia la esquina que acababan de doblar como si temiera ver aparecer de un momento a otro esa «cosa» de la que habían huido corriendo a todo correr.

—¿A ti te parece... que no lo hemos visto? —consiguió decir por fin el Flint pequeño entre jadeos.

—Eso digo yo. ¿A ti te parece que no lo hemos visto? —le hizo eco el Flint mediano, a quien le gustaba repetir todo lo que decía el Flint pequeño.

—Es evidente que lo hemos visto —remachó el Flint pequeño—. Si no, no habríamos salido huyendo. No tan rápido por lo menos.

—Eso. No tan rápido.

El Flint grande se dejó caer al suelo. O mejor dicho cayó al suelo, dejando en la pared un rastro húmedo de sudor que parecía una gigantesca baba de

caracol. Después se llevó las manos a la cabeza y dijo gimoteando:

—Pero ¿se puede saber qué era?

—No lo sé —admitió el Flint pequeño.

—¿Y cómo vamos a saberlo? —añadió el Flint mediano—. ¡Hemos salido corriendo sin ni siquiera mirar atrás!

—Yo no he salido corriendo —puntualizó el Flint pequeño—. ¡Vosotros lo habéis hecho y yo no he querido dejaros solos!

El Flint grande levantó la cabezota. Había apretado tan fuerte las yemas de los dedos contra las sienes que ahora tenía en la cara una decena de marcas circulares rojas.

—¿Qué, qué, qué? ¡Pero si el primero que ha echado a correr has sido tú!

—¡No es verdad!

—¡Sí que es verdad! —insistió el Flint grande—. He visto... mejor... he oído que pasabas a mi lado corriendo como un rayo y, aunque no sabía por qué, me he dicho: «¡Si escapa él, escapo yo también!». Solo sé que un segundo antes estábamos siguiendo a esa chica...

—*Esa* chica tiene un nombre. Se llama Julia —le corrigió el Flint pequeño—. Julia Covenant.

—Ya... Y, aunque te lo tengas bien calladito, a ti la chica te gusta ¿verdad? —dijo el Flint mediano con una sonrisa maliciosa.

Las mejillas del Flint pequeño se tiñeron de un color rojo encendido que no tenía nada que ver con el esfuerzo de la carrera.

—¿Y a qué viene eso ahora?

—¿Has oído, primo? ¡No ha dicho que no!

—¡Lo he oído! ¡No ha dicho que no!

—¡No es esa la cuestión! —gritó el Flint pequeño, exasperado—. La cuestión es que estábamos siguiendo a Julia Covenant...

—Mira cómo lo dice: Julia Covenant...

—Je, je, je. ¡Pero qué gracioso eres, primito!

Volaron un par de pisotones, un patadón y algún que otro empujón, y en un abrir y cerrar de ojos los tres gamberros estaban rodando por los suelos.

—¡Julia!

—¡Ay!

—¡Suéltame el brazo! ¡Me haces daño!

De repente el Flint pequeño cogió a los otros dos del pelo como quien coge las riendas de una carroza.

—¡Basta ya! ¡Estaos quietos! —gruñó.

—¡Vale! ¡Vale! ¡Me estoy quieto!

—Sí, sí, yo también. ¡Pero dile que me suelte la oreja!

Se acordó una rápida tregua. Sentados juntos, los tres primos se lanzaron miradas suspicaces. El Flint grande se frotaba el cuero cabelludo. El mediano se controlaba las orejas para asegurarse de que aún estaban las dos en su sitio. El pequeño los miraba con los brazos cruzados, furibundo.

Una gaviota pasó por la franja de cielo que quedaba encima de sus cabezas, planeando hacia las colinas con un chillido estridente.

—Estábamos diciendo... —jadeó el Flint pequeño— que íbamos siguiendo a Ju... a la chica y cuando estábamos en lo mejor, cuando estábamos a punto de cogerla...

Ninguno de los otros dos rechistó.

—... nos hemos encontrado frente a frente con esa especie de... monstruo.

—Sí. Ha salido de la nada —asintió con convicción el Flint mediano.

—Pues yo ni siquiera lo he visto, el monstruo ese —admitió el Flint grande—. Me había quedado un poco atrás...

—A la fuerza: ¡con lo gordo que estás! —exclamó el Flint mediano riéndose.

—¿Y tú qué? ¡Tú estás hecho un palo!

—¡SILENCIO! —gritó el Flint pequeño—. ¡Callaos de una vez, no entiendo nada!

—Pues si te sirve de consuelo, yo tampoco entiendo nunca nada... —empezó a decir el Flint grande, pero las miradas que le lanzaron los otros dos hicieron que se tragara el resto de la frase.

El Flint pequeño miró al primo mediano.

—Al menos tú... ¿lo has visto?

El otro se masajó el brazo magullado, controló la rozadura del codo y contestó:

—Sí, creo que sí.

—¿Y cómo era?

—Era un monstruo.

—Eso —asintió el Flint pequeño—. Un monstruo. Es lo mismo que he pensado yo. Pero ¿te acuerdas de cómo era?

—No era muy alto.

—No. Yo diría que era... más o menos como nosotros.

—¿Como tú o como él?

—Bueno, entre él y yo... Pero lo verdaderamente aterrador era su cara.

—Sí. La cara.

—Era... no sé... monstruosa.

—«Monstruosa», ¿cómo? —intervino el Flint grande, que hasta ese momento había permanecido en silencio escuchando la descripción de los otros dos.

El Flint pequeño se puso una mano delante de la nariz y representó una especie de pico larguísimo.

—Era como... como un pajarraco negro. Un hombre gigantesco con la cabeza de un pajarraco negro.

—Uau —exclamó el Flint grande, mientras un escalofrío le recorría la espalda—. ¿Y qué hacía aquí?

—No lo sabemos: hemos salido corriendo.

—Eso. ¿Cómo podríamos saberlo? —corroboró el Flint mediano.

Se quedaron en silencio durante un rato.

—Nuestros jefes nos han pedido que vigilemos a los Covenant —dijo de pronto el Flint pequeño, pensativo—. Y que descubramos qué están tramando. A lo mejor una de las cosas que tenemos que descubrir es quién es ese «hombre pájaro».

—Sí, eso. ¡A lo mejor tenemos que descubrirlo! —repitió el Flint mediano.

—Entonces no tendríamos que haber salido corriendo —añadió el Flint grande.

El Flint pequeño trazó unas curvas en la arena.

—Tenemos que volver atrás. Enseguida. Y descubrir lo que está pasando.

—Y, además, a estas horas el monstruo ya se habrá ido a comer... ¡Es casi la hora de cenar! —observó satisfecho el Flint grande.

—Pero ¿quieres callarte de una vez? —lo reprendió el primo pequeño. Después miró fijamente a los dos primos, concentrado—. Recapitulemos. Primero: dos tipos con un Aston Martin alucinante nos dejan dar una vuelta en el coche a condición de que vigilemos a los Covenant. Segundo: ayer Banner sale de casa a medianoche y no vuelve. Tercero: también ayer, Jason Covenant nos lanza esta moneda... —Sacó del bolsillo un pequeño disco de metal dorado y se lo volvió a meter rápidamente dentro... y tampoco él vuelve. Y hoy, para acabar, llega al pueblo un monstruo con cara de pájaro y va a buscar a Julia Covenant.

—Dos se van y uno viene... —comentó el Flint mediano, con el tono de quien está demostrando un complicado teorema de matemáticas.

—¿Y eso qué significa?

—Nada. Era solo una observación.

—¿Y? —preguntó impaciente el Flint grande, que no había entendido ni una palabra de todo el asunto y solo pensaba en llevarse algo a la boca.

—Pues eso: que tenemos que volver atrás e intentar averiguar por dónde se ha ido el monstruo ese. Y lo que le ha pasado a Julia.

—Sí, es verdad: la chica... ¿Tú crees que...?

—No —zanjó tajante el Flint pequeño.



Capítulo 2

El GIGANTE DORADO

El gigante llegó hasta el umbral de la puerta de marfil y su silueta oscura lo llenó por completo.

Era altísimo. Medía más de dos metros.

Rick y Anna retrocedieron, atemorizados ante el avance imparable de aquella figura inquietante. Las largas sombras de la noche se deslizaban en torno a ellos como si fueran negras manchas de tinta. En el exterior del extraño edificio circular en el que se encontraban, la lluvia implacable y el rugido del temporal, amenazador y sordo, solo conseguían intensificar su miedo.

El hombre se detuvo en el umbral de la Puerta del Tiempo de Arcadia.

Y permaneció allí, mirando a su alrededor.

Después movió lentamente la mano delante de él, como si estuviera limpiando la superficie de un espejo, y en el aire danzó una nube de polvo de color dorado, acompañada de un leve chisporroteo.

Anna se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Entonces espiró y, junto con el aire, intentó expeler las ansias y las preocupaciones acumuladas hasta ese momento. ¡Había sido todo tan rápido! Última, la mujer que los había conducido hasta esa habitación, había desaparecido. Era ella la que le había entregado la llave con forma de cuervo y la que le había invitado a abrir la puerta de marfil. Después Jason había atravesado el umbral. Anna lo sujetaba de la mano mientras él avanzaba a tientas en la oscuridad... Pero después... después había perdido el contacto con sus dedos, un instante antes de que la puerta se cerrara dando un portazo.

Y cuando Rick y ella la habían vuelto a abrir, Jason ya no estaba y en su lugar había aparecido aquel gigante.

Quienquiera que fuera, en el fondo no parecía tan peligroso.

Iba vestido como un antiguo griego: una faldita ligera, botas bajas de piel,

un cuerno en bandolera, una cantimplora mellada y una daga en la cintura. Tenía la cabeza calva y reluciente como un espejo, era estrecho de hombros y tenía los brazos delgados.

En sus dedos lucía varias joyas.

De repente dejó de mover las manos en el aire.

—Yo os veo, ¿y vosotros? ¿Me veis? Os lo digo a vosotros dos, los de ahí abajo. ¡Sé que estáis ahí!

Su voz era cálida y profunda y hablaba con una extraña entonación, como si estuviera recitando un poema.

Anna se refugió aún más entre la penumbra, esperando que el hombre no consiguiera verla. Pero él continuó:

—Una chica de negro vestida y un pelo pelirrojo que la estrecha como si fuera su vida.

Después inclinó la cabeza como para pasar bajo el arquitrabe de la puerta. Pero se quedó parado de pie, en el umbral, mirándolos con curiosidad.

Al lado de Anna, Rick tembló. Dejó caer el brazo con el que, sin ni siquiera darse cuenta, la había abrazado y dio un paso hacia delante.

Anna intentó detenerlo, pero Rick le hizo entender, solo con una mirada, que quería intentar hablar con el desconocido.

Dio un paso más hacia la puerta, abierta de par en par.

—¿Quién eres? —preguntó, intentando controlar la voz para que no se transparentaran los nervios.

—Así que a hablar te has dignado, pequeño hombre del pelo rojo crinado.

Rick se sintió más bien molesto al oír esas palabras, pero siguió avanzando.

—No hace falta que hables así —dijo.

—¿Qué es lo que te molesta? —preguntó sorprendido el gigante—. ¿Mi voz, lo que digo, la rima? ¿Qué detestas?

—La rima —admitió Rick—. Siempre he odiado las rimas.

El gigante sonrió y se puso en jarras. Fuera, la lluvia empezó a caer con más fuerza.

—Y además, todavía no me has dicho quién eres... —insistió Rick, avanzando con cautela—. Ni tampoco adónde ha ido Jason.

—¿Jason? ¿Quién es Jason?

Detrás de su amigo, protegida aún por las sombras de la habitación, Anna no pudo contenerse por más tiempo.

—¡Acaba de entrar por esa misma puerta! ¡Tienes que haberlo visto! —chilló exasperada.

—¡También la doncella, si irritada, fabliella! —exclamó entonces el gigante, antes de estallar en una estruendosa carcajada.

—Jason es nuestro amigo —explicó Rick, indicando la puerta—. Y acaba de entrar... donde estás tú.

—¡Ah, sí, pues claro! Esta justo aquí detrás, en el sendero escarpado.

—Por favor... —gimió Rick, cada vez más molesto por la cantilena.

—¿Qué favor, mi buen señor?

—¡Deja de hablar con rima! —gritó también Anna desde el fondo de la habitación.

—Pero ¿no sois zagales? —preguntó entonces el gigante—. Yo sé que si les hablas con rimas cabales y añades danzas, enigmas y chanzas, quedarán siempre contentos al oír tus remembranzas.

—No somos «zagales» —subrayó Rick, esforzándose por mantener la calma—. ¡Y, sea lo que sea lo que nos quieres contar, tu modo de hablar es insoportable!

El tono de voz y la actitud del gigante cambiaron de repente: tenía un aire compungido, como si las palabras de Rick lo hubieran herido en lo más hondo.

—Y sin embargo hubo un tiempo en que esto gustaba, un tiempo en que esto se nos demandaba...

Un estruendo ensordecedor, como el golpe de un gigantesco martillo sobre una enorme plancha de metal, retumbó en la habitación. Un rayo debía de haber caído no demasiado lejos, rasgando la cortina de lluvia que envolvía el edificio y las demás ruinas de Arcadia.

Por primera vez, Rick cruzó su mirada con la mirada del gigante.

Sus ojos eran dorados y grandes como los ojos de los gatos.

Pero parecían surcados por el dolor y la melancolía. Los ojos de alguien que durante demasiado tiempo había permanecido recluido en una soledad forzosa.

—Yo me llamo Rick —se presentó entonces el chico—. Rick Banner. Espera, no me interrumpas: no sé todavía quién eres ni qué haces aquí, pero tengo la impresión de que no quieres matarnos. ¿Es así?

El gigante estuvo a punto de replicar. Después, lentamente, asintió.

—Y ahora, ¿puedes decirnos quién eres?

El gigante exhaló una larga bocanada de aire.

—Céfiro, para serviros —respondió, inclinando la cabeza a modo de saludo—. Desde hace largos años mi vida es morir y en silencio sufrir. He

invocado y vagado, vagado e invocado. Buscaba a alguien y a alguien he encontrado.

—Y con esto habrás agotado tu colección de rimas, espero.

El gigante se encogió de hombros.

—Como te estaba diciendo, yo soy Rick, y ella es Anna.

Se dio la vuelta para decirle a la chica que viniera a su lado. Anna salió incierta de entre las sombras, mientras un segundo trueno, esta vez algo más cercano, hacía vibrar la sala con su estruendo.

—Es un placer, princesa...

Haciendo un gran esfuerzo, Céfiro consiguió ahogar la rima con la que pretendía completar el saludo.

—Muy bien. Pues ahora que nos hemos presentado, podríamos intentar averiguar qué estamos haciendo aquí... —propuso Rick.

—¿Por qué no podemos ver a Jason? —preguntó Anna de sopetón, echando una ojeada detrás de la puerta.

Céfiro se hizo a un lado para que pudieran mirar mejor, pero todo lo que los chicos consiguieron distinguir fue la leve nube de polvo dorado que se disolvía lentamente en la oscuridad.

—¡Jason! —interpeló Anna.

—Está aquí conmigo, princesa. Y está hablando. Mejor dicho, no para de hablar. No ha dejado de hablar ni un instante.

—¡Pues nosotros ni lo vemos ni lo oímos! —exclamó Rick irritado.

—Vuestro amigo —refirió Céfiro— os invita a pasar a este otro lado.

Ahora el gigante hablaba más lentamente, esforzándose por expresarse sin recurrir a las rimas.

—¿No sería mejor que vinieseis aquí vosotros dos? —preguntó Anna.

—Oh, no. —Céfiro sonrió, volviendo a mover las manos—. Si se entra, no se puede salir, ¿sabéis?

Anna y Rick abrieron los ojos de par en par.

—¿Qué quieres decir con que no se puede salir?

—Quiere decir que nadie que esté en este otro lado puede volver a cruzar el umbral.

—¿Y eso por qué?

—No conozco la respuesta, mi joven amigo.

Rick apretó los puños. Él, sin embargo, sí conocía la respuesta: era porque habían perdido el contacto con la mano de Jason cuando la puerta se había cerrado bruscamente. Y porque aquella puerta era una puerta incompleta. Por

allí había entrado, sin salir nunca más, buena parte de los habitantes de Arcadia.

—¡Estás mintiendo! —exclamó Anna.

—¿Y por qué debería mentir, princesa?

—¡Jason! —gritó la chica, asomándose al umbral—. Jason, ¿me oyes?

Rick la sujetó para que no se asomara más de la cuenta.

—Es un esfuerzo vano, princesa. Él no os puede oír, así como vosotros tampoco podéis oírle a él. Pero, si queréis, yo puedo hacer de intermediario.

—Sí... ¿Y cómo es que tú puedes hablar con los dos lados? —preguntó Rick, con tono desconfiado.

—¿Quizá porque nací en este lado?

Rick no sabía qué pensar, pero la respuesta no era del todo absurda y podía tener su lógica.

—Si no creéis que está aquí y que está bien —continuó Céfiro—, hacedme una pregunta a la que solo vuestro amigo pueda contestar.

Rick no se lo pensó ni un segundo.

—Pregúntale cuál es su cómic favorito.

El hombre asintió, se volvió en la oscuridad y formuló la pregunta. Después de unos instantes, volvió a asomarse al umbral y respondió:

—Dice que es *Doctor Mesmero* y que a ver si os dais prisa porque no tiene ningunas ganas de seguir más tiempo ahí solo esperando.

Rick asintió.

—Es él.

Anna notaba cómo el corazón le latía atropelladamente; era lo que le ocurría siempre que sucedían cosas que no conseguía explicarse. Las palabras del gigante resonaban sin cesar en su cabeza, sin encontrar un lugar tranquilo donde posarse.

—Vuestro amigo insiste —prosiguió Céfiro, mirándolos fijamente con sus grandes ojos dorados—. Dice que aquí están las cosas que estabais buscando. Ahora rectifica. Dice que no sabe seguro si están, pero que está prácticamente seguro de que están.

—¿De qué «cosas» está hablando? —preguntó Rick.

La respuesta de Céfiro se hizo esperar unos segundos, pero fue decididamente esclarecedora:

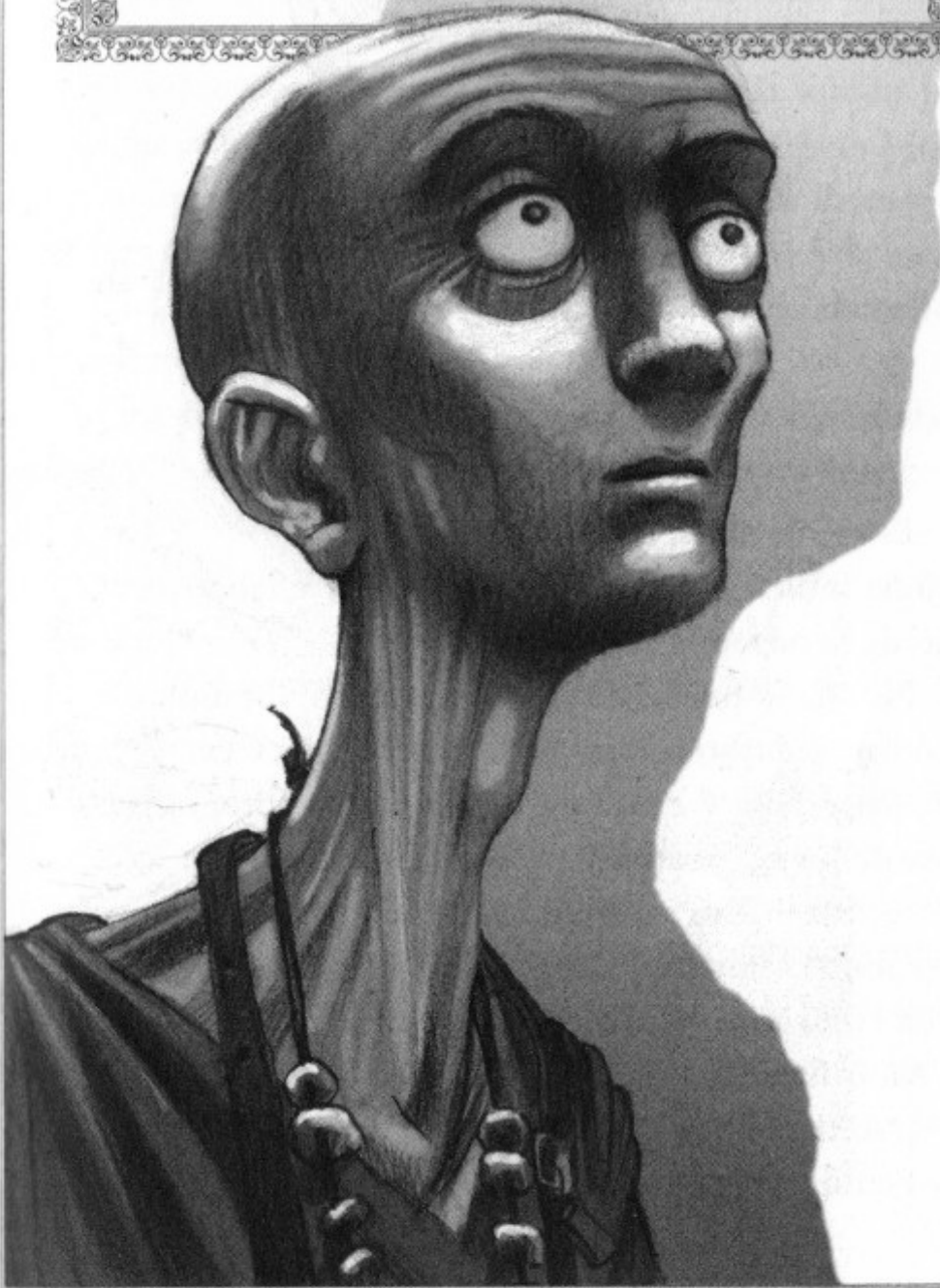
—Las que os ayudarán a salvar a Última y el Pueblo que Muere. Y a volver a casa rápidamente.

Nombre: **Céfiro**

Nacido en: al otro lado de la puerta de Arcadia, en fecha imprecisa

Dirección: territorios fronterizos situados justo fuera del Laberinto

Particularidades: forma parte de la tercera generación de habitantes de las Tierras de Frontera, el misterioso territorio oscuro que rodea el Laberinto





Capítulo 3

BOLLOS *con* CREMA

—Es ese de allí abajo, ¿lo ves?

Julia indicó la moto con sidecar que estaba aparcada al lado de la carretera de la playa.

—No me lo puedo creer... —murmuró Tommaso. Se colocó bajo el brazo la capa doblada del conde Cenere, la máscara veneciana y el álbum con todas las fotografías de la Casa de los Garabatos, y no consiguió dar ni un solo paso más—. ¡Atiza! ¿Ese es Ulysses Moore?

—Chissst —susurró Julia—. ¿Te has vuelto loco?

La chica miró a su alrededor, nerviosa, pero por suerte no había nadie que hubiera podido oírlos.

—¡No tienes que llamarlo por ese nombre!

—Perdona, pero es que después de haber leído todos sus libros... es muy emocionante para mí estar a pocos pasos de su mítico sidecar.

—Ah, eso —dijo Julia en voz baja—. Es una auténtica antigualla.

—Pues yo no sé qué daría por dar una vuelta en esa «antigualla».

Julia intentó contener su irritación. Había sabido por Anna que existían algunos libros escritos por Ulysses Moore en los que se hablaba de Kilmore Cove, de las llaves y de las Puertas del Tiempo, de su hermano y de ella, y le resultaba odiosa la idea de que alguien hubiera estado metiendo las narices de esa manera en su vida.

A pesar de ello, suspiró resignada, se llevó a Tommaso aparte y le explicó pacientemente que no tenía que pronunciar nunca ese nombre en Kilmore Cove.

—No lo sabe nadie. Es un secreto.

El muchacho veneciano parecía mortificado.

—Vale. Te lo prometo. ¿Cómo tengo que llamarlo?

Julia disfrutó al ver su empacho.

Tommaso había aparecido unos veinte minutos antes en la carretera que bordeaba la playa, vestido con la larga capa negra y la máscara con pico de pájaro que anteriormente habían pertenecido al conde Cenere en la Venecia de 1751. Se había presentado con una cierta arrogancia, le había confiado que se la había imaginado menor e incluso le había revelado que había descubierto cómo se construían las Puertas del Tiempo.

Julia había decidido no hacerle demasiadas preguntas y lo había llevado hasta el lugar en donde había quedado con Nestor. También ella tenía algo muy especial debajo del brazo: un pequeño libro encuadernado, una especie de libreta ilustrada con pocas páginas, mucho menos voluminosa que el álbum de fotos de Tommaso, pero no por ello menos importante.

—Llámalo como lo llaman todos aquí: Nestor. —Julia bajó la voz y continuó—: Y tutéalo, si no se siente viejo. El otro nombre, sin embargo, olvídalo. Está muerto y bien muerto.

Tommy la miró fijamente, perplejo.

—Pero, entonces, ¿por qué...?

Julia soltó una risita.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué los libros de Kilmore Cove están firmados por Ulysses Moore?

—¿Y yo qué sé? Y, además, no creo que este sea el mejor momento para hablar de ello.

—Bueno, vale, es solo que...

Tommaso miraba la carretera que costaba la playa hasta llegar a la dársena y aún más allá y parecía indeciso sobre si proseguir o no.

—En fin... que me parece todo absurdo. Quiero decir, he leído... mejor dicho, he devorado todos sus libros. Y no se me habría pasado nunca por la imaginación poderlo ver en persona. Para mí siempre ha sido el personaje de una novela, no una persona de carne y hueso.

—Una persona que conduce un trasto con sidecar, además —añadió Julia.

—Que conduce un mítico trasto con sidecar —replicó Tommaso Ranieri Strambi, con una sonrisa tensa.

—Nestor, te presento a Tommaso.

El jardinero de Villa Argo lanzó al chico una mirada torva porque no entendía el motivo de la presentación. Acababa de volver del faro de Leonard Minaxo, donde había intentado, con poco éxito, ponerse en contacto con el

guardián del faro y su mujer, Calypso, que estaban de viaje en su barca con destino desconocido. Nestor solo esperaba que no estuvieran buscando el rastro de los constructores de puertas.

—Es un amigo de Anna —añadió Julia al percibir su perplejidad.

La mirada torva de Ulysses Moore se hizo aún más torva. Y le empezó a temblar la barba.

—Acaba de llegar a Venecia —terminó Julia—. Aquella Venecia.

—¿A qué Venecia te refieres concretamente? —gruñó el viejo lobo de mar.

—He salido hace poco de la Casa de los Espejos, señor —dijo Tommaso sin respirar—. Y estoy muy contento de que al final no la hayan derribado.

Nestor se colocó lentamente el casco sobre las rodillas.

Una ráfaga de viento arremolinó su pelo blanco e hizo ondear nerviosamente su barba.

No dijo nada. Permaneció en silencio, contemplando el mar.

—La puerta estaba abierta —prosiguió Tommaso—. Yo vivo en Venecia. Hoy, quiero decir. No en... 1751, como su mujer, señor. O sea, quiero decir, la mujer del señor Moore, señor.

En ese momento, Julia le puso una mano en el hombro.

—Quizá sea mejor que me dejes hablar a mí.

—No, deja que siga él, Julia. —Nestor se dobló rabiosamente sobre el manillar de la moto y añadió, dirigiéndose a Tommaso—: O sea que vives en la Venecia de hoy, si no he entendido mal. Y, entonces, ¿cómo demonios has logrado llegar hasta aquí?

—En primer lugar he encontrado la calle del Amor de los Amores, donde está la Puerta del Tiempo de Peter Dedalus. He tardado un poco, tengo que admitirlo, pero... creía que esa calle no existía de verdad, que era solo una invención. De todas formas, al final la he encontrado. He pensado que a lo mejor lo he conseguido porque iba en la góndola de su amigo Peter, esa que está también en el libro de la Isla de las Máscaras, ¿sabe? Estaba amarrada cerca del Arsenal. Me han llevado hasta allí los monos, cuando he podido huir del incendiario que me tenía secuestrado...

Nestor empezó a repiquetear nerviosamente con los dedos en la superficie del casco, como si quisiera hacerlo pedazos. Después miró a su alrededor. En ese preciso instante, de la pastelería Chubber se alzó un irresistible aroma de bollos recién sacados del horno.

Parecía mucho más que una simple sugerencia.

Era una invitación en toda regla.

—Vamos a ver si podemos endulzar un poco la cuestión, ¿os parece? — propuso Nestor, bajando renqueante del sillín.

La pastelería Chubber era exactamente como Tommaso se la había imaginado.

Igual desde hacía más de cien años. Las diversas generaciones de clientes que habían entrado y salido se habían encontrado todas, invariablemente, ante el mismo mostrador repleto de bollos de azúcar de mil colores, bizcochos recién hechos, pastelillos con rizos de nata. Las paredes mismas se habían impregnado de un inconfundible olor a chocolate y vainilla, y hablaban de tardes de viento, marejadas e inviernos lluviosos, con la visión de quien los había pasado bebiendo una buena taza de té.

—Nestor... —lo saludó la propietaria de la pastelería—. ¿Cómo van las cosas? Hace tiempo que no nos vemos.

El jardinero de Villa Argo fue cojeando hasta el mostrador con los bollos y se encogió de hombros.

—Uno se hace viejo.

—¿Todo bien en Villa Argo?

—No me quejo. Conoces a Julia, ¿verdad?

Julia sonrió.

—Sí, claro.

—¿Cómo está tu hermano? Hace tiempo que no lo veo tampoco a él — quiso saber la pastelera.

Hablaron de Jason y de sus asaltos a mano armada al mostrador de los bollos de crema y soltaron una carcajada al descubrir que Tommaso no se quedaba atrás: había elegido tres bollos gigantes diferentes y ya estaba ocupado hincándole el diente al primero.

—Perdonad... —balbuceó entre un mordisco y otro—. No había probado bocado desde ayer a la hora de comer.

Se sentaron a una mesa un poco apartada, a pocos pasos de la cortina de cuadros escoceses que dividía la pastelería de la trastienda. Nestor la abrió para comprobar que no había nadie en el otro lado y después se relajó.

—Mejor estar seguros ¿no? —farfulló. Y después, dirigiéndose a Tommaso, añadió—: Entonces, ¿cuántos más tienen que llegar todavía?

El muchacho, pillado por sorpresa, alzó la cabeza de su segundo pastel.

—¿Cómo dice?

—Primero Anna. Ahora tú. ¿Cuántos chicos más vendrán de Venecia a Kilmore Cove?

—Creo que... ninguno, señor —respondió Tommaso, un poco cortado.

—No me convence.

El chico esperó a que sirvieran el té y después les contó rápidamente su versión de la historia, con la parte que ni Julia ni el jardinero conocían aún: el incendiario que lo había esperado en la Casa de los Garabatos, el interrogatorio en el Arsenal, la llegada de los monos, la fuga en la góndola mecánica de Peter Dedalus... y después su fulgurante intuición para llegar hasta allí.

—Estaba casi seguro de que, si la encontraba, la puerta estaría abierta.

—¿Por qué?

—Porque al final del libro decía que Fred Duermevela la había abierto para tomarse unas vacaciones. Esperaba que no hubiera vuelto todavía.

Julia miró a Nestor, perpleja.

—¿Fred?

Y el jardinero añadió:

—¿Qué tiene que ver Fred Duermevela en esta historia?

—Bueno, Fred tiene la Primera Llave —respondió Tommaso—. ¿No lo sabíais?

Tommaso vio cómo el estupor y la incredulidad se dibujaban en los rostros de sus interlocutores. Miró a su alrededor y añadió, titubeante.

—Todo lo demás coincide, así que... Es todo exactamente como dicen los libros.

—¿O sea que tú... habrías sabido de la Primera Llave... por mis libros?

—Sí, justo al final. Y, si le soy sincero, señor Nestor...

—Puedes tutearme, no soy tan viejo.

Julia hizo una mueca como para expresar: «Te lo había dicho».

—Como quiera. Ejem, quiero decir, como quieras. Te decía que ese final, tengo que admitirlo, me desilusionó profundamente. Es como... una especie de pegote. Como si, no sé... no fuera el final correcto.

—Y de hecho no lo es.

Tommaso tenía la garganta seca y se bebió media taza de té de un trago.

—O sea que... ¿no es verdad que Fred tenga la Primera Llave?

—Claro que no. Y, de todas formas, en mis diarios no he dejado escrita ni una sola palabra al respecto porque, de hecho, después de que la recuperara del mar el padre de Rick, se perdió su rastro. Lo único cierto es que no la tiene Fred Duermevela.

Tommaso abrió los ojos de par en par.

—¿Estás seguro?

—Como que estoy aquí y que durante veinte años he escrito diarios en código con la esperanza de que algún día servirían para algo.

Se miraron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Después, a Nestor se le ocurrió una cosa. Una cosa a la que llevaba dando vueltas desde hacía tiempo.

—Tu amiga Anna —dijo— me ha contado que anda metido en esto cierto traductor que habría redactado los libros descifrando mis diarios.

—Así es.

—¿Recuerdas su nombre?

—Bueno, la verdad es que no hay uno solo —admitió Tommaso—. En las distintas ediciones de los libros, en las distintas lenguas, el nombre del traductor cambia. Lo he comprobado en internet. Pero si te refieres al que conocimos en Venecia, creía que tú y él... os conocíais.

—¡Qué tontería! ¿Y qué te ha hecho pensar eso?

—Bueno... él nos dijo que había venido a Kilmore Cove. Y también le dio a Anna las indicaciones para poder llegar hasta aquí.

—Tonterías. Si hubiera venido, lo habría sabido.

—¿Y entonces?

—Entonces, o bien tu amigo traductor se lo ha inventado todo, incluido el final, o bien...

Nestor inclinó la cabeza, rascándose ligeramente la barba: o bien había una sola persona capaz de explicarles lo que había pasado. Y por qué.

Mejor dicho, dos.

Leonard y Calypso.

Siguió un largo momento durante el cual solo se oyó el tintineo de las cucharillas en las tazas.

—De todas formas... Fred ya no está en el pueblo —dijo Julia, rompiendo el silencio.

Tommaso tragó saliva.

Nestor arqueó una ceja.

—Su hermano dice que no sabe nada —continuó la chica—, pero si es verdad que Fred tenía la Primera Llave y que se fue a Venecia...

—¡Eso son solo tonterías! —replicó Nestor. Al momento bajó la voz tras darse cuenta de que la dueña de la pastelería había alzado la vista—. Fred se ha visto envuelto en esta historia solo por casualidad. ¡Black quería que

alguien regara la estación de trenes que había transformado en invernadero! Nada más. Ni sabe nada de nada ni tiene nada que ver.

Pero mientras hablaba, en su cabeza seguían resonando los nombres de Leonard y Calypso. Habían sido ellos quienes se habían llevado de allí el baúl con sus diarios. Ellos habían encontrado al traductor. O a los traductores. ¿Qué les habían contado? ¿Y por qué lo habían hecho?

Por mucho que se esforzara, no conseguía encontrar una respuesta satisfactoria. Entre otras cosas porque le resultaba prácticamente imposible imaginarse que los compañeros de aventuras de una vida, los amigos con los que había afrontado todo tipo de peligros desde aquel Gran Verano en el que se conocieron, hubieran estado tramando algo a sus espaldas.

—Y, además, hay otra cosa rara... —dijo de repente Julia, con un hilo de voz.

—¿Cuál?

—He ido a la librería.

—¿A la de Calypso? —preguntó Tommaso, con voz alegre.

—No hay otras —respondió secamente Julia—. Como iba diciendo, en la librería me he encontrado con Cindy, que me ha dejado las llaves de la casa de Calypso. Estaban colgadas en la trastienda, junto con otras llaves...

—¡Ah, sí, claro! —la interrumpió Tommaso—. Lo sabéis, ¿no? Lo de los golpes en la Puerta del Tiempo.

—¿Cómo dices? ¿Qué golpes?

—Los golpes en la Puerta del Tiempo de Calypso... —repitió Tommaso—. En los libros está escrito que, cuando Leonard estaba en el mar, alguien o... algo daba golpes en la Puerta del Tiempo para advertir a Calypso.

—¿Quién?

—No lo sé. Los libros no lo dicen. Pero eran una serie de golpes, tum tum tum, que se fueron haciendo cada vez más fuertes. Y entonces Calypso pensó: «¿Leonard?». Y después se fue a salvarlo al mar. ¡Yo he supuesto que quizá lo que daba golpes podía ser una ballena!

Nestor estaba cada vez más enfadado. Enfadado e inseguro. Y había adoptado una nueva expresión, tan insólita que Julia no sabía cómo comportarse.

Se había acostumbrado al cinismo arisco del jardinero, a sus palabras no dichas, a su modo a menudo melodramático de transmitir con cuentagotas la información que custodiaba. No le había gustado nunca su comportamiento, pero prefería aquel muro de silencio a verlo sumido en la incertidumbre como en ese momento.

—De todas formas, yo no quería hablaros de la puerta de la librería. Solo quería contaros que he subido al dormitorio de la madre de Calypso y he encontrado la libreta —concluyó.

—¿La libreta? ¿Dónde? —preguntó Nestor, sorprendido, casi gritando.

—En un cajón de la mesilla de la madre de Calypso —murmuró la chica, dándose cuenta de que se le había puesto la carne de gallina al volver a pensar en aquel dormitorio y en la anciana que la había confundido con alguna otra persona y le había pedido que le contara una historia.

—Supongo que es la que había desaparecido de la biblioteca —dijo, y se la dio a Nestor, que la reconoció enseguida.

—¿Cómo habrá llegado hasta allí...? —preguntó el jardinero, dándole vueltas, incrédulo, entre las manos. Después se levantó de golpe de la mesa —. Tengo que averiguarlo. Y tengo que averiguarlo enseguida.

—¿Adónde vamos?

—A casa —respondió Nestor—. Tenemos que... usar enseguida la libreta para ponernos en contacto con los otros y...

Julia recogió el álbum de Tommaso.

—Además, Tommaso ha dicho que tiene algo que enseñarnos.

Nestor asintió.

—Voy a pagar.

—Y yo voy un momentito al baño —dijo Tommaso—. No voy desde 1751...

Apartó la cortina de cuadros escoceses que tenía a su espalda y entró por el estrecho pasillo que había detrás. Llegó al pequeño baño con paso veloz.

Luego le pareció oír unas voces agitadas que venían del exterior.

Y a alguien que repetía:

—¡Venga, venga, venga!

La ventana del baño estaba abierta.



Capítulo 4

MÁS ALLÁ *del* UMBRAL

En la semipenumbra de la habitación circular, Rick observó al gigante dorado, que estaba de pie en el umbral de la puerta de marfil, mientras se hacía infinidad de preguntas.

—Dices que naciste en aquel lado de la puerta, Céfiro...

—Sí, así es.

—¿Y qué hay en aquella parte?

—Aldeas. Una gran cascada muy peligrosa, con un estrecho sendero que conduce al río. Y luego...

—¿Luego? —preguntó Anna, impaciente.

—Luego está el Laberinto.

—¿El Laberinto?

—Lo llaman así. No sé por qué. Solo sé lo que me han contado.

—¿Sabes por lo menos qué es lo que hay... dentro del Laberinto? —preguntó Rick, cada vez más intrigado.

—Mil habitaciones y mil pasillos —respondió Céfiro—. Maravillas de todo tipo y todo tipo de peligros. Pero en realidad no lo sé con precisión, ya que nunca he conocido a nadie que haya podido entrar allí.

Anna estaba a punto de decir algo, pero Rick se le adelantó.

—Y nosotros, según tú, ¿podríamos entrar?

—Vuestro amigo, sí —respondió el gigante—. Tiene una llave.

«La llave de Jason... ¿Quiere decir que se la ha enseñado ya?», pensó Rick, apretando la suya con fuerza. También Anna tenía una llave, la del cuervo, que le había entregado Última. Pero ¿qué importancia tenía poseer una llave? ¿Y qué había querido decir aquel extraño individuo? ¿Había otras puertas que abrir para acceder al Laberinto?

Rick dirigió una mirada de preocupación a la muchacha. Después le hizo una señal con la cabeza y los dos se alejaron unos pasos de la puerta de

marfil.

—¿Te importa si intercambiamos unas palabras en privado? —dijo.

El gigante inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Oh, por supuesto que no, pero vuestro amigo dice que os deis prisa en entrar y que si queréis hablar, que habléis mientras vamos andando.

Anna y Rick le dieron la espalda y se alejaron hasta llegar a las paredes desnudas de la sala. Fuera, la lluvia caía con un ritmo constante, batiendo incesantemente las piedras y la vegetación.

—¿Qué hacemos? —preguntó Anna a media voz—. ¿Entramos?

—Ni hablar —respondió Rick con decisión.

—Pero, Jason...

—Jason es impulsivo, como siempre. No sabemos nada de ese tal Céfiro ni de qué es lo que hay de verdad en el otro lado.

—¿Y el Laberinto?

—Precisamente, ¿sabes lo que es un laberinto? —Rick la miró con el semblante grave—. Es un lugar donde la gente se pierde. Sin tener en cuenta que... dentro podría vivir alguna criatura peligrosa.

Anna asintió. Rick tenía razón. Y, además, era tarde y estaban agotados tras aquella jornada interminable. Tampoco ella tenía muchas ganas de empezar a explorar un territorio desconocido.

—Pero Céfiro no me parece malo. Yo creo que podemos fiarnos de él.

—¿Fiarnos? Yo tampoco creo que sea malo, pero no me parece un motivo suficiente para fiarnos de él.

—Vuestro amigo me ruega que os diga que no habéis estado nunca tan cerca de descubrir el misterio de los constructores de puertas y que, en su opinión, las respuestas que buscáis están en el Laberinto.

Anna apretó el brazo de Rick.

—¿Has oído?

Rick replicó tajante:

—Aunque fuera verdad, no es esa la razón por la que hemos venido hasta aquí. Tenemos que salvar a Última. Y salvar este pueblo. Y ahora tenemos algo más que hacer: sacar a Jason de ahí.

—Pero a lo mejor hemos venido a Arcadia también por otra razón: encontrar esta puerta. Y, además, Jason no quiere que lo ayudemos a salir. Al contrario, nos está pidiendo que vayamos donde está él —respondió con decisión la chica de la larga melena morena.

—No es prudente: podríamos no conseguir volver atrás —dijo Rick, tozudo.

—¿Desde cuándo eres tan prudente?

—¡Si hemos conseguido llegar hasta aquí, Anna, es solo porque yo siempre soy prudente!

—Pero los constructores de puertas... —insistió la chica—, ¿no es ese el secreto que habéis intentado descubrir siempre? Y saber quiénes son, ¿no podría ayudarnos a salvar este lugar? ¿A acabar su puerta?

—Hay algunos secretos que es mejor no desvelar —respondió Rick, enigmático.

Anna lo miró sin rechistar, con el flequillo cayéndole sobre los ojos.

—Muchos han buscado la respuesta —continuó Rick—. Arriesgando incluso su vida como Leonard Minaxo. Yo estoy de acuerdo con Nestor cuando dice que no hay que sobrepasar los límites. Hay cosas que se pueden descubrir. Pero hay otras que tienen que permanecer secretas. Él cerró las puertas. E intentó arrojar lejos todas las llaves.

—Pero no lo ha conseguido. Las llaves han vuelto. Y las puertas...

—Las puertas han permanecido cerradas, porque nosotros las hemos dejado cerradas.

—Pero... aún no sabéis por qué. A lo mejor Jason tiene razón y las respuestas están detrás de esa puerta —insistió Anna.

Rick apretó los labios.

—Te recuerdo que por esa puerta han entrado decenas de personas que no han vuelto a salir.

—¡Porque no está terminada! —replicó Anna—. La puerta de marfil está sin acabar. Quizá tenemos que acabarla para poder...

—¿Salir? —El chico pelirrojo terminó la frase por ella—. Buena idea. Pero si una vez que entramos no podemos volver a salir, ¿quién la va a acabar? ¿Cómo vamos a poder construir una puerta... que está fuera? Y, aunque uno de nosotros se quedara en este lado, de todas formas no podría comunicar con el otro lado.

—Él puede —dijo Anna, indicando a Céfiro.

El gigante de ojos dorados seguía de pie en el umbral de la puerta, aparentemente tranquilo.

—¿Y quién es él? ¿Estás segura de conocerlo bien? —le preguntó Rick con ironía.

Anna estaba a punto de replicar, pero se contuvo. Acababa de tener una idea: la libreta de Morice Moreau. El pequeño cuaderno a través de cuyas páginas se podía comunicar con los otros lectores que lo tuvieran abierto en ese momento.

—A lo mejor podemos usar la libreta —murmuró—. Nosotros desde aquí. Jason desde el otro lado...

Rick se quedó pensando un rato y al final asintió.

—Esa es una buena idea. Podemos intentarlo. Le decimos a Céfiro que le dé la libreta a Jason y después vamos a buscar a Última para que nos preste la suya. Sí, creo que puede funcionar.

Pero Anna se resistía a la idea de dejarle la libreta a nadie. Al fin y al cabo era suya. Era algo que había encontrado ella. Que había usado solo ella. Pensó en Jason, al otro lado de la puerta, y en ese instante se dio cuenta de que no quería hablar con él.

No quería solo hablar con él.

Quería verlo.

Quería estar junto a él.

Y si Jason había cruzado el umbral y había pasado al otro lado, entonces ella tenía que seguirlo. De esa manera, inocente pero profunda, comprendió que también ellos dos, como las páginas de la libreta de dibujos fantásticos, estaban unidos por un hilo invisible pero resistente. Por un sentimiento que atravesaba los mundos.

Y mientras pensaba en todas esas cosas, el aire en torno a ellos vibró por segunda vez y, de nuevo, algo lo desgarró.

Pero en esa ocasión no fue un rayo.

Esta vez parecía... un disparo.

«¡Última!»

—¡Quédate aquí! ¡Voy a ver! —dijo Rick, dándose la vuelta de golpe.

—De acuerdo —mintió Anna.

Y entonces Rick salió corriendo de la habitación.

Y Anna se acercó a la puerta de marfil.



Capítulo 5

La CHICA DESAPARECIDA

El señor Bloom empezaba a pensar que todo era una pesadilla. Una terrible pesadilla de la que esperaba despertarse lo antes posible.

—¿Quiere decirme de una vez dónde está mi hija? —preguntó por enésima vez a una especie de mendigo que lo había convencido de que lo siguiera hasta la estación de trenes—. ¿Y cuándo acabará esta absurda payasada?

—Un poco más de paciencia, señor Bloom, y lo sabrá —replicó Black Vulcano—. Entiendo que esté asustado y preocupado, pero...

—No, usted no lo entiende. No estoy asustado ni preocupado. ¡Estoy furioso! Y si sigue con sus misterios y no me dice ya dónde está Anna, tendré que llamar a la policía y...

—... y no le creerán.

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué no van a creer que mi hija ha desaparecido?

—No creerán que haya podido irse sin que usted lo supiera. Para su información, su hija, junto con otros dos chicos de su edad, ha tomado un avión con destino a Tolosa. Todo normal, todo en regla con las disposiciones internacionales sobre vuelos de menores no acompañados. Llevan consigo sus documentos. Y su hija ha aterrizado sin contratiempos y se ha dirigido a M., en los Pirineos franceses.

—Y, en su opinión, ¿yo tendría que quedarme aquí, como si nada, oyendo toda esta sarta de sandeces? ¿Por qué mi hija tendría que haberse ido a los Pirineos? ¿Y sin decirles nada a sus padres, además?

—Eso tendrá que preguntárselo a ella. Y para responder a su primera pregunta, nadie le ha obligado a venir aquí, es libre de irse cuando quiera.

—Pero ha sido usted quien me ha dicho que le siguiera...

—Sí, lo mismo que le he dicho que su casa estaba vigilada —replicó

Black Vulcano—. ¿Y qué es lo que había en la puerta de su casa? ¿Se acuerda?

El señor Bloom se metió las manos en los bolsillos, furioso.

—Dos hombres con bombín y paraguas.

—¿Y?

—¡Y nada! Había dos hombres con bombín y paraguas, pero ¿quién me dice que no los ha mandado usted, eh? —gritó el padre de Anna.

—Usted sabe que no es así ¿verdad?

El señor Bloom no contestó. Echó a andar arriba y abajo por la estación, intentando reprimir la rabia y resistir la tentación de abalanzarse sobre aquel odioso individuo.

—¿Y según usted qué tendría que hacer? —preguntó al final, exasperado.

—Si de verdad quiere saber mi opinión, creo que solo tiene un par de opciones —admitió Black Vulcano—. La primera consiste en hacer exactamente lo que yo le diga y esperar a que empiece a ponerse el sol. Para no levantar sospechas ¿entiende?

—Lo siento, pero no. ¡No entiendo nada en absoluto!

—Bueno, digamos que en cuanto oscurezca un poco podremos subir al pequeño tren que está en aquella vía muerta de allí sin que nadie venga a hacernos preguntas inútiles.

—¿No me estará proponiendo... robar un tren?

—Oh, no, no. Nada de eso. El tren es mío y estaría encantado de invitarlo a subir ¿sabe? Es solo que no dispongo de todos los documentos necesarios para conducir un tren en este país perfectamente en regla.

—No sé por qué, pero la cosa no me sorprende en absoluto... —comentó el señor Bloom, que en ese momento había optado por el sarcasmo—. ¿Y se pude saber adónde tendría intención de llevarme?

—A donde está su hija. O, mejor dicho, a un lugar donde entenderá qué está haciendo su hija en los Pirineos y el motivo por el cual no ha vuelto a Venecia.

—¿Y por qué no me lo explica todo ella y así acabamos de una vez con todos esos misterios?

—Porque seguiría sin creerme. El hecho es que su hija ha encontrado algo que habría sido mejor no encontrar. Y ahora que lo ha encontrado está en peligro. Y les ha puesto en peligro también a usted y a su mujer.

—Vaya, no me diga...

—Por supuesto, no cabe la menor duda de que todo esto Anna no podía saberlo. Ninguno de nosotros podía saberlo. No pensábamos que... todavía

estuvieran tan «activos» después de tantos años.

—¿Y se puede saber de qué demonios está hablando ahora? —replicó bruscamente el señor Bloom, que estaba a punto de perder de nuevo la paciencia.

—Se llaman Incendiarios. Y son malos.

—¡Pues claro! ¡Los malos! ¡Y apuesto a que ustedes, sin embargo, son los buenos!

—Exacto. Veo que empieza a entender.

—Y, vamos a ver... ¿qué es eso tan malo que hacen los malos?

—Oh, lo normal. Queman. Destruyen. Lo normal.

—Muy original.

—Pero también eficaz. ¿Sabe usted, señor Bloom?, yo no estoy autorizado a hacer lo que estoy haciendo, pero la verdad es que creo que es lo mejor. Creo que usted nos podría ser muy útil.

—Muy útil, ¿por qué?

—Porque trabaja en un banco. Y da la casualidad que yo tengo un cierto número de propiedades que administra su banco.

—Ah, ¿sí? ¿De verdad? ¿Y a nombre de quién se supone que están? ¿De Papá Noel?

—De Newton. Era mi hija.

—¿Se refiere al fondo inmobiliario Newton? —preguntó incrédulo el señor Bloom.

—Exacto.

La forma en que el padre de Anna había estado mirando al mendigo que tenía ante sí cambió de golpe. Aquel que hasta ese mismo instante le había parecido un loco harapiento, ahora, gracias a su relación con el fondo Newton, se había convertido en un original multimillonario. Eso, siempre y cuando se tratase realmente de quien decía ser.

—En fin... —continuó Black Vulcano—. Mis amigos y yo siempre hemos sido reacios a hablar de nuestras cosas, pero al parecer ha llegado el momento de hacerlo. Sé que por ahora no entiende nada de lo que le digo, pero si se fía de mí le aseguro que al final lo entenderá todo. Solo es cuestión de un viajecito de pocas horas.

—Dígame por lo menos adónde vamos.

—A Cornualles.

El señor Bloom pegó un respingo.

—¿A Cornualles? ¡Pero si acabo de estar allí... con mi hija!

—Lo sé. Para ir al árbol de los anzuelos, ¿verdad?

—¿Cómo ha dicho?

—Y después, una vez allí, usted se quedó en la playa pasando el rato, mientras que su hija se fue por su cuenta.

—Exacto. Y volvió tardísimo. Estaba muy preocupado. —El señor Bloom empezaba a intuir que podía haber alguna relación no bien precisada entre aquella excursión y la desaparición de Anna—. ¿Fue allí donde...?

—Exactamente.

—¡Ya sabía yo que no tenía que haberla dejado ir sola! Mi mujer me dice siempre que no tengo que darle tanta libertad.

Ahora el señor Bloom estaba realmente desconsolado y sacudía la cabeza de un lado a otro, incapaz de resignarse ante lo que había pasado. Pero Black Vulcano decidió que aquel no era el momento de andarse con «delicadezas» y completó el cuadro:

—A propósito de su mujer, también ella podría tener un problema.

—Lo dice usted por los...

—Incendiarlos.

—¿Cree usted que pueden amenazarla?

—En realidad creo que ya lo han hecho. Y que también la están vigilando a ella.

—Tengo que llamarla.

Black Vulcano se atusó la larga barba.

—Es una buena idea, sí. Sugierale que venga aquí. O que se quede en casa con la puerta bien cerrada y que no abra a nadie. O que tome un avión sea cual sea el destino. Pero también tiene que decirle que siempre llevará a alguien pisándole los talones. Y que, por tanto, hay una sola cosa que no tiene que hacer bajo ningún concepto: intentar ponerse en contacto con su hija.

—Otra cosa: la última vez que hablé con ella —confesó a continuación el señor Bloom—, mi mujer me dijo que también había desaparecido un amigo de Anna. Un chico llamado Tommaso. Tommaso Ranieri no sé qué. ¿Lo conoce?

—No. De todas formas... no hay mucho que añadir. El círculo se cierra.

—Pero ¿qué quieren de nosotros esos individuos del paraguas?

—Sobre todo que estemos callados —respondió Black Vulcano—. Y lo más divertido es que mis amigos y yo éramos de la misma opinión. Yo me fui a vivir a Oriente Medio, así que fíjese.

—¿Y por qué volvió?

—Me había dejado olvidadas las llaves de casa. —Black Vulcano sonrió. Entonces, al ver que los colores del cielo se desvanecían rápidamente, añadió

—: Si lo desea, tiene tiempo de llamar a su mujer y luego nos vamos. Pero recuerde que podría ser su última llamada. No es una amenaza: es solo que en el lugar al que vamos los móviles no tienen cobertura. Y no hay ni internet ni televisión vía satélite.

—Un paraíso, vamos —respondió el señor Bloom con una sonrisa melancólica.

—Algo parecido, sí.

El señor Bloom dio unos pasos atrás rápidamente. Luego se detuvo de golpe, como si se hubiera acordado de algo.

—Pero... un momento.

—¿Sí?

—Al principio de esta amena charla, usted me ha dicho que, en su opinión, yo tenía un par de opciones. Pero en realidad solo me ha dado una: ir con usted. ¿Cuál sería la segunda?

Black Vulcano sacó del bolsillo una pequeña cantimplora.

—Beber un par de tragos de esto —respondió sin parpadear—. La llamo «agua de la eterna juventud». Y el nombre es apropiado, la verdad. Se despertará dentro de un par de días sin acordarse de nada de lo que ha pasado y un poco más joven que antes de quedarse dormido.

El señor Bloom no sabía si reír o llorar, y se limitó a asentir, mecánicamente.

—Claro, un nombre muy apropiado —dijo con la mirada ausente. Después indicó un punto indefinido a su espalda—. Pues entonces, nada. Voy a llamar por teléfono.

—Dese prisa. ¡La Clio 1974 no es una locomotora que pueda esperar mucho!



Capítulo 6

Una **TRAMPA ARTIFICIAL**

—¡Se lo advierto! ¡Está cometiendo un tremendo error! —exclamó el primero de los hermanos Tijeras, el de rizos.

—¡Solo estábamos echando una ojeada! —lloriqueó el segundo, el rubio.

Pero la mujer que los había descubierto mientras buscaban refugio entre las ruinas de Arcadia no parecía de la misma opinión. Al contrario, blandía amenazadoramente una especie de anticuado fusil, de cuyo cañón salía una sutil voluta de humo negro.

La situación era vagamente surreal. Y merece una descripción detallada. Obedeciendo las órdenes de su jefe, los dos hermanos habían seguido el rastro de los tres chicos a lo largo del sendero más impracticable y accidentado de los Pirineos orientales: trepando por una pared vertical que parecía no acabar nunca.

Una vez alcanzada fatigosamente la cima, habían encontrado Arcadia: un pueblo abandonado y moribundo, invadido por la vegetación, con los restos de una arquitectura imposible, una mezcla de estilos y épocas de lo más disparatada. Habían estado merodeando por allí arriba, entre bosques, helechos y frontones renacentistas, con la intención de incendiarlo absolutamente todo, personas y edificios incluidos, y regresar a la civilización lo antes posible.

A Londres, a París. La Costa Azul también valía.

Y mientras estudiaban la jugada, se había puesto a llover. Sorprendidos y muertos de frío, primero se habían escondido entre los matorrales, y después se habían refugiado en el interior de un edificio que parecía un almacén abandonado. Lo que no habían previsto, sin embargo, era la posibilidad de que alguien se pusiera a perseguirlos a escopetazo limpio.

—Por favor, señora, intentemos razonar ¿de acuerdo? —insistió el de rizos—. ¡No somos más que dos simples turistas!

—¡Turistas, eso es! —repitió el rubio, sorprendido por la simplicidad de la excusa—. En nuestra guía dice que este sitio es un *chateau relais*. Un lugar tranquilo y ameno, lejos del mundanal ruido...

—No gastes más saliva, hermano —lo interrumpió el de rizos—. Se ha ido.

—¿Qué quieres decir?

—¿Acaso la ves por algún lado?

De hecho, en el punto en que la mujer había aparecido (y de donde había salido un disparo atronador que había atravesado el techo semirruinoso produciendo una explosión pirotécnica, un espectáculo de fuegos artificiales), ahora no había nadie. Última había desaparecido con la rapidez de un fantasma, exactamente igual que había aparecido.

Ahora que el eco del disparo se había apagado, todo cuanto flotaba en el aire era el batir cada vez más insistente de la lluvia, que caía sobre lo que quedaba del tejado del almacén.

—Yo digo que lo mejor es que nos larguemos de aquí —propuso el rubio—. Y de prisa.

—¿Y adónde quieres ir con este tiempo de perros? Te recuerdo que hemos llegado hasta aquí escalando una pared de roca vertical. Claro que a lo mejor no hemos visto el ascensor...

—Pues eso. Salimos de aquí corriendo y vamos a buscarlo.

—¿Vas tú delante?

Se acercaron titubeantes hacia la salida de las ruinas entre cuyas paredes se habían refugiado.

—Aunque, al fin y al cabo, somos dos contra uno —observó el hermano rubio.

—Te olvidas de los chicos. Y sobre todo del arcabuz que dispara fuegos artificiales.

—¡Y tú te olvidas de nuestros paraguas! —replicó el de rizos, al tiempo que levantaba el paraguas que siempre llevaban encima—. Modernos y eficientes lanzallamas que atraen rayos incendiarios.

—Sí, pero el arcabuz... —insistió el rubio.

—Hay bastantes posibilidades de que ese viejo cacharro le explote en las manos antes de...

Durante el tiempo que emplearon en aquella breve conversación, en echar una ojeada fuera del edificio a través de la lluvia, y en salir al descubierto para decidir qué dirección tomar, la mujer volvió a aparecer desde un lado, con su larguísima escopeta con el cañón de cobre.

Apuntó a uno de ellos directamente.

—¡Eh, cuidado!

—¡Espere!

—¡¿Qué va a hacer?!

El segundo disparo resonó en la noche como el poderoso rugido de un león. Todavía no se había mitigado el eco, pero los dos hermanos ya estaban corriendo como locos en dirección opuesta, mientras una ráfaga de fuegos artificiales pasaba, silbando en torno a ellos, como si se tratase de centellas incandescentes.

—¡Nos ha disparado! —gritó el de rizos, mientras saltaba en medio de una cascada de destellos cegadores.

—¡Corre! —le gritó por toda respuesta el rubio.

Después de dar otro salto, el terreno cedió bajo sus pies emitiendo un ruido sordo. Los dos fugitivos acabaron rodando a través de un profundo agujero.

Una trampa.

El violentísimo impacto contra el suelo solo quedó amortiguado por la blanda capa de arena que recubría el fondo del agujero. Apenas tuvieron tiempo de darse cuenta de lo que había pasado cuando, por encima de sus cabezas, vieron aparecer a Última, al pie del foso, con la escopeta aún firmemente sujeta entre las manos.

—¡Tenga piedad de nosotros, señora! ¡Nos rendimos! —gimió uno de los hermanos Tijeras con la cara medio hundida en el barro.

—¡Perdónenos, se lo suplico! —lloriqueó a su vez el otro—. ¡Y deje ese artilugio mortal!

Tras un gran esfuerzo, lograron sentarse, y finalmente se pusieron de pie. El agujero en el que habían caído era un pozo circular de tres metros de altura, lleno de barro. Grandes gusanos banqueteaban alegres entre la tierra y la hierba. Las gotas de lluvia golpeaban sus rostros sucios como si fueran minúsculas estalactitas heladas.

Finalmente, la mujer de la escopeta habló:

—¿Os manda el hombre de la torre de sillas, verdad?

—¿El hombre de la torre de qué? Pero ¿se ha vuelto usted loca?

La escopeta de Última se alzó, preparada para disparar de nuevo.

—¡Espere! ¡Espere, por favor! ¡Sí, sí, nos manda el hombre de las sillas! —mintió el de rizos, invitando a su hermano a hacer lo mismo.

—¡Claro! ¡El hombre de las sillas! ¡Nuestro jefe!

La mujer se agachó y tocó algo entre la hierba. Al instante, tras un movimiento fluido, la abertura quedó cubierta por una resistente red de cuerdas entrelazadas. Última la aseguró a unos ganchos camuflados en el terreno y volvió a observar a los dos hermanos a través de los barrotes naturales.

—Si no queréis decírmelo a mí, se lo diréis a algún otro —susurró, antes de desaparecer.

Los dos Incendiaros se quedaron con un palmo de narices, y con las manos aún alzadas hacia el cielo.

—¿Qué has dicho? —preguntó el de rizos—. ¿Es una amenaza?

Le respondió el estruendo de un trueno lejano.

Aproximadamente un cuarto de hora después, en el borde del agujero apareció el chico pelirrojo. La lluvia había formado minúsculos regueros de agua sucia y transformado el fondo del pozo en un auténtico pantano.

En cuanto lo reconocieron fue como si los dos Incendiaros se reanimaran de golpe.

—¡Eres tú! ¡Menos mal! —dijo exultante el de rizos.

—¿Te importaría sacarnos de aquí? ¡No hemos hecho nada malo!

Rick dio una vuelta completa alrededor del agujero y los estudió como si fueran animales del zoo. Después se dirigió a alguien que, evidentemente, se encontraba a su lado (pero que los hermanos Tijeras no conseguían ver) y dijo:

—Son los dos del aeropuerto. Nos han seguido hasta aquí desde Tolosa.

—¡No, no, chico! ¡No ha sido así! —le gritó uno de los dos hermanos.

—Si quieres podemos hablar de ello en un lugar seco, ¿vale? —propuso el otro. Intentó arrancarse la ropa del cuerpo y explicó—: ¡Esto era un traje de mil quinientas libras esterlinas antes de que cayéramos rodando aquí dentro!

Como si sus protestas no tuvieran nada que ver con él, Rick se puso en cuclillas al borde del agujero y les preguntó:

—¿Por qué nos estáis siguiendo?

El de rizos ríe con sorna, el pelo pegado a la frente, lleno de barro.

—Esta, obviamente, no forma parte de las preguntas que podemos contestar.

—Bueno, pues en tal caso no hay nada que yo pueda hacer por vosotros. A la mujer que os ha capturado no le gustan los extraños y, como habréis podido observar, no está lo que se dice muy contenta con vuestra llegada.

—¡Pero no puedes dejarnos aquí dentro! ¡Está lloviendo! ¡Está lleno de gusanos!

—¡Hay convenciones internacionales sobre el trato debido a los prisioneros! ¡Hay que respetar también a los malos!

—¿Qué me decís, entonces? ¿Lo intentamos de nuevo? —preguntó el chico—. ¿Por qué nos estáis siguiendo?

—¿Y tú qué nos das si te contestamos?

Rick mantuvo un breve conciliábulo con la persona que no conseguían ver. Solo distinguieron el largo cañón de cobre de la escopeta.

—Una celda seca. Y algo caliente para comer —propuso al final.

Los dos hermanos Tijeras se intercambiaron una rápida mirada y no tuvieron dudas.

—Trato hecho —respondió el de rizos—. Si de verdad lo queréis saber, somos dos Incendiarios.

El chico alzó los ojos al cielo.

—Eso ya lo había deducido yo solo. Pero ¿por qué la tenéis tomada con nosotros?

—Porque según opina nuestro jefe vosotros sois un problema.

—¿Y quién es vuestro jefe?

—Se llama Voynich.

—¿Os importa hablar más fuerte?

—¡Malarius Voynich! —gritó el de rizos.

—Pero en nuestra opinión es un pseudónimo —añadió el rubio—. No hay ningún padre que pueda llamar a su hijo «Malarius»...

—Sí, lo usa para parecer todavía más malo —corroboró el de rizos.

—¿Y por qué nosotros somos un problema? —inquirió tajante Rick.

—Pregúntaselo a él. Nosotros nos limitamos a obedecer órdenes.

—¿Y cuáles serían las órdenes?

—Seguir a la chica. Descubrir adónde se dirige. Y una vez descubierto...

Los dos Incendiarios titubearon. Rick les dirigió una mirada elocuente e hizo ademán de marcharse, pero los dos se apresuraron a completar la frase:

—... quemar todo lo que nos dé mala espina y volver a la base.

—¡Un buen sistema, la verdad! —exclamó Rick, sentándose al borde del pozo.

—Si tuviéramos otro sistema, no seríamos Incendiarios, ¿no crees?

Rick pensó un momento qué más les podía preguntar a aquellos dos. Al final decidió preguntarles cuántos eran.

—¡Somos dos, chico! ¿Qué pasa, que no nos ves?

—¿Cuántos sois en total? Todos los Incendiaros.

—Oh, pues... esa es una buena pregunta. Vamos a ver... Nosotros dos, el jefe, el viejo Pires, después está nuestro cajero, Eco, los dos chinos nuevos, el chófer de Voynich... En total, yo diría que una docena.

—¿Y sois todos hombres?

—¿Estás de broma? —le espetó el de rizos—. Obviamente somos todos hombres. ¿Qué clase de club exclusivo sería si también hubiera mujeres?

—Ni siquiera se podría fumar en las reuniones —añadió el rubio—. ¿Te imaginas un club del puro sin puros?

—Y además, te recuerdo que nosotros nos ocupamos de eliminar lo superfluo —insistió el de rizos—. Si hubiera mujeres... bueno... ¡todos saben que «mujeres» y «superfluo» son sinónimos!

—Doce hombres, de distintas nacionalidades, *misóginos*, que viven en Londres... —recapituló Rick—. ¿Qué más tengo que saber?

—¡Nada! No hay nada más que saber. Lo que nosotros hacemos es... el equivalente a una operación de limpieza.

—Sí. Y somos muy meticulosos con eso.

—Es como una especie de «fuego purificador» —añadió el rubio.

—¡Fuego purificador! —exclamó el de rizos—. ¿De dónde es?

—Es difícil, hermano. Muy difícil.

—¿Daniel Defoe? ¿*El diario del año de la peste*?

—Frío, frío...

—¡Keats! ¡*La caída de Hiperión*!

—Uno a cero para ti.

Sentado al límite del agujero, Rick contempló boquiabierto cómo los dos hombres se felicitaban mutuamente. Miró a su alrededor. A poca distancia se veía el edificio circular donde había dejado a Anna en compañía de Céfiro y de la puerta abierta de par en par. Rick quería terminar el interrogatorio de los dos Incendiaros y volver allí lo antes posible, pero Última no le daba tregua: la mujer de Arcadia daba vueltas, rabiosa y salvaje, en torno a la trampa, como si fuera ella el animal enjaulado. De repente se detuvo, cogió del suelo uno de los paraguas que los dos Incendiaros habían perdido y se lo lanzó al chico.

Rick lo abrió. Y los dos hombres del agujero se pusieron rígidos inmediatamente.

—Quizá no deberías ¿sabes? —dijo el de rizos.

—¿Y por qué? —se sorprendió Rick—. Llueve.

—Pero hay tormenta. Y cuando hay tormenta, hay rayos.

Rick observó el paraguas con mucha atención: pesaba bastante, incluso teniendo el mango de aluminio. La empuñadura era compacta y justo bajo el gancho que sujetaba las varillas del paraguas había unos pequeños botones.

—Parece bastante complicado para tratarse de un simple paraguas...

—En realidad no vale ni la mitad de lo que cuesta —se apresuró a precisar el de rizos—. No es más que un simple paraguas, de muy buena marca pero...

Rick apuntó con el paraguas hacia el fondo del agujero y preguntó a quemarropa:

—¿Qué pasa si aprieto este botón de aquí?

—¡NO! ¡QUIETO! —gritaron enseguida los dos Incendiarios—. ¡NO TOQUES NADA!

Rick volvió a apuntar con el paraguas hacia lo alto.

—Me había parecido entender que solo era un simple paraguas...

El rubio suspiró.

—Si giras la manivela y tiras, se convierte en un pequeño lanzallamas.

—Interesante... —dijo Rick.

—No te creas que es ninguna maravilla. Un par de metros de llamarada como máximo —explicó el hermano rubio.

—¿Y si aprieto el botón?

—Atraes los rayos —contestó el de rizos, resignado—. Y después los puedes descargar a placer.

Mientras el cielo borboteaba oscuro con el eco de los truenos que se oían cada vez más distantes y la intensidad de la lluvia disminuía, Rick alzó los ojos para mirar a Última. Notó en la cara de la mujer una tensión nueva. Y no le gustó nada. Ella se puso en cuclillas sobre la hierba junto a él, miró el paraguas, el pozo, el cielo lluvioso. Después, de un salto, se agachó y le susurró una palabra al oído.

—¿Qué significa que se ha ido? —inquirió Rick—. ¿Y la puerta? —Sin esperar una respuesta, salió disparado hacia la puerta de marfil.

Los dos hermanos Tijeras esperaron de pie bajo la lluvia a que pasara algo. Al final se resignaron y se sentaron en el barro, con la ropa empapada y los huesos calados hasta la médula.

—¿Se acordarán por lo menos de traernos algo de comer? —preguntó desconsolado el hermano de rizos.

—A Nueva York es a donde teníamos que haber ido —suspiró el otro—. Coches fabulosos, hoteles suntuosos. Magníficos restaurantes. No aquí. ¡A Nueva York!



Capítulo 7

Las RAÍCES del MISTERIO

Sentado a poca distancia de las ventanas de la caseta de Villa Argo, de manera que nadie pudiera verlo desde fuera, Tommaso contemplaba el parque y la silueta negra de la casa de los Moore, que despuntaba sobre el perfil de los árboles. A su derecha, el acantilado interrumpía de golpe la línea del suelo y se zambullía en el mar. Consiguió distinguir a duras penas la barandilla de las escalerillas que bajaban a la playa, pero le bastó para recordar una de las primeras escenas de los libros de Ulysses Moore. Una escena que lo había dejado sin habla: la de Jason cayendo al vacío.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó Nestor, moviendo con gesto brusco la cazuela que tenía puesta en el fuego.

—Es una sensación realmente extraña estar aquí.

—¿Qué tal la llamada de teléfono?

Tommaso había usado el viejo teléfono de baquelita negra de Nestor para llamar a Venecia, a su casa, y avisar de que estaba bien. Había sido una llamada delirante, en la que prácticamente no había conseguido pronunciar ni una palabra, mientras su madre no había permanecido callada ni un instante. Tommaso se lo había explicado todo y le había prometido que volvería prontísimo. Y su madre, llorando a lágrima viva, había prometido que no lo regañaría.

Pensaba que se había escapado con Anna.

Y era precisamente eso lo que le hacía sonreír.

—¡Especialidad de la casa! —anunció Nestor.

Y entonces sacó de la cazuela un plato de arroz pasado, en cuya superficie nadaba un número indefinido de verduras. Tommaso probó la consistencia con una cuchara, que quedó aprisionada en medio de aquel mazacote.

—De eso, sin embargo, no decían nada los libros.

—A veces es mejor omitir algún detalle —admitió el jardinero—. De

todas formas, si tú también estás convencido de que Ulysses Moore cocina fatal, siempre puedes quedarte en ayunas.

Tommaso no rechistó. Los bollos de Chubber habían aplacado la parte más voraz de su apetito. Miró las luces de la cocina de los Covenant, donde Julia estaba cenando con sus padres, y después volvió a posar la mirada en el dueño de la caseta del jardín.

—¿Ellos no sospechan nada de verdad?

Se refería a los padres de Julia. Nestor lo había entendido enseguida.

—¿Qué tendrían que sospechar?

—Que sus hijos viajan a través del tiempo.

—No viajan a través del tiempo. Viajan y punto.

—Sí, pero lo hacen a través de las Puertas del Tiempo —objetó Tommaso.

—Siempre es mejor que unas vacaciones organizadas.

Tommaso sujetó la cuchara y le dio unas cuantas vueltas en el plato.

—Pero ¿vosotros de verdad no os habéis preguntado cómo es posible que funcionen?

—Miles de veces. Prácticamente todos los días.

—¿Y no habéis encontrado una respuesta?

—Acabamos concluyendo que a lo mejor no era necesario. —Nestor partió un mendrugo de pan más duro que una piedra y lo desmenuzó entre los dientes—. Sepas o no sepas por qué llueve no cambia nada: llueve de todas formas.

Rumiando nerviosamente el pan, el arroz y las verduras hechas papilla, Nestor dejó pasar algunos minutos antes de volver a retomar el hilo de la conversación.

—El hecho es que las puertas existen. Uno vive aquí, las abre y pasa por ellas. Existen. Y no son obra de ningún extraterrestre. Son puertas. Banalísimas puertas. ¿Por qué existen? ¿Qué son? Imagino que para poder responder a estas preguntas primero tendrías que saber quién eres tú y qué estás haciendo aquí.

—Parece uno de esos rollos filosóficos... Horrible —respondió Tommaso, apartando el plato.

—¿«Horrible», dices? Pues yo creo que no estaría mal que los jóvenes de hoy también afrontarais de vez en cuando algún «rollo filosófico».

—Me refería al arroz... —precisó Tommaso—. Perdona pero no me entra, de verdad.

Nestor se encogió de hombros, le quitó el plato y se echó lo que había sobrado en el suyo.

—Es cuestión de costumbre —comentó.

—Sea como sea, Kilmore Cove existe —dijo Tommaso.

Nestor rebañó el último bocado de arroz, mientras el chico continuaba.

—Y en Kilmore Cove hay puertas. Las puertas llevan a otros lugares. Unos bonitos. Otros feos. Si las puertas están cerradas, todo va bien. Si no...

Nestor levantó la cuchara.

—Si no, acabas descubriendo que lo poco que sabes del mundo está todo equivocado. Y entonces quieres entender por qué. Y malgastas toda tu vida. Y a lo mejor, como Leonard, corres incluso el riesgo de morir antes.

Tommaso esperó pacientemente a que el viejo jardinero acabara de comer, después cogió el álbum con las fotos de la Casa de los Garabatos.

—Sin embargo, quizá esto nos pueda ayudar a encontrar alguna respuesta.

—Lo dudo mucho, amigo. Pero si quieres abrirlo...

Nestor recogió la mesa y después, con una expresión de aburrimiento fingido, se sentó para mirar las fotos que Tommaso había esparcido por toda la mesa, y después se cruzó de brazos.

—Aquí está —dijo Tommaso, indicando las primeras fotografías—. El dibujo de un pequeño pueblo. Podría ser nuestro lugar imaginario.

Nestor asintió.

—Podría ser.

—Aquí, sin embargo, se ven dos hombres que están cortando las ramas de un árbol. Inmediatamente después, los mismos hombres están construyendo una puerta... ¿Acaso una Puerta del Tiempo?

—O una mesilla.

Tommaso hizo caso omiso de la ironía punzante del jardinero y continuó:

—Moreau nos está diciendo que para hacer una puerta hace falta la madera de un árbol. Pero ¿de qué árbol? Yo creo que él lo sabe. Y que lo dice. Vamos a ver, esta pared está enteramente cubierta por las ramas de un árbol. En las ramas aparecen retratados todos los animales de las llaves. Mira aquí, ¿ves? Puedes contarlos...

Nestor lo hizo.

—Hay uno más.

—Son once. Doce con las tres tortugas, o sea, con el símbolo de los constructores de puertas. —Tommaso sintió crecer en su interior el deseo de compartir lo que había descubierto—. Y de hecho... —Cogió otra foto—. Mira aquí. Los árboles son dos. En esta parte del cuadro, un hombre se está

acercando a un árbol. Y en esta otra, se está alejando. Es el mismo hombre, pero los paisajes que se ven al fondo son distintos: son los árboles, entonces, los que permiten moverse de un sitio a otro. ¿Y de qué clase deben de ser esos árboles tan especiales? Aquí está la respuesta, pintada a los pies de las escaleras. La foto está muy oscura, pero... no hay duda: el árbol tiene las raíces suspendidas en el aire, mejor dicho, en el viento... ¿Ves estos trazos? Viento. Por lo que he leído en los libros, cada vez que se abre una Puerta del Tiempo se nota una corriente repentina. Es el viento que une los dos mundos. Y las raíces de los árboles los mantienen unidos.

Oyeron llamar a la puerta flojito, pero fue suficiente para que Tommaso diera un respingo.

—Es Julia —explicó Nestor, con voz inexpresiva.

En cuanto Tommaso se levantó para ir a abrir, el dueño de Villa Argo cogió las fotos y empezó a examinarlas con atención febril. No cabía duda. El chico no se equivocaba. Y lo que había descubierto era desconcertante como poco. Quizá se encontraba ante la primera respuesta decisiva tras años y años de búsqueda infructuosa. Dos árboles. El viento entre sus raíces. ¿Y?

Tenía que darse prisa. Se levantó de la mesa y, cojeando, fue a buscar un par de libros.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Julia al entrar en casa.

—Oh, no, nada importante. Solo las instrucciones para construir una Puerta del Tiempo —le respondió Tommaso con una sonrisa satisfecha.

—¿Y cuáles serían?

—Bueno, en primer lugar tendríamos que encontrar un árbol con las raíces en el viento.

—Hum... ¿Qué dice Nestor?

El chico se encogió de hombros.

Se acercaron a la mesa que Nestor había dejado libre. Julia ni siquiera saludó. Sabía bien que las fórmulas de cortesía no formaban parte del repertorio del jardinero. Notó que estaba hojeando frenéticamente un voluminoso libro: el *Inventario alfabético de los objetos imposibles*.

—¿Estas son las fotos? Oscuras...

Tommaso pensaba lo mismo. Pero era todo lo que tenían de momento.

—Lo sabía —refunfuñó Nestor—. ¿Cómo íbamos a encontrar algo así?

—¿Qué estabas buscando? —le preguntó Julia, con una punta de pérfida satisfacción en la voz.

—Buscaba un árbol, pero en el *Inventario* me dicen que para las plantas imposibles hay que consultar *Fuera del sembrado. El herbolario de las plantas no plantadas*. Solo hay una edición: la edición inglesa de 1793.

—Y naturalmente nosotros no la tenemos... —aventuró Julia.

—La tenemos, la tenemos. Pero... la tenemos en casa —gruñó Nestor.

—Si quieres voy a cogerlo.

—No. Voy yo. Tú dile a Tommaso que te explique si, además de lo del árbol, ha descubierto algo más. Intentaré no cruzarme con tu padre en pijama...

Un momento después, Nestor salía cojeando de su casa y desaparecía en las sombras del parque, pasando junto al viejo sicomoro que susurraba lentamente al viento.

—¿Es siempre así? —preguntó Tommaso, cuando Julia y él se quedaron solos.

—¡Oh, no! ¡Hoy está de buen humor! —respondió la chica.

Después abrió la libreta de Morice Moreau que había cogido de casa de Calypso y se la puso encima de las rodillas esperando ver aparecer algo en sus páginas. Pero los espacios enmarcados seguían vacíos, hasta el punto de que Julia había empezado a pensar que esa copia de la libreta no tenía las mismas características que las otras dos.

Y que, por tanto, no era un verdadero libro-ventana.

—Otra cosa interesante es esta mina... —estaba explicando Tommaso—. ¿Ves esto? Moreau pinta una hendidura vertical en la roca, con unos agujeros de los que salen unos hombres...

—Que llevan piedras.

—Exacto. Las piedras acaban en lo que parece ser un horno, aquí, y el líquido que fluye sale por este otro lado. Por lógica, debería de ser metal fundido. Luego el metal se vierte en los moldes y el resultado final es...

—Una llave... —murmuró Julia, abriendo los ojos de par en par.

—Y una cerradura —añadió Tommaso—. Forjadas ambas con el mismo metal.

Julia asintió pensativa.

—¿Y los animales? ¿Por qué Moreau pintaría todos esos animales?

—Eso todavía no lo sé —admitió el chico—. Pero, a propósito de animales... Hay una cosa que en mi opinión es importante y que tendrías que ver.

Tommaso buscó entre las fotos unos segundos, acercó unas y quitó otras, y al final contempló satisfecho el resultado.

—Aquí está. ¿Ves? Encima de la mesa...

—¿Qué?

—Todos los animales están mirando hacia el mismo punto del fresco...

—Es verdad... pero el lugar hacia donde miran no se ve. ¿Qué hay en ese punto?

Tommaso volvió a rebuscar entre las fotos.

—Es la parte del fresco que intenté ocultar con un cubo de pintura. Para que los Incendiaros no la vieran...

Finalmente encontró lo que estaba buscando y lo puso ante los ojos de la chica.

—Parece... —murmuró Julia, incrédula.

—Un laberinto —se le anticipó Tommaso.



Capítulo 8

El VALLE NEGRO

Agua.

Oscuridad.

El suelo que había al otro lado de la puerta de marfil estaba húmedo: ríos de agua se filtraban por entre las rocas y discurrían rápidos en la oscuridad. Una hilera de antorchas, con la llama azulada, iluminaban con su luz espectral un angosto pasillo.

Anna lo recorrió todo con paso vacilante y, cuando llegó al final, vio que desembocaba en la nada: más allá de la bóveda oscura excavada en la roca solo había un oscuro abismo, una profunda grieta abierta quién sabía cuándo en las entrañas de la Tierra.

Miró hacia abajo y sintió que la invadía el vacío.

Absoluto y poderoso. Un vacío sutil, más sutil que el aire que la sostenía.

Y en la orilla de aquel vacío, a pocos pasos de ella, estaba Jason.

—Has tardado en decidirte a venir —le dijo él.

Jason Covenant era poco más que una mancha oscura en la oscuridad. Pero Anna conseguía distinguir su pelo alborotado, que le caía sobre los ojos, y su forma descuidada de vestirse, con las prendas superpuestas, como un espantapájaros.

Y, sin embargo, a su alrededor el vacío perdía fuerza. Y la oscuridad se abría.

Era Jason.

Anna olvidó de repente el cansancio y las tensiones de aquella jornada interminable, así como los pequeños piques que Jason y ella habían tenido mientras se dirigían hacia el Pueblo que Muere. Corrió a su encuentro y se dejó abrazar, feliz entre sus brazos delgados pero musculosos, disfrutando del contacto de su cuerpo, su piel y sus huesos bajo las múltiples camisetas.

—¡Creía que no te volvería a ver! —exclamó Anna con la voz rota por la

emoción.

—Y yo sin embargo creía que no vendrías nunca.

—Rick pensará que me he vuelto loca. Y empiezo a pensarlo también yo.

—Ha sido la decisión justa.

La mano de Jason le acarició el pelo, con la delicadeza y firmeza de un adulto, y Anna se sintió segura, inmediatamente protegida. Aunque no lograba acabar de explicárselo, se sentía más tranquila en la oscuridad de aquel lugar desconocido e inhóspito, en compañía de un chico impulsivo e imprevisible, que en Arcadia junto a Rick.

—Rick no va a venir ¿verdad?

Jason lo dijo como si ya supiera la respuesta.

Anna le devolvió la mirada y negó con la cabeza.

Después le habló de su idea de usar la libreta de Morice Moreau para comunicar con el otro lado y Jason pensó que era una idea estupenda. Así que la abrieron y empezaron a pasar las páginas, esperando que alguno de los otros lectores estuviese haciendo lo mismo en aquel instante.

En uno de los marcos había una mujer dibujada que miraba hacia atrás, asustada: Ultima había abierto la libreta.

Anna se apresuró a poner los dedos en el dibujo y su mente entró en contacto con los pensamientos de la mujer de Arcadia. Eran pensamientos sombríos. Percibió claramente la angustia de Ultima. Su miedo.

—¡No te preocupes! —intentó tranquilizarla—. He entrado por la puerta y estoy bien. Jason está aquí conmigo. También él está bien.

El contacto con los pensamientos de Última se interrumpió bruscamente y, un momento después, Anna percibió una nueva presencia. Era Rick. Y parecía furioso.

—¿Me quieres explicar qué demonios se te ha pasado por la cabeza? —gritó el joven a través de las páginas del cuaderno.

—No lo sé, Rick. Solo sé que tenía que hacerlo —confesó Anna, mirando a Jason en busca de consuelo.

Él se puso en cuclillas junto a ella y le sugirió:

—Dile que no se preocupe. Que nos espere. Dile que volveremos con todo lo necesario.

Anna se lo dijo a Rick, y este contestó:

—¿Qué pensáis hacer?

—Bueno, creo que no tenemos mucha elección —replicó la chica. Y se dirigió hacia la silueta reluciente y dorada de Céfiro. El gigante estaba de pie en el sendero, pocos pasos por delante de ellos. Los estaba esperando.

—¿Será prudente? —susurró Anna, dirigiéndose a Jason.

—No lo pienses —sonrió él.

Después se agachó y le rozó los labios con un beso.

Cerraron la libreta no sin antes prometer a Rick que se mantendrían en constante contacto con él.

Después se encaminaron tras su guía. El sendero corría estrecho al borde del precipicio y se vieron obligados a avanzar en fila india, prestando la máxima atención a donde ponían el pie. En algunos tramos, se estrechaba aún más hasta convertirse en una angosta cornisa labrada en la roca como una cicatriz, tan sutil que casi no conseguían poner un pie al lado del otro. Caía la oscuridad, de un negro extrañamente brillante que parecía reflejar la tenue luminosidad dorada de la piel de Céfiro. No se veía nada. Lo único que percibían claramente era la sensación de vacío y de vértigo. Y después, a medida que avanzaban a lo largo del sendero o descendían por estrechos peldaños, empezó a llegar a sus oídos un lejano gorjeo, como de agua corriente. ¿Un río? ¿Un arroyo subterráneo? Imposible decirlo.

Anna arrastraba los pies, imitando los pasos de su guía, y Jason hacía lo mismo justo detrás de ella. De vez en cuando la mano de él se apoyaba en su hombro y le rozaba los dedos. Entonces se paraban e intercambiaban algunas palabras en voz baja para darse ánimos antes de volver a emprender el camino, de nuevo concentrados y silenciosos.

Olvidaron Arcadia y la puerta de marfil en pocos minutos, o quizá fueran horas de marcha, engullidos por las tinieblas impenetrables de la hendidura. Tras innumerables recodos, el sendero los condujo a las primeras viviendas. En su mayoría, eran agujeros excavados en la roca. Órbitas vacías, de un negro aún más negro que las sombras que los rodeaban, que se asomaban al abismo como enormes fauces abiertas.

El pueblo llevaba abandonado desde tiempos inmemoriales, pero una vez alguien había vivido allí: por el suelo aún había restos de figuritas rotas, fragmentos de jarras de terracota, puntas de flecha. Y en los muros de piedra, dibujos de animales estilizados y cazadores armados de lanzas. Como en las pinturas rupestres.

Anna acarició las pinturas con la mano y creyó, mejor dicho, estuvo segura de sentir correr el tiempo bajo sus dedos. Un tiempo circular, que no cambiaba nunca y retornaba siempre idéntico a sí mismo, eternamente.

«El aire que envuelve este lugar es un aire ancestral», pensó antes de volver a ponerse en marcha.

Más abajo encontraron viviendas aún más grandes: enormes cavernas excavadas en la piedra, construcciones suspendidas en el vacío, arcadas imponentes e inútiles. En ciertos tramos, el sendero se convertía en una pasarela de roca entre dos precipicios y debían mantener los ojos fijos en los propios pies para no perder el equilibrio.

Llegaron a una encrucijada, la primera desde que habían iniciado el descenso.

Céfiro eligió el sendero que bajaba.

El otro, dijo, llevaba a la aldea en la que había nacido él.

—¿Qué es el Laberinto, Céfiro? —preguntó de repente Jason, mientras la oscuridad corría a su alrededor como un inmenso río de pez negra.

—Es una pared larga —respondió simplemente el gigante dorado.

—Has dicho que alguien te contó qué es lo que hay al otro lado de la pared —intervino Anna—. ¿Quién?

—Mis maestros, naturalmente. Los mismos que me enseñaron a hablar en el mundo antiguo, por medio de la poesía. —Céfiro continuó caminando, balanceándose sobre las rodillas—. Y después me enseñaron a reconocer los senderos que conducen a las entradas del Laberinto. Y también a distinguirlos de aquellos que, por el contrario, no llevan a ninguna parte.

—¿Cómo son las entradas del Laberinto? —Esta vez fue de nuevo Jason quien formuló la pregunta.

—Como las entradas por las que habéis llegado aquí.

—¿Te refieres a las puertas?

—Exacto: las puertas. Y si podemos entrar, os desvelaré todo lo que me enseñaron. Pero me dijeron que no tenía que decir nada antes de haber traspasado el umbral. Lo único que puedo deciros ahora es que el Laberinto es algo muy profundo. Y muy, muy antiguo.

—¿Antiguo... como las puertas?

—¡Oh, no! Mucho más antiguo —sonrió Céfiro—. El Laberinto es el origen de las puertas: cuando construyeron las puertas, el Laberinto ya existía.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—En realidad no lo sé.

Finalmente llegaron a su destino. El suelo resbalaba.

Bajo sus pies, la negra roca compacta se había convertido paulatinamente en una insidiosa grava de minerales relucientes. Un poco más allá, el sendero se adentraba entre explanadas de rocas geométricas y oblongas como cristales de cuarzo.

La temperatura del aire se había vuelto fría, casi invernal, y el ruido del agua se había hecho mucho más intenso.

—Casi hemos llegado —farfulló Céfiro, abriéndose camino entre las agujas y las puntas de cristal y orientándose a la perfección entre aquellos intrincados senderos que se perdían en todas las direcciones.

Ahora que los ojos de Anna y Jason se habían habituado a la oscuridad, también conseguían distinguir formas geométricas más lejanas: parecían ciudades sin luces o simples gargantas abiertas sobre aquel valle oscuro y profundísimo.

Saltando de un cristal a otro, lograron avanzar hasta llegar al río que serpenteaba al fondo. Sus aguas grises borboteaban emanando un frío polar.

Céfiro recogió un poco de aquel líquido helado en un recipiente y se lo metió entre la ropa para calentarlo antes de beber.

Después los condujo hasta una especie de muelle, en el que había algunas embarcaciones atracadas.

Cabeceaban dulcemente en la corriente del río, amarradas a un palo de metal clavado en los cristales. Encima de cada palo, como una macabra advertencia, había una calavera ensartada.

—Las puertas del Laberinto —anunció Céfiro, indicando un punto situado al otro lado del río.

Anna se apretó contra Jason. Y Jason contra Anna. Apenas podía distinguirse nada en el gris plomizo que los rodeaba. La corriente de tinta del río borboteaba amenazadora a pocos pasos de distancia.

Poco a poco lograron identificar cinco muelles en la otra orilla del río. Y detrás de los muelles, cinco escaleras. Y en lo alto de las escaleras, cinco puertas.

Después Anna notó algo extraño, unos reflejos blancos que resaltaban en medio de todo aquel gris.

Miró mejor. Y se quedó horrorizada: cada centímetro cuadrado de aquellos muelles, escaleras y puertas estaba recubierto de huesos.

Céfiro les pasó la cantimplora con agua, pero Anna no quiso beber. Todavía estaba conmocionada. Permanecieron durante un largo rato en silencio, hasta

que Jason se atrevió, por fin, a preguntar:

—¿Y todos esos huesos?

—Muchos son los que han intentado entrar —explicó Céfiro.

—¿Y por qué no volvieron atrás?

—Por la misma razón por la que tampoco vosotros podéis volver a pasar por la puerta de marfil —respondió el gigante—. El río se atraviesa en una sola dirección.

—¿Y cuando se desembarca en la otra orilla...?

—No hay nada. Nada para comer. Tampoco aire para respirar, según dicen. Solo las puertas. Cinco aquí enfrente. Cinco más abajo, en la otra dirección. Podemos ir también allí, si queréis. Pero eso es todo lo que vais a encontrar... —Céfiro sonrió—. Cinco puertas, cinco escaleras, cinco barcas. Nada más.

Jason se acordó de la cueva del acantilado de Villa Argo. No era más que una copia a escala reducida de lo que tenía ante sus ojos en ese momento. El brazo de agua, la embarcación, la escalera y la puerta en la parte opuesta. Volvió a pensar en la red de pasadizos subterráneos que se extendía bajo Villa Argo e imaginó que, de alguna forma, los dos lugares eran fruto de la misma mente.

«Villa Argo está construida encima del Laberinto», se dijo.

Después pensó en la colección de maquetas de barcos que Ulysses Moore conservaba en la habitación de la torre y se preguntó si el viejo lobo de mar sabría o no algo de aquel lugar subterráneo.

Que ya existía antes que las puertas.

Y quizá antes que todos los demás lugares imaginarios.

«Sí —pensó Jason—. Debe de saber algo que no ha dicho nunca a nadie.»

O a lo mejor lo sabían sus antepasados.

«Pero ¿qué es en realidad el Laberinto? ¿Y cuál es el importante secreto que custodia?», se preguntó por enésima vez, incapaz de encontrar una respuesta.

Anna, junto a él, movió imperceptiblemente la cabeza.

Parecía exhausta.

Cuando decidió cruzar la puerta de marfil y seguir a Jason no imaginaba que llegaría a un sitio parecido. Ni que se encontraría en una situación tan desesperada.

—Creo que tendríamos que pedir ayuda, Jason... —dijo con un hilo de voz mientras se ponía en cuclillas.

Los cristales relucientes eran fríos y cortantes.

Una vez más, Anna colocó la libreta en el suelo y se dispuso a abrirla.

Pero justo en ese momento Céfiro se volvió hacia ellos.

—Hay veinte reglas para entrar —declaró con voz inexpresiva, como si estuviera repitiendo mecánicamente una lección que se hubiera aprendido de memoria—. Veinte. Ni una más ni una menos.

—¿Y cuáles son? —le preguntó Jason, que se sentía cada vez más excitado.

El gigante dorado se volvió, dando la espalda a los chicos, y recitó con voz rítmica y pausada:

1. Cada puerta tiene un color distinto.
2. Cada puerta lleva a un lugar distinto.
3. Cada lugar tiene una embarcación típica, un animal típico y una bebida típica.
4. Ningún lugar tiene la misma embarcación, el mismo animal o la misma bebida.
5. Los habitantes de Kilmore Cove entran por la puerta roja.
6. A los habitantes de Atlántida les gustan los peces.
7. En Eldorado se bebe té.
8. La puerta verde está a la izquierda de la blanca.
9. Los que entran por la puerta verde beben café.
10. Los que entran por la puerta amarilla navegan en juncos, una embarcación típica de las Indias Orientales.
11. Los que navegan en naves vikingas crían erizos.
12. Los que entran por la puerta del centro beben leche.
13. Los egipcios de Punt entran por la primera puerta.
14. Los que navegan en piraguas viven a lado de aquellos a los que les gustan los gatos.
15. Los que prefieren los monos viven al lado de los que navegan en juncos.
16. Los que navegan a lomos de las ballenas beben limonada.
17. Los habitantes de la Isla de los Sueños navegan en sencillas balsas.
18. Los egipcios de Punt viven al lado de la puerta azul.
19. Los que navegan en piraguas son vecinos de los que beben solo agua.

Céfiro se interrumpió de golpe.

—¿Y el veinte? —preguntó Jason, tras unos segundos de espera.

El gigante lo miró fijamente con sus magnéticos ojos dorados y respondió con un susurro:

—Veinte: ahora que sabes todo esto, ¿sabrías decirme a quién le gustan los cuervos?[*]



Capítulo 9
*Una **LLAMADA**
desde la **NADA***

Si había algo que Malarius Voynich odiaba con todas sus fuerzas era viajar.

Y si había algo que odiaba de viajar (las raras veces que, a su pesar, se veía obligado a salir de viaje) era no llegar a donde quería llegar.

La situación era esta: el Bentley negro de los Incendiaros, que el propio Voynich había comprado en Aberdeen a precio de saldo a un multimillonario italiano en busca de aventuras en los mares del norte, estaba abandonado en medio de una desolada planicie herbosa que descendía hacia el mar. A sus espaldas, en algún sitio, estaba la ciudad de Zennor.

Delante, el cruce de siempre, por el que ya habían pasado al menos diez veces.

A la derecha (o a la izquierda, según la dirección en la que Voynich caminaba en su ir y venir frenético y furibundo), el disco del sol empezaba ya a ponerse tras las olas del mar.

¿O se había puesto del todo?

Era difícil decirlo, dado que en el horizonte el cielo estaba cubierto por una línea de nubes rojas.

Rojo fuego.

Para incendiar el alma.

El chófer de los Incendiaros se había sentado en el arcén de la carretera y había encendido un puro, como era de prever. Disfrutaba del atardecer, tan tranquilo.

Como si todo fuera bien. Todo perfecto. A Voynich le habría gustado usar su cabeza vacía como una pelota de golf y lanzarla directamente entre las olas.

Estaba enfurecido, ciego de rabia, lanzaba chispas por todos y cada uno de sus poros.

Se detuvo dos pasos por detrás del chófer. Las piedrecillas chirriaron bajo sus mocasines relucientes (estaban relucientes antes de que empezara a caminar arriba y abajo por aquella carretera de campo para intentar calmarse). Lanzó una mirada de odio fulminante entre los omóplatos del susodicho, quien siguió fumándose su puro impertérrito, sin tan siquiera volverse.

—Sabes que estás despedido, ¿verdad? —recalcó el jefe de los Incendiarrios, con la voz trémula y cargada de rabia y frustración.

—Por mí, vale —respondió tranquilo el chófer—. Es más, si quiere le devuelvo ahora mismo las llaves del coche.

«Ah, claro —pensó Voynich—. Qué amable: me devuelve las llaves. Una pena que yo no sepa conducir. Y que nos hayamos quedado parados en mitad de la nada.»

En mitad de una nada que despedía un vago olor a estiércol. Con un ruido sospechoso de fondo, como de miles y miles de insectos. Minúsculos seres que zumbaban escondiéndose entre la hierba o que chirriaban excitados por la llegada de la noche.

Voynich dejó correr la mirada de derecha a izquierda, imaginándose aquel campo verde transformado en una uniforme planicie poblada de cenizas, y aquella idea le hizo sentirse mejor. Después, animado por aquel instante de felicidad, volvió a concentrarse en el chófer.

—¿Sabes que eres un inútil, verdad?

El chófer le dio una larga calada al puro.

—Eres el chófer más inútil de todos los chóferes inútiles del mundo entero.

—Era usted el que indicaba el camino —se limitó a recordarle el otro, sin apartar ni por un momento la mirada del atardecer.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que yo seré un inútil, pero usted no se queda atrás.

Malarius Voynich apretó los puños. Los apretó con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas de las manos hasta casi hacerlas sangrar. Pero no dijo ni una palabra.

En cualquier otra situación, en Londres, habría obligado al chófer a hacer una excursión por las alcantarillas del Támesis o le habría incendiado la casa con la primera tormenta de paso o habría transformado a su perro en un pincho moruno carbonizado.

Pero allí, en medio de la nada, tenía que rendirse ante la evidencia de que aquel gigantesco inútil también era el único capaz de llevarlo a casa. O a cualquier otra parte que no fuera aquella horrible e indecente campiña tan poco civilizada.

Así que tenía que seguir con vida.

—Dos horas. Has estado dando vueltas dos horas —gruñó Malarius Voynich, señalando hacia la carretera que por un lado costeaba el mar y por el otro se dirigía hacia unas colinas boscosas.

—Hemos estado dando vueltas —corrigió el chófer.

—No podemos habérselo pasado.

—A lo mejor ese bendito pueblo no existe —aventuró el otro, dando otra calada.

—¡Claro que existe! ¡Ayer mismo fueron allí los hermanos Tijeras!

—Lo habrán quemado. O le habrán contado una patraña. O a lo mejor no está en Inglaterra.

—¡Kilmore Cove —gritó Voynich como un endemoniado— está en Inglaterra, a poca distancia de Zennor, inútil!

Algo tintineó entre los dedos del chófer.

—Estas son las llaves. Y este es el coche. La carretera... las colinas. Haga lo que le venga en gana.

Llegado al límite de la exasperación, Voynich cogió las llaves y dio la vuelta alrededor del coche. Luego agarró el tirador de la puerta y casi se dislocó el hombro intentando abrirla.

—Primero tiene que quitar el antirrobo... —le recordó el chófer, imperturbable.

Voynich se esforzó en contar hasta diez y respirar profundamente. Pero, al llegar a tres, explotó y lanzó con todas sus fuerzas las llaves al suelo, que rodaron por encima de los cantos blancos de la carretera.

Después su teléfono móvil empezó a sonar.

Era Eco.

—¡¿Qué pasa?! —respondió Voynich, casi gritando.

—Soy yo, jefe...

—Eso ya lo sé, por desgracia. ¿Y ahora quieres decirme también qué diablos quieres?

—¡Vaya! Podría contestar de una manera un poco menos brusca ¿no cree? Algo así como: «¿Cómo estás? ¿Qué tal todo? Me alegro de oírte...».

Voynich colgó.

Después se dirigió a la carretera para ir a buscar las llaves. ¿Por qué, se preguntó, tenía que estar rodeado de semejantes inútiles? ¿Qué demonios querría ahora ese engreído de Eco? ¿Otra suite en el Danieli? ¿Entradas para un estreno teatral? ¿Había sido él, quizá, quien le había recomendado el chófer? ¿O el sobrino del viejo Pires, el mayordomo del club?

Por el momento, las únicas dos cosas seguras eran que no tenía ninguna intención de escuchar los lamentos de Eco y que el chófer era un inútil de los de verdad, incapaz de encontrar un agujero como Kilmore Cove en un agujero como Cornualles.

Lo que, por otro lado, no hacía más que confirmar su teoría, es decir, que Kilmore Cove no existía. Y no había existido nunca. Y toda aquella historia de Ulysses Moore, pintores locos y libretas parlanchinas era solo una invención.

Una broma.

Un truco.

Sin tener en cuenta que...

De nuevo el teléfono. De nuevo Eco.

—Se lo ruego, escúcheme, señor Voynich, en este momento yo...

—Apáñatelas —gruñó Malarius Voynich. Y colgó de nuevo. No era el momento. Que tomara una decisión él solito. Si le venía en gana, que le prendiera fuego a aquella maldita Casa de los Garabatos. ¡Que sumergiera Venecia entera bajo las aguas! ¡No le interesaba!

Cuando el teléfono sonó por tercera vez respondió sin ni siquiera mirar.

—Te mato —masculló con voz gélida—. En cuanto te vea, te mato.

Al otro lado reinó un prolongado silencio. Un silencio penetrante y amenazador.

Verdaderamente amenazador.

La conciencia de haber cometido un terrible error había empezado a abrirse paso en la mente exhausta de Malarius Voynich, antes de que una voz aguda y ácida como un limón preguntara:

—¿Marius?

Al jefe de los Incendiaros le bastó una ojeada al móvil para confirmar que la voz pertenecía a su hermana: la doctora Viviana Voynich. También conocida como «la enfermera del diablo», por su carácter no precisamente amable y sosegado. Cinco años mayor que él. Ex estudiante modelo. Un cargo más que prestigioso en la comisión médica internacional. Soltera, un carácter irreprochable. En una palabra: tina bruja.

—¿Es verdad lo que he oído, Marius? —preguntó de nuevo la vocecilla estridente.

Viviana Voynich se consideraba la última descendiente de la familia, como si su hermano no existiera. Le había obligado a vivir una infancia de terror y una adolescencia todavía más dramática. Era una dictadora que no estaba dispuesta a ceder ni una milésima parte en sus férreas convicciones.

—¡Vivy! ¡Qué sorpresa! —dijo Voynich—. No esperaba una llamada tuya. Me pillas en mal momento ¿sabes?

—Marius, ¿es verdad lo que he oído? —repitió impasible su hermana.

Viviana podía repetir la misma frase un centenar de veces. Lo había hecho siempre. Repetir, repetir, hasta que el adversario se daba por vencido. Hasta obligarlo a decir lo que ella quería que dijera.

La rabia que se había ido acumulando dentro del jefe de los Incendiaros estalló primero en una ceja, después en la otra, hasta que, en pocos segundos, todo el rostro de Malarius Voynich estuvo recorrido por una decena de tics nerviosos diferentes.

—¿Es verdad lo que he oído, Marius?

—¿Qué has oído, querida? —preguntó Malarius, con los labios ligeramente temblorosos.

—Has dicho: «Te mato. En cuanto te vea, te mato».

«Y no sabes cuánto me gustaría hacerlo», pensó él, arrastrando los pies por la grava.

—Te equivocas. No he dicho nunca nada parecido.

—Lo has dicho. Te he oído perfectamente. Y no arrastres los pies por la grava. Nuestra madre nos enseñó a no estropear los zapatos, pero al parecer tú no has aprendido nunca la lección ¿verdad?

Voynich se quedó parado de repente, envuelto en una nube de polvo que ascendía desde debajo de las suelas de sus zapatos. «Pero ¿cómo puede saberlo?», se preguntó. Y no era la primera vez.

—Marius, dime enseguida dónde estás y por qué no te encuentras en casa.

—Estoy de viaje.

En el teléfono resonó un «¡Ah!», similar al tañido de una campana. Seguido del inevitable comentario sarcástico:

—Tú no sales nunca de viaje. Tú no viajas. Soy yo la que viaja.

—Te equivocas —replicó Voynich—. Si te digo que estoy de viaje, es que estoy de viaje.

Risita histérica. Larga.

—¿Sí? ¿Y dónde estás si puede saberse? ¿En Greenwich? ¿En Hyde Park?

—En Cornualles.

Siguió un momento de silencio.

—No me tomes el pelo, Marius. No me tomes el pelo.

—No te estoy tomando el pelo, Viviana. ¿Oyes este ruido? Es el mar.

—¿Y te importa explicarme por qué oscura razón te has ido a Cornualles? No, espera, no me lo digas. Es por el club ese de amiguitos tuyos, ¿verdad?

«Se llaman Incendiaros —masculló Malarius Voynich por dentro—. Los Incendiaros no son mis “amiguitos”. ¡Soy el último bastión contra esta civilización decadente! ¡La misma civilización para la cual a ti te gusta tanto trabajar, Viviana querida!»

Pero la intención de su hermana era más que evidente: reprocharle por enésima vez que lo único que había decidido hacer por sí mismo, el Incendiaro, no era más que un estúpido capricho. Una manera como cualquier otra de perder el tiempo.

Rumió todo en una fracción de segundo y después, con la mayor calma del mundo, replicó:

—¡Oh, no! Mi trabajo no tiene nada que ver. Es un viaje de placer.

Otro largo silencio.

—¿Marius? Ahora estoy segura de que me estás tomando el pelo. O si no es que estás muy mal. Te puedo mandar un médico de confianza, si me indicas dónde te encuentras exactamente.

—¿Por qué dices eso, Viviana?

—Tú no sabes ni siquiera lo que significan las palabras «viaje de placer».

—¿Y tú sí?

—¡Marius, ya basta! —gritó ella, adoptando el acostumbrado tono despótico de hermana mayor—. ¡Vuelve enseguida a casa!

—¿O si no? ¿Se lo vas a decir a mamá?

—¡Marius! No hables así de mamá, ¿me has oído?

La verdad es que desde que su madre había muerto, Viviana había asumido su papel. Y no perdía ocasión de recordárselo. Pero ese día, por primera vez desde hacía años, Malarius Voynich, quizá porque estaba trastornado a causa del viaje, quizá porque estaba furioso por todo lo demás, por aquel pueblucho llamado Kilmore Cove que no conseguía encontrar, por Eco, que lo agobiaba con sus llamaditas desde Venecia, por los otros, que hacían lo mismo desde Londres y, en fin, por toda aquella irritante historia de Ulysses Moore, pero la cuestión era que...

Que...

Que tenía ganas de decirle a su hermana, de una vez por todas, lo que pensaba de ella.

Tenía ganas de rebelarse.

Una rebelión que no tendría vuelta de hoja.

—Oye, Viviana querida, ¿me has llamado por un motivo preciso o solo para que sepa que estás viva? Porque me estás haciendo perder un tiempo precioso. Tengo un coche nuevo, un hotel que me espera y...

Intentó añadir algo sobre el chófer, pero acabó diciendo:

—Y un compañero de golf con el que quiero jugarme un par de hoyos en paz. De modo que, si no tienes nada más que añadir, yo diría que podríamos acabar aquí nuestra conversación.

Viviana solo consiguió articular un «Pero...».

Y Malarius Voynich colgó.

Después introdujo el móvil entre las palmas de las manos como para protegerse de una explosión que no se produjo.

No pasó nada.

Su hermana no hizo nada.

No podía hacer nada.

Y, por primera vez desde hacía años, Malarius Voynich se echó a reír.

En algún punto en medio de la carretera divisó el resplandor de las llaves del coche y se dirigió hacia allí para recuperarlas.

Arrastró los pies por el suelo durante todo el camino.

Después sonó el móvil.

Era otra vez Eco.

Lo dejó sonar hasta que por fin cogió las llaves. Después, finalmente, respondió muy contento y ufano:

—¡Dime, Eco!

—Siento molestarle, señor Voynich, pero la situación es esta —soltó el otro sin respirar—. La señora Bloom se ha encerrado en casa y no parece tener ninguna intención de salir. Los chicos de Londres me dicen que el señor Bloom no ha vuelto al trabajo. Y hace algunas horas que no recibimos noticias de los hermanos Tijeras. En pocas palabras: ¿qué hacemos?

Malarius Voynich jugueteó con las llaves y se dio la vuelta hacia aquel mar color índigo en cuyas profundidades se había hundido el sol. Se lo pensó unos segundos y después respondió:

—Nada.

—¿Cómo dice, jefe...?

—Ya me has oído. No vamos a hacer nada. Ahora estoy prácticamente seguro de que toda esta historia de Ulysses Moore no es más que una invención.

—Pero... ¿y lo del fresco...? ¿Y lo del pintor francés...?

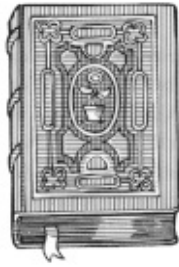
—¿Morice Moreau? Lo resolveremos con calma. Tú quédate también esta noche vigilando a la señora Bloom. Y mañana ya veremos.

—Señor Voynich, me permito recordarle que...

—¿Sabes? Me importa un pimiento lo que quieras recordarme. Te digo lo que voy a hacer: voy a ir a Zennor a buscar un hotel. Voy a escribir una página de mi novela y me voy a dormir. Y ya decidiré mañana qué hacer en función de cómo me despierte.

—¿Se-señor Voynich? —balbuceó Eco al otro lado del teléfono—. ¿Desde cuándo escribe usted novelas?

—Desde hace cincuenta y siete años —respondió tranquilamente Malarius Voynich—. Y antes o después tenía que decírselo a alguien.



Capítulo 10

El ÁRBOL del VIENTO

Tener que colarse como un ladrón en su propia casa siempre le producía una sensación extraña. En vista de que ya estaba anocheciendo, y del incipiente dolor de espalda consecuencia de la jornada en sidecar, Nestor evitó trepar por las ramas del sicomoro para después saltar al tejado y entrar en la buhardilla, y optó por el más cómodo pasadizo secreto, que desembocaba en el salón. Una vez en casa, echó una rápida ojeada, comprobó que los señores Covenant estaban enfrascados en una discusión en la cocina, y se dirigió escaleras arriba. Subió a la biblioteca y cogió el libro que necesitaba orientándose a tientas, sin ni siquiera tener que encender la luz.

Pocos minutos después ya emprendía el camino de vuelta a casa, cojeando a través del jardín, aunque se entretuvo hojeando las páginas de marfil del *Manual de botánica fantástica* aprovechando la luz vespertina. Las ilustraciones eran de valiosa factura, todas hechas a mano, y representaban árboles y flores increíbles: rosas que hablaban, árboles-terror o árboles cuyos frutos eran ocas bulliciosas.

Mientras entraba en casa, encontró el dibujo de los árboles-luz, tal y como los había imaginado Platón, y una anotación suya en el margen:

La imaginación es un árbol. Tiene las virtudes integradoras de un árbol. Es raíces y ramas. Vive entre la tierra y el cielo. Vive en la tierra y en el viento (G. B.).

No recordaba haberla escrito nunca, naturalmente.

Oyó que los chicos estaban hablando como descosidos y decidió no interrumpirles. Así pues, se quedó de pie en la puerta y siguió hojeando el libro hasta que encontró lo que estaba buscando:

Viento, árbol del

Así pues, existía.

La ilustración representaba dos árboles, como en el fresco de Morice Moreau. Estaban uno al lado del otro, con las raíces suspendidas en el aire, unidas entre sí por una fila de minúsculos insectos que de las raíces de uno pasaban a las del otro y viceversa. Leyó la descripción correspondiente.

Según algunas mitologías nórdicas, los árboles del viento se nutren de ideas y de su transmisión. Cuanto más fuerte es el flujo de ideas, más se sostiene el árbol y más este sostiene a su doble. De hecho se trata siempre de árboles gemelos. Estrabón anota que si talan uno de los dos, también el otro muere. Son plantas muy robustas y prácticamente inmortales. Aunque sufran un daño grave, tienden siempre a crecer de nuevo. No se tiene noticia de sus frutos, pero se sabe que su corteza, que se vuelve a formar en el curso de los años, la han utilizado los fabricantes de objetos mágicos para realizar valiosos artefactos dotados de la capacidad de comunicar a través de grandes distancias. Véanse también las voces: *Cajas-pierdetodo*; *Libros-ventana*; *Balcones-irisados*; *Puertas-pasamundos*.

«Puertas-pasamundos.»

—Interesante... —murmuró Nestor para sí.

Pero ¿por qué no lo había leído nunca antes?

Recordó las palabras de Penelope, cuando se lamentaba de que era imposible conocer todo el contenido de los miles de libros que su marido había ido acumulando a lo largo de los años. Se contentaba con hojearlos, dado que la mayor parte de las veces acababa por tener que dedicar su tiempo a algún nuevo imprevisto.

Corrió a donde estaban los chicos, ansioso por comunicarles su descubrimiento.

—¡He encontrado una referencia a las puertas! —anunció con voz triunfal.

Pero Julia y Tommaso ni siquiera se dieron la vuelta. Seguían sentados, con las fotografías esparcidas por encima de la mesa, y tenían una expresión preocupada.

—¿Qué pasa? —inquirió al momento.

Llegó a la mesa y se dio cuenta de que tenían abierta la libreta.

Y que, a juzgar por la posición de las manos de Julia, la estaban usando. Porque sus dedos estaban tocando el dibujo estilizado de una niña con una llave en la mano.

—Son Anna y Jason —susurró Julia, como en trance.

Nestor exclamó exultante:

—¡Es magnífico! ¿Habéis conseguido entrar en contacto con ellos?

—Sí —respondió Tommy, que no parecía muy alegre precisamente.

Pero el anciano jardinero estaba demasiado ansioso por tener noticias de los tres jóvenes Viajeros Imaginarios como para fijarse en ese pequeño detalle.

—¿Y dónde están? ¿Cómo están?

—Bien, parece, pero...

—¿Y Rick? ¿Por qué no está con ellos?

Le resumieron la situación. Luego Julia añadió:

—Pero hay problemas. Graves problemas.

Nestor cogió una silla. Intuyó que el asunto de las puertas tenía que quedar momentáneamente en segundo plano, así que cogió una de las fotografías de Tommy y la puso como señal en la página del *Manual de botánica fantástica* que hablaba de los árboles del viento. Luego dejó el volumen en la mesa y los miró con gravedad.

—Vamos, decidme todo lo que sepáis. Soy todo oídos.

Así supo de la llegada de Jason, Rick y Anna a Arcadia y de su encuentro con la mujer del retrato de la libreta, la última habitante del Pueblo que Muere. Y después también supo del descubrimiento de la puerta de marfil inacabada, con su extraño símbolo formado por diez círculos unidos entre sí, y de cómo Jason y Anna la habían cruzado siguiendo los pasos de un gigante llamado Céfiro.

—Al parecer, ahora —concluyó Julia— no pueden salir por la puerta por la que han entrado, quizá porque no está del todo acabada. ¡Y por tanto, de hecho, no funciona!

Nestor exclamó:

—¿Y por qué demonios han entrado, entonces?

Pero se respondió a sí mismo: «Jason».

Julia lo miraba preocupada.

Nestor se llevó la mano a la frente. «Siempre igual. No crecerá nunca. Siempre el primero en meterse de cabeza en todos los líos.»

—¿En resumen? —murmuró—. ¿Tenemos que ir ahí abajo y construir una puerta para que puedan salir?

—Es una idea —dijo Julia.

—A lo mejor he encontrado algo que puede ayudarnos —dijo Nestor indicando el voluminoso libro que acababa de coger de la biblioteca—. Existen árboles dobles que tienen raíces particulares, pero...

—¿Pero...?

—La ilustración no resulta de gran ayuda. Podría tratarse de cualquier árbol del mundo, existente o imaginario.

—Menos un cactus —intervino Tommaso.

Julia dio un fuerte puñetazo en la mesa.

—Pero ¿se puede llegar a ser más imbécil que mi hermano? ¿Cómo se le habrá ocurrido pasar por una Puerta del Tiempo inacabada?

—Por lo menos Anna está con él —comentó Nestor, intentando ver cómo podía resolverse la situación.

—¡Imagínate! —gruñó Julia—. ¡Esa niñata solo será un estorbo!

Julia gesticuló en el aire, antes de darse cuenta de lo que acababa de decir.

—Perdonad. No quería comportarme como una hermana celosa, pero... habría preferido que Rick también estuviera con ellos.

Nestor asintió. Rick se había quedado fuera, obedeciendo a su sentido común. Y ahora que los dos amigos estaban separados, Jason se hallaba totalmente a merced de su carácter impulsivo, en compañía de una chica a la que ni siquiera conocían.

—Anna es la mejor persona que Jason puede tener a su lado en este momento —dijo Tommy con convicción.

—No tengo nada contra ella, créeme —intentó explicar Julia—, pero el hecho es que... no me fío de su capacidad de juicio.

—¿Por qué?

—Pues porque Jason le gusta, ¿no? ¡Y si él se da cuenta puede convencerla de cualquier cosa!

—No es verdad —replicó Tommy, molesto.

El chico bajó de golpe los ojos, los clavó en las fotos y se puso a mirarlas mecánicamente, pasando de una a otra como un autómata.

Julia intuyó demasiado tarde cuáles podían ser sus sentimientos y demasiado tarde, y aún más torpemente, intentó retirar lo que había dicho:

—No, no, Tommy. No me he explicado bien. No quería decir que Anna y Jason estuvieran juntos, solo que...

Pero la duda ya había anidado en el alma del chico.

Como un imán había atraído hacia sí todas las espinas diseminadas en sus pensamientos, formando una gigantesca maraña que pesaba como una losa en su corazón.

Y no le dejaba respirar.

—Voy a dar una vuelta... —dijo, apartando rudamente la silla de la mesa.

Salió al parque.

Y después se dirigió hacia la verja de entrada.

Atravesó la calle y siguió andando hasta que vio el mar.

Necesitaba un poco de aire fresco.

Había atravesado el tiempo para volver a ver a Anna.
Y, a todas luces, había llegado demasiado tarde.

Cuando estuvieron solos, Julia le preguntó a Nestor:

—¿Crees que debería hablarle?

—Creo que no. Son tonterías de adolescentes.

Julia se irritó ante la superficialidad con que Nestor trataba sus sentimientos. Porque ella también estaba más ansiosa de lo debido: pensaba en Rick, solo, en un pueblo a miles de kilómetros de distancia.

—Pareces más preocupada por él que por tu hermano.

«¿A quién se refiere? —se preguntó instintivamente Julia—. ¿A Rick o a Tommaso?»

—Tenía un presentimiento —respondió, haciendo como si nada—. Estaba segura de que Jason se metería en algún lío. Tenía que haberme ido con él. O no haberle dejado partir.

Nestor estaba de acuerdo.

A lo mejor todos ellos habían sido demasiado impulsivos.

Y superficiales.

Julia se retorció repetidamente un mechón de pelo, y finalmente añadió:

—Y además mis padres creen que Jason y Rick están de excursión con la clase de ciencias del instituto. Y, sin embargo, uno está en la cima de una montaña de los Pirineos y el otro prisionero detrás de una Puerta del Tiempo.

—Podría ser peor —comentó Nestor.

—Ah, ¿sí? ¿Peor?

—Podrían hallarse a la deriva, rodeados de tiburones hambrientos... —gruñó el viejo capitán, como si lo supiera por experiencia.



Capítulo 11

Las **VEINTE REGLAS**

Sentados en la gélida explanada de cristales negros, a pocos pasos de las aguas oscuras y borboteantes del río adonde les había conducido Céfiro, Jason y Anna estaban concentrados, intentando resolver el enigma. Se habían sentado el uno muy cerca del otro para darse ánimos y compartir algo de calor.

—Vamos a ver —intentó razonar Jason—. Empecemos desde el principio.

—De acuerdo —asintió Anna, en cuclillas y con las rodillas abrazadas.

Jason miró con el ceño fruncido las cinco piedras que habían colocado a sus pies, las cuales servían para representar las cinco puertas, todas iguales, que estaban en la otra orilla del río helado.

—Veinte reglas para entrar —murmuró.

—Exacto.

—Y tú no sabes nada más —dijo Jason, dirigiéndose a Céfiro.

El gigante dorado negó con la cabeza.

—No, amigo mío. Solo las reglas, pero no el motivo por el que se inventaron.

—Y, sin embargo, no pueden existir reglas sin un motivo... —comentó el chico, moviendo a su vez la cabeza.

Anna se echó a reír.

—Si te oyera mi madre, no creo que estuviera de acuerdo con eso.

Jason ignoró la ironía de su amiga y se esforzó por concentrarse en aquel absurdo rompecabezas.

—¿Y si empezáramos por el final? La última regla, la de los cuervos... —Indicó las cinco puertas del Laberinto, que se distinguían a duras penas en la oscuridad—. Tú tienes la llave del cuervo. Y la pregunta es: «¿Sabrías decirme a quién le gustan los cuervos?». Eso podría querer decir, en la práctica, que tenemos que averiguar cuál es la puerta que se abre con tu llave.

—Podría ser —asintió Anna.

—Pues entonces no nos queda más que resolver el acertijo, encontrar la puerta e intentar abrirla.

—¿Y no podríamos simplemente cruzar el río e intentar abrirlas todas?

Jason se encogió de hombros.

—Podríamos, pero... si algo he aprendido de los constructores de estas puertas es que ninguno de sus enigmas tiene varias soluciones. La solución es siempre una y solo una. Y ellos nos piden que la encontremos antes de decidir qué hacer. Así que, venga, vamos a intentarlo.

Buscó con la mirada al gigante, que había ido al río para coger más agua y calentarla.

—¡Céfiro! —lo llamó—. Tengo que preguntarte una cosa.

El gigante se acercó, caracoleando, y se sentó junto a él. Su piel parecía polvo de oro atravesado por una corriente eléctrica.

—¿Qué quieres saber?

—Repíteme las reglas... y los lugares de los que hablan.

Lentamente y con su habitual deje mecánico, el gigante empezó a recitar las veinte reglas.

—Kilmore Cove —dijo Jason en un determinado momento, como pescando un pez de aquel río de palabras aparentemente sin sentido. Después se dirigió a Anna—: Pon algo que nos recuerde a Kilmore Cove junto a la primera piedra.

Anna se quitó el reloj con las iniciales «P» y «D» y lo apoyó en el suelo, donde le había dicho Jason.

—Sigue, Céfiro...

Al llegar a la regla número seis, Jason anotó:

—Atlántida. Cerca de la segunda piedra.

Anna puso un zapato.

—¿Por qué un zapato?

—Porque no tengo otra cosa.

Jason movió la cabeza y en lugar del zapato puso la cantimplora.

—Atlántida desapareció bajo las aguas... Cantimplora... Agua...

Repitieron la operación con los demás lugares imaginarios mencionados en el enigma: Eldorado (esta vez pusieron el zapato), los egipcios de la Tierra de Punt (una piedrecita con forma de pirámide), la Isla de los Sueños (la llave del cuervo).

Jason miró aquel montón desordenado de cosas y le pidió a Céfiro que volviera a repetir las reglas.

—Ahora dime los colores.

El primero que salió fue el rojo.

Anna puso una pulsera junto a la primera piedra y el reloj con las dos iniciales. Siguieron el verde (una camiseta de Jason), el amarillo (un calcetín), el blanco (un pañuelo de papel), y el azul (otra camiseta de Jason, que de ese modo se quedó a pecho descubierto).

—Pero ¿no tienes frío? —le preguntó Anna.

Jason ni siquiera la oyó. Echó una ojeada a las barcas amarradas a orillas del río. Luego le pidió a Céfiro que volviera a empezar.

Relacionaron cada grupo de objetos con una barca distinta, como si fueran las embarcaciones de la adivinanza, y casi inmediatamente empezaron a discutir acerca de la ballena.

—A lo mejor la ballena no es una ballena sino un ballenero —observó Anna.

Miraron desconsolados sus «apuntes».

Luego la chica añadió:

—Y, de todas formas, lo que hemos hecho con la primera puerta está mal...

—¿Por qué? —preguntó Jason, perplejo—. Kilmore Cove, rojo, junco.

Pero Anna recordaba algo distinto. Le pidió a Céfiro que repitiera la regla número diez.

—O sea que el junco va por la puerta amarilla... la del zapato —concluyó la chica.

—¿Qué era el zapato?

—Eldorado.

—¡No puede ser! —protestó Jason—. Es una embarcación egipcia. Sería mejor ponerla con los egipcios.

—¿Y la nave vikinga entonces?

—Podría ir con Kilmore Cove... y la puerta roja.

Efectuaron los cambios necesarios y a continuación permanecieron en silencio contemplando el resultado. Al final Anna preguntó:

—¿Y ahora?

—Vamos a poner los animales —propuso Jason.

—¿Y qué hacemos con el té, el café, la leche, el agua y la limonada?

Y, aunque llevaba el pecho al descubierto, Jason empezó a sudar.

—Entonces... vamos a ver... me parece recordar que con la nave vikinga va el té.

—No: el té va con Atlántida —le corrigió Anna.

—Que es la puerta verde.

—La regla ocho dice que la puerta verde está a la izquierda de la blanca —observó Céfiro, puntilloso.

Jason controló la disposición de los objetos.

—Y ahora está a la derecha.

—Entonces la cambio de sitio —propuso Anna.

—¿Solo la camiseta o todo lo demás también?

—Yo diría que solo la cantimplora de Atlántida y la camiseta verde.

—De acuerdo, vamos a ponerlos con la piragua.

Jason se puso en cuclillas para cambiar todo de sitio, pero Céfiro le repitió la penúltima regla y el chico se detuvo.

—Entonces está mal. Cerca de la piragua hay que situar a los que solo beben agua.

—¿Y dónde has puesto el agua? —preguntó Anna, confusa.

—No la he puesto todavía en ningún sitio —respondió Jason—. Nos habíamos quedado en el té.

—¡El té en Eldorado! —les recordó Céfiro.

—Pues yo lo habría puesto en Kilmore Cove —objetó Anna—. Quiero decir que el té es inglés y Kilmore Cove, al fin y al cabo, está en Inglaterra.

—¿Y entonces qué ponemos en Eldorado?

—Pegaría más el café.

Y en ese momento, antes de que nadie pudiera detenerlo, Jason se levantó de golpe y empezó a dar patadas a diestro y siniestro, desparramándolo todo por la orilla de cristal.

—¡Basta! ¡No puede ser! ¡Es demasiado difícil! ¡No tiene sentido! ¡Es una locura! —gritó exasperado.

Después se abalanzó sobre la libreta de Morice Moreau y la abrió con rabia.

—¿Hay alguien en este maldito cuaderno que nos pueda ayudar antes de que nos volvamos todos locos?

Sí, había alguien.

Pero de entre todas las personas que podría encontrar, aquella era una de las más negadas para las adivinanzas.

Y eso sin tener en cuenta que esa persona estaba muy enfadada con él.

Era Rick.



Capítulo 12

SOMBRAS *en los* **MATORRALES**

El mar susurraba leve en el fondo del acantilado.

Tommaso lo miraba sin verlo, con los ojos perdidos en los reflejos luminosos de las olas.

Pensó en Anna.

Y fue un pensamiento doloroso.

«Extrañamente» doloroso: Tommaso nunca habría podido imaginar que llegaría a sentir celos por Anna. Anna era su amiga, siempre había sido su amiga. Y, por lo que a él le constaba, nada más.

Hacían los deberes juntos. De vez en cuando él la ayudaba a encontrar a su gato, Miolí. Se llevaban muy bien. En resumen, les unía una sólida amistad, y nada más que una amistad.

¿Y entonces por qué se sentía así? ¿Por qué había tenido que salir a respirar aire fresco?

¿Qué le pasaba?

A lo mejor había sido la llamada que había hecho a sus padres.

Tommy pensó en el millón de cosas que su madre le había dicho poco antes por teléfono. Entre ellas, había una que se le había quedado grabada, aunque en ese momento no le había dado importancia. Las palabras más o menos habían sido: «Sabemos que quieres a Anna, que estás enamorado de ella. ¡Pero este no es el modo! ¡Vuelve a casa inmediatamente!».

Enamorado.

¿De Anna?

¿Cómo podían saber sus padres algo que Tommaso ignoraba por completo? Ni siquiera se le había pasado nunca por la imaginación. No tenía ni la más mínima idea de lo que era el amor. Y, francamente, era demasiado joven para pensar en ello.

Él tenía otras cosas en la cabeza: ¡grandes aventuras, conquistas, hazañas!

Cosas que no tenían nada que ver con... enamorarse de su mejor amiga.

Quería ocuparse de las Puertas del Tiempo y de los frescos de Morice Moreau.

Quería descubrir con Ulysses Moore todas las cosas que no había descubierto leyendo sus libros. Todos los misterios, las preguntas que aún no tenían respuesta, que continuaban dando vueltas en su cabeza sin concederle ni un momento de tregua.

Nada que ver con el amor.

Y sin embargo tenía un nudo en la garganta y...

Se dio la vuelta de golpe.

Estaba seguro de haber oído un ruido extraño.

Se quedó escuchando unos segundos. Parecía todo tranquilo, así que volvió a sumirse en sus pensamientos. Se dio cuenta de que caminar lo ayudaba a ordenarlos. Distinguió, al otro lado de la carretera de la costa, el sendero que conducía al parque, y se adentró por allí. A saber lo que dirían sus padres si supieran por dónde estaba paseando.

Otra vez ese ruido.

Se detuvo para mirar alrededor.

Los árboles del parque de Villa Argo eran negros centinelas que se cernían sobre él, severos. Los matorrales que bordeaban el sendero ondeaban lentamente. El cielo estaba constelado de estrellas y surcado por largas nubes planas. El mar acariciaba el acantilado. El faro, al otro lado de la bahía, cortaba en dos la noche con su haz de luz blanca.

Así pues, ¿qué había sido ese ruido?

Tommaso lamentó su educación urbana. Acostumbrado a los ruidos de Venecia, los motores de las lanchas, el chapoteo del agua en los canales, el repicar de las campanas, no conocía prácticamente nada de los ruidos de un bosque nocturno.

¿Quizá un ave nocturna?

¿Un mapache?

Pero ¿había mapaches en Cornualles?

Se preguntó si no era cuestión de volver atrás, a donde estaban Nestor y Julia.

Lo último que necesitaba en ese momento, sin embargo, era algo que hiriera aún más su orgullo, así que se metió las manos en los bolsillos y siguió adelante, decidido a no dejarse sugestionar.

Quería llegar hasta el mausoleo. O hasta el depósito con los utensilios de jardinero que había en mitad del parque. Lugares sobre cuya existencia había

leído en los libros, pero que todavía no había visto con sus propios ojos.

Después volvería atrás.

—¿Creéis que nos ha visto? —preguntó con un hilo de voz el Flint grande, aplastado contra el asfalto.

El primo más pequeño se asomó entre los matorrales.

—No, no nos ha visto —respondió—. Ha seguido camino adelante.

—No, no puede habernos visto: ha seguido camino adelante —remachó el Flint mediano.

—Pero ¿adónde irá a estas horas de la noche? —se preguntó el Flint pequeño, mientras volvía a donde estaban los otros dos—. Además, la verdadera pregunta no es esa, sino: ¿de dónde viene ese tipo?

—Eso, la verdadera pregunta es de dónde viene —corroboró el Flint mediano.

—Y esta otra: ¿por qué llevaba puesta esa máscara? —añadió el Flint grande.

—Habéis oído lo que han dicho ¿no? —recordó el Flint pequeño—. Esa historia de que Covenant y Banner en realidad no se han ido de excursión con el instituto me parece muy interesante...

—Yo, la verdad es que la he encontrado aburridísima —admitió el Flint grande—. Sobre todo cuando decían que habían ido a los Piraños. Y además, esos terribles peces carnívoros siempre me han dado escalofríos —añadió con un deje de asco.

—¡Pirineos, idiota! —gruñó el Flint pequeño.

—¡Pirineos, no Piraños, ignorante! —recalcó el mediano.

—Lo interesante sería llegar a entender de verdad lo que está pasando con toda esta historia de las puertas y las llaves... —prosiguió el primo pequeño. Se dio la vuelta para echar una ojeada al sendero que quedaba más allá de los matorrales—. ¿Y sabéis lo que os digo? Podríamos preguntárselo a él.

—¿Y tú crees que él lo sabe? —preguntó el Flint mediano.

—Yo creo que sí —respondió con convicción el Flint pequeño—. Y además es el momento ideal para preguntárselo. Él está solo y nosotros somos tres.

—Dijiste lo mismo con los Covenant —le recordó el primo mayor—. Y acuérdate de cómo acabó la cosa.

—Pero este no es un Covenant —replicó el Flint pequeño, con un brillo maligno en la mirada.

—¡Eso mismo! Este no es un Covenant, —asintió el Flint mediano.

Tommaso se detuvo de nuevo para escrutar la oscuridad.

A un lado, se veían las luces lejanas del pueblo. Al otro, las siluetas sombrías de los árboles y los matorrales.

Había oído un crujido y le había parecido entrever algo que se movía en la hierba... Pensó que se podía tratar de un animal grande. Como un jabalí o así. Pero ¿qué había que hacer cuando uno se encontraba con un jabalí?

No tenía ni idea.

De todas formas, se tratara del animal que se tratara, estaba detrás de él, es decir, que venía de Villa Argo. Lo cual excluía automáticamente la posibilidad de volver atrás. Sin embargo, la idea de seguir avanzando empezaba a preocuparle. Su intención inicial era salir a dar cuatro pasos para aclararse las ideas. Pero ahora ya se encontraba a un centenar de metros de la casa, en un sendero invadido por la vegetación, que además conducía, si no recordaba mal, al mausoleo donde estaban enterrados los antepasados de la familia Moore.

Un cementerio, en una palabra.

Miró hacia arriba y vio que las nubes avanzaban velozmente y se comían las estrellas.

Demasiado macabro para su gusto.

Aceleró el paso y, mientras se apresuraba por el sendero, el ruido que lo perseguía se hizo aún más insistente.

En ese momento Tommaso no tenía dudas: o era un jabalí o eran dos.

Se los imaginó enormemente hambrientos. Golosos de jovencitos venecianos que no sabían nada de bosques.

Demonios.

Echó a correr y oyó que detrás de él también sus depredadores estaban acelerando. En ese momento los susurros, los pasos, los crujidos de las ramas partidas ya le estaban pisando los talones. Lo invadió el pánico.

Entonces, en medio de aquella fuga, corriendo a todo correr por el parque, le pareció oír una voz «humana» que exclamaba:

—¡Muévete, gordinflón!

Así que, por tanto... ¡no podían ser dos jabalíes!

¿Y eso era una buena o una mala noticia?

Por si las moscas, siguió corriendo.

Se detuvo solo cuando vio el mausoleo entre la vegetación, en un punto elevado que dominaba Turtle Park y el pueblo iluminado algo más abajo.

Pero no se detuvo porque quisiera admirar el espectáculo.

Se detuvo porque una mano, que surgió de la nada, lo agarró por el cogote y lo alzó literalmente del suelo sosteniéndolo en vilo.

—¿Y tú quién eres si puede saberse? —gruñó un hombre grande y barbudo.

Tommaso lanzó un chillido. Después intentó recomponerse y protestar con unas palabras más dignas:

—¡Suélteme ahora mismo!

El hombre soltó su presa. Cuando Tommy puso de nuevo los pies en el suelo, pudo ver mejor el rostro de quien lo acababa de capturar. Y, al igual que le había pasado con Julia y Nestor aquella tarde, tuvo la extrañísima impresión de reconocerlo, a pesar de que estaba seguro de que no lo había visto nunca en su vida.

—Pero si usted es... ¡Black Vulcano!

Sin embargo, aquel no era momento de presentaciones. Tommaso indicó el sendero por el que acababa de llegar y añadió:

—Creo que... me están siguiendo.

—¿Quién te está siguiendo, jovencito? —respondió el otro, con tono perplejo.

Permanecieron ambos en silencio. Mejor dicho, los tres. En cuanto pudo examinar mejor la situación, de hecho, se dio cuenta de que el hombre barbudo iba acompañado de otro hombre, alto y distinguido. Y esta vez sí estaba seguro de haberlo visto de verdad en alguna parte. «Un momento... Pero si... ¡Claro! ¡Es el padre de Anna! ¿Qué estará haciendo aquí con Black Vulcano?»

Cuando Tommy estaba empezando a pensar que sufría alucinaciones, el señor Bloom avanzó un paso. Estaba pálido como un cadáver. O como uno que hubiera viajado a toda velocidad a bordo de la locomotora de Black Vulcano.

—Tu cara me resulta familiar, chico —murmuró—. ¿Quién eres?

—Soy Tommaso Ranieri Strambi. ¿Se acuerda de mí? ¡El amigo veneciano de su hija!

—¿To-Tommy...? —balbuceó incrédulo el señor Bloom. Después agarró al chico del brazo—. ¿Tú sabes dónde está mi hija? —le preguntó a quemarropa.

—Bueno... esto... yo —Tommaso estaba desorientado y era incapaz de escoger una de las mil posibles excusas que hubiera podido inventar. Al final, eligió el improbable camino de la verdad—. Sí, señor Bloom. Está prisionera tras una Puerta del Tiempo sin salida. Pero, si tenemos suerte, una vez cruzada la puerta de los esqueletos, a lo mejor consigue penetrar en el Laberinto, sea cual sea ese lugar, y es posible que allí encuentre el modo de volver a casa.

En ese momento, sintió la mano de Black Vulcano posándose en su hombro.

—Muy bien, chico —gruñó el ex maquinista—. Pero habría sido mejor decírselo con un poco más de tacto ¿no crees?

Demasiado tarde.

Con un débil lamento, el señor Bloom se cayó de bruces en el suelo.



Capítulo 13

Bajo la **LLUVIA INCESANTE**

La tormenta había aplacado su furia.

Pero la lluvia seguía cayendo, impertérrita. Golpeaba las límpidas fuentes, la hierba de los prados, los templetos y los sepulcros de Arcadia. Los rebaños y manadas habían buscado amparo entre las ruinas, las tórtolas y las golondrinas en los escondrijos de los frontones, y las cigarras, que la tarde anterior cantaban ebrias de dicha, estaban ahora calladas.

Esperaban que dejara de llover.

Pero era como si la lluvia quisiera seguir cayendo por siempre jamás.

Sentado en el suelo, entre decenas de folios arrugados, Rick tachaba y escribía, escribía y tachaba sin cesar, furiosamente. Y cada vez que tachaba, lanzaba susurrantes maldiciones contra puertas, animales, bebidas, embarcaciones y pueblos imaginarios.

—No es tu fuerte ¿eh, chico? —le increpó de repente el de rizos.

—¿Qué estás estudiando? ¿Latín?

Se encontraban los tres bajo un fresco pórtico con las columnas cubiertas de hiedra. Desde lo alto, allí donde las plantas trepadoras se metían por las grietas de los muros, llegaba de vez en cuando el arrullo de las tórtolas. Estaban a resguardo de la lluvia. Última había sacado a los dos Incendiaros del agujero y los había encadenado en un lugar seco. Sin decir palabra, había encendido una hoguera y había asado unas mazorcas, que los dos prisioneros devoraron con verdadero apetito.

Rick siguió, impertérrito, tachando y escribiendo, como si no los hubiera oído nunca.

—Parece un trabajo conceptual, el tuyo —observó de nuevo el de rizos, al cabo de unos minutos.

—¿Vas aún al colegio? ¿O ya te has puesto a trabajar? —preguntó su hermano.

—«El trabajo intelectual arranca al hombre de la comunidad humana. El trabajo manual, sin embargo, conduce al hombre hacia los hombres» — comentó el de rizos.

—Espera, no me digas nada... —murmuró el otro, intentando recordar dónde lo había oído.

—No pensaba hacerlo.

—¿Goethe?

—Un poco menos alemán: Kafka. Estamos empatados. Uno a uno.

—¡Lo tenía en la punta de la lengua!

—¡BASTA! —rugió Rick, arrancando el enésimo folio—. ¡Ya resulta bastante difícil sin necesidad de que vosotros dos os pongáis a hablar y me distraigáis continuamente!

Los dos Incendiarios movieron las cadenas.

—¡Eh! No te enfades, amigo. No puedes pretender que te ayudemos.

—Seguimos siendo los malos.

Rick les lanzó una mirada feroz y después volvió a concentrarse en los apuntes y las flechas que había trazado. Odiaba aquellos absurdos problemas de lógica. No conseguía entrar en el mecanismo del juego, ni era capaz de concentrarse lo suficiente para resolverlos. Y mientras buscaba la manera de combinar leche, café y limonada con embarcaciones, pueblos imaginarios y puertas de colores, no podía dejar de preguntarse quién podía ser tan sádico para haber concebido una tortura como aquella.

Al final se rindió. Se recostó, extenuado, contra el muro de la columnata y pensó seriamente en dejar todo y echarse una cabezadita.

Había sido una larguísima jornada. Y aquella adivinanza constituía el modo perfecto de concluir.

Buscó a Última con la mirada, pero la mujer había desaparecido de nuevo en la espesura del bosque, en una de sus continuas visitas de inspección. Había dejado su fusil de cobre, cargado con fuegos artificiales, apoyado contra la pared.

El hermano de rizos pareció intuir los pensamientos del chico y comentó:

—Tu amiga está dando una vuelta por... ¿cómo llamáis a este lugar de mala muerte?

—Arcadia —respondió Rick, meditabundo—. El Pueblo que Muere. O si preferís... la tierra sin enfermedades.

—Insólito ¿no? —comentó el rubio—. El Pueblo que Muere pero en él no hay enfermedades.

—¿Sabéis una cosa? —añadió el de rizos—. He estado más de dos horas bajo la lluvia y hundido en el barro hasta la coronilla... y no he estornudado ni una vez.

El otro lo miró:

—¡Eh! ¿Sabes que tienes razón? Yo tampoco.

—Es solo una leyenda —suspiró Rick—. Los Viajeros Imaginarios que buscaban Arcadia creían que era un lugar fabuloso y mágico... En fin, la mitificaban.

—Puede que sea así, pero la verdad es que yo no tengo ni el menor síntoma de resfriado —insistió el de rizos.

—Y, ¿entonces por qué llamáis a este pueblo el Pueblo que Muere? —preguntó el rubio.

Rick se llevó las rodillas hasta debajo del mentón y bostezó. Habría dado la mitad de su vida para poder dormir y no pensar en nada más. Pero contestó:

—Lo llamamos así porque ya nadie vive aquí. Nadie viene a visitarlo y, en consecuencia, ya nadie cree en él.

El rubio miró fijamente a Rick, con expresión meditabunda en los ojos.

—¿Así que eso es lo que hacéis?

—¿Qué? —le preguntó Rick, sorprendido.

—¿Vais por ahí salvando pueblos que mueren?

A su pesar, Rick sonrió.

—¡Oh, no! Hemos venido aquí por una libreta. Esa que Última lleva siempre consigo...

—¿Esa con la que hablabas?

—Sí, esa.

—¿Y no has pensado nunca en ir a un médico?

De nuevo Rick soltó una carcajada:

—Bueno, sí, la verdad es que puede resultar un poco extraño, pero...

—No, no. Es perfectamente normal hablar con un libro —intervino el de rizos—. Lo he visto hacer miles de veces.

—Y todas esas veces, después hemos quemado el libro —añadió el rubio.

—Pero al que hablaba dentro siempre lo hemos dejado escapar.

—Somos malos, pero no tan malos.

Rick movió la cabeza, resignado a no pegar ojo.

—El hecho es que a nuestro jefe este tipo de cosas lo ponen muy nervioso —prosiguió el rubio—. Y este es el motivo por el que nos ha encargado que sigamos a esa tal Anna Bloom.

—¿Y ha sido fácil? —preguntó el chico con un bostezo.

—Pues no, la verdad. Pero para teneros a todos bajo control les hemos pasado el encargo a tres gamberros paisanos tuyos.

—¿Tres con el pelo rizado? —inquirió Rick, prestando algo más de atención a partir de ese momento.

—Exacto. ¿Los conoces?

—Apuesto a que son los primos Flint.

—Sí, son justo ellos.

Rick empezaba a entender muchas cosas.

—Y volviendo a lo de antes... —dijo el de rizos—: no has logrado hacer lo que tenías que hacer.

—Es que —admitió Rick, desconsolado— tengo que resolver una especie de enigma de lógica. Y yo los odio.

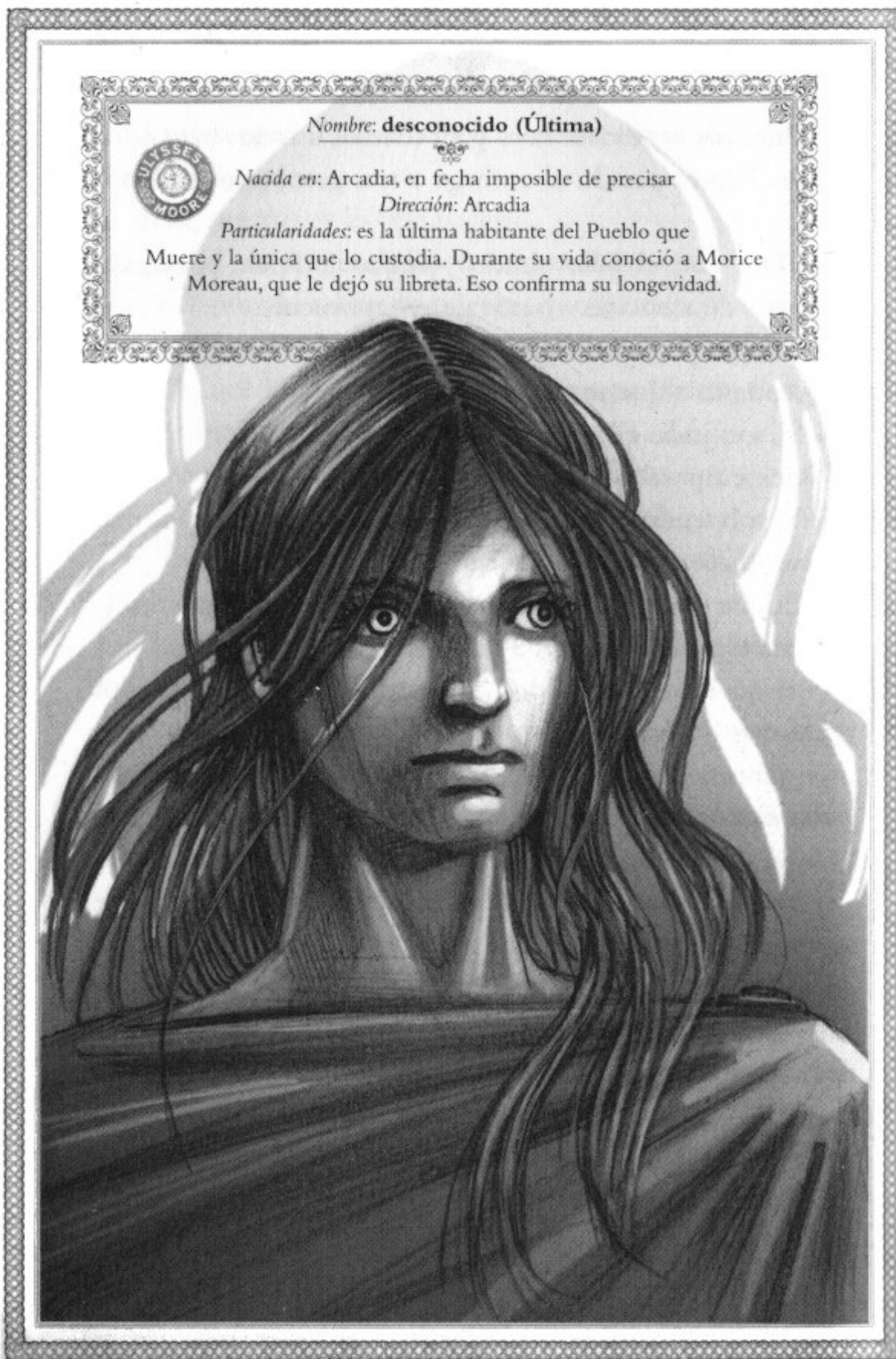
—¡A quién se lo vas a decir! —respondieron a coro los dos hermanos Tijeras.

—¿Sabes a quién le podrías preguntar? —dijo riendo con sorna el rubio tras un momento de silencio—. A nuestro jefe.

—¡Sí, buena idea! —se echó a reír el otro.

—No, en serio. Él es un portento para estas cosas. Tiene una mente prodigiosa. Y una memoria de elefante. Es capaz de resolvértelo en un segundo.

—¿Lo decís en serio? —preguntó Rick, mientras una idea decididamente absurda empezaba a abrirse camino en su mente.



Nombre: **desconocido (Última)**



Nacida en: Arcadia, en fecha imposible de precisar

Dirección: Arcadia

Particularidades: es la última habitante del Pueblo que Muere y la única que lo custodia. Durante su vida conoció a Morice Moreau, que le dejó su libreta. Eso confirma su longevidad.



Capítulo 14

La CHICA de los CUERVOS

—Tengo la solución —dijo la voz de Rick a través de las páginas de la libreta.

Anna casi no se lo creía. Todavía estaba en la orilla helada del río, con el libro abierto sobre las rodillas y Jason dando vueltas a su alrededor, incapaz de quedarse quieto.

—Tienes que estar de broma... —fue lo único que consiguió responder.

—No, pero no me preguntes cómo lo he hecho.

—¿Por qué?

—Porque no lo he resuelto yo.

—¿Y quién, entonces?

—El hombre de la torre de sillas.

Anna, llegados a este punto, se había quedado de piedra.

—Pero él...

—Lo sé —respondió Rick, tajante—. Pero también es un genio de la enigmística. Y esta tarde parecía muy dispuesto a ayudar. —La voz de Rick adquirió tono de impaciencia—. Pero bueno... ahora concentrémonos en el enigma. La solución es la cuarta puerta.

—¿La cuarta puerta?

—Contando desde la izquierda. El orden de las puertas es: amarilla, azul, roja, verde y blanca. Y como la pregunta es: «¿Sabrías decirme a quién le gustan los cuervos?», creo que tenéis que abrir la puerta verde con la llave del cuervo. O sea, la cuarta puerta desde la izquierda.

Anna no contestó enseguida. Se pasó una mano por el pelo y miró a Jason, que mientras tanto seguía de pie, parado, mirándola fijamente, impaciente por conocer la respuesta. Después volvió a dirigir la mirada a la libreta.

—¿Hay alguna lógica en lo que me has dicho?

—Sí. Y es mucho más fácil de lo que parece. Lo he comprobado y encaja

todo, así que ahora no os queda más remedio que fiaros de mi palabra y hacer exactamente lo que os he dicho ¿de acuerdo?

—De acuerdo...

Anna alzó los ojos y observó con preocupación las cinco puertas situadas en la otra orilla del río a través de la tupida oscuridad que lo envolvía todo.

—¿Anna? —Rick la llamó de nuevo.

—¿Qué?

—Aunque esta sea la solución del enigma, eso no significa que... abrir la cuarta puerta sea la decisión más inteligente.

Pero los huesos blanquecinos colocados a lo largo de la orilla y en los márgenes de los escalones que llevaban hasta las puertas ya bastaban para convencerla del peligro.

—Gracias de todas formas.

—Ten cuidado.

—Seguro.

La chica levantó lentamente la mano del papel y, como todas las demás veces, se sintió estremecer.

—Es la cuarta puerta —dijo después, dirigiéndose a Jason—. La puerta de la Isla de los Sueños.

El chico parpadeó un par de veces. A continuación miró las puertas, las escaleras, los huesos, el río, las embarcaciones. Miró a Céfiro y, después, de nuevo a Anna.

—Pues, entonces, ¿a qué estamos esperando?

Eligieron la embarcación más resistente para atravesar el río. Anna se sentó a la proa. Céfiro subió en último lugar, después de empujar la barca al agua.

Jason, por si las moscas, llevaba consigo dos de las piedras negras que habían usado para intentar resolver el enigma. Céfiro soltó amarras.

Usaron una pértiga y un remo para cruzar las burbujeantes aguas del río. Se dieron toda la prisa que pudieron. El fondo era bajo y estaba erizado de rocas puntiagudas. La corriente formaba mil remolinos.

En la otra orilla, el aire aún era frío y enrarecido, como el que se respira en la alta montaña.

Bajaron de la barca en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Anna intentó llegar a la escalera sin tocar ninguno de los huesos amontonados en torno a ellos. A continuación se concentró en la puerta que había justo encima de la escalera, y ni siquiera miró las demás.

Jason, con las dos piedras en la mano, le preguntó a Céfiro qué tenían que hacer con la embarcación. El gigante de piel dorada se limitó a encogerse de hombros. Las naves volvían siempre solas al embarcadero, explicó. Y como en Villa Argo sucedía lo mismo, Jason no sintió la necesidad de hacer más preguntas.

Subieron.

Anna sentía en el bolsillo el peso de la llave del cuervo, que acariciaba nerviosamente. Jason se pasaba las piedras de una mano a la otra, como si fueran los proyectiles de una honda, y mientras tanto miraba la muralla hacia la que se dirigían. Las cinco puertas no se abrían a una pared natural.

Alguien había construido las paredes del Laberinto: gigantescos bloques cuadrados colocados uno encima del otro hasta alcanzar una altura inimaginable, infinita.

Los pensamientos de Céfiro, sin embargo, permanecían secretamente celados tras su mirada luminosa.

Aunque subieron la escalera bastante deprisa, para Anna supuso un verdadero suplicio. Cada vez que ponía el pie en el suelo, temía oír el crujir de un hueso que se resquebrajaba o rodaba escaleras abajo, y todo cuanto pudo hacer fue darse aún más prisa en subir, al tiempo que murmuraba una plegaria entre dientes.

Cuando por fin se detuvo ante la puerta, se dio la vuelta en busca de Jason. Pero su perfil quedaba completamente envuelto por la oscuridad, como si la oscuridad que lo rodeaba fuera líquida, y se hiciera más espesa y más clara alternativamente.

Como si la impulsara un viento impalpable.

O como si estuviera dotada de voluntad propia.

—¿Estamos todos de acuerdo? —preguntó, estúpidamente, Anna.

Tuvo la angustiosa sensación de que el sonido de su voz ni siquiera se había separado de su boca. Como si no tuviera aire suficiente para llegar más lejos.

—¿Intentamos abrirla? —añadió. Y una vez más las palabras se le quedaron pegadas a los labios.

Sintió la mano de Jason, que apretaba la suya, mientras la voz del chico la animaba:

—Vamos, ábrela.

De entre las sombras que se cernían tras él surgió la estilizada silueta de Céfiro, rodeada de un tenue resplandor dorado que le confería un aspecto aún más espectral.

—¿Y si no es esta?

Jason le apretó la mano más fuerte.

—Tú eres la chica de la llave del cuervo.

La voz de Jason llegaba desde muy lejos, como si le estuviera hablando desde otro mundo. Y quizá así fuera realmente, aunque en ese instante Anna tuviese demasiado miedo para admitirlo.

La llave del cuervo se había hecho escurridiza.

Cuando la sacó del bolsillo, Anna rezó para que no se le escapara de las manos y se le cayera al suelo. Entre otras cosas porque nunca conseguiría encontrarla entre aquel montón de huesos esparcidos por doquier, cuya blancura espectral percibía por el rabillo del ojo.

Acercó la llave a la puerta.

Le resultaba imposible doblar los dedos. Estaban rígidos como un palo. Tenía los labios resecaos, helados.

Cuando tocó la placa de metal de la cerradura con la punta de la llave, se produjo un pequeño ruido.

Sonidos y movimientos acolchados, como si estuvieran debajo del agua.

La oscuridad se agitaba sin cesar a su alrededor, acariciándole el pelo.

Anna recorrió la cerradura con la llave, en busca del ojo. La recorrió a tientas, como si la llave fuera enorme y la cerradura minúscula.

No lo encontraba.

La oscuridad se movía en oleadas. Podía sentirla raspar entre los huesos y alzar la pátina helada del río.

«¡No hay ninguna cerradura!», pensó Anna mientras sentía cómo la invadía el pánico.

A su alrededor, las imágenes comenzaron a distorsionarse, como en un sueño. Jason y Céfiro permanecían inmóviles, pero sus rostros se alargaban, confundándose con la oscuridad, como figuras de aceite que se diluían poco a poco.

«¡No hay salida!», pensó de nuevo la chica. Y esa certeza gritó dentro de sí, ensordeciéndola.

Volvió a mover la llave.

La restregó contra la placa metálica.

Buscó la cerradura; el terror, el pánico y la rabia crecían.

Le pareció que las puertas empezaban a multiplicarse y ahora eran cinco, diez, veinte.

«La cerradura. La puerta debe de tener una cerradura. “¿A quién le gustan los cuervos?”, decía la última regla...»

Los bloques de la pared del Laberinto empezaron a hacerse más y más grandes, uno tras otro. Primero los más cercanos, después todos los demás. Se hinchaban como globos a punto de explotar. Toda la inmensidad del Laberinto se estaba hinchando. Se plegaba y aumentaba cada vez más y más. Y la llave que sostenía en la mano se iba haciendo más pesada y más grande, mientras la puerta se hacía más pequeña. Y con ella la cerradura, que ahora era minúscula, microscópica, inexistente.

«A mí me gustan los cuervos», pensó Anna.

Y en ese momento encontró una oquedad donde introducir el extremo de la llave. Un minúsculo surco que la acogió y la guió hacia adelante.

Anna empujó.

La llave siguió introduciéndose.

«¡A mí me gustan los cuervos!»

Y de algún modo, y en algún tiempo, más allá de los límites de la normalidad, giró la llave.



Capítulo 15

El DIARIO

—¡Anna! —gritó la señora Bloom, abriendo los ojos de par en par.

¡Le había pasado algo a su hija! ¡Lo sabía!

El hombro. Le dolía el hombro.

Intentó moverlo y notó una punzada de dolor. Después, intentó averiguar dónde estaba. Fue enfocando poco a poco los objetos de la habitación.

Estaba en Venecia.

Estaba en casa.

Recordó vagamente que la noche anterior se había quedado dormida, exhausta, en el sofá, en una postura incomodísima. Y ahora, claro, le dolía el hombro.

—¿Anna? —repitió.

Se levantó, fue al dormitorio de su hija, abrió la puerta y miró dentro.

Pero ella no estaba.

Se apoyó en la jamba de la puerta. Se frotó los ojos. Empezó lentamente, con dificultad, a separar los elementos del sueño de los de la realidad.

Y la realidad era que Anna no había vuelto a casa. No había cogido nunca el avión para Venecia. La realidad era que su marido la había llamado desde Londres para decirle que había averiguado dónde estaba su hija. Que no tenía que preocuparse y que se resolvería todo en pocas horas.

La realidad era que también Tommaso Ranieri Strambi se había escapado de casa. Y también él había llamado por teléfono a sus padres para decirles que no se preocuparan y que volvería pronto.

La realidad era que su marido le había dicho que no saliera de casa. Que no abriera a nadie y que esperara a que él la llamara.

Solo que esas cosas pasaban en las películas, no en la realidad. Eran cosas que les sucedían a las mujeres de los agentes secretos. Y su marido no era ningún agente secreto.

O al menos no que ella supiera.

Se arregló el pelo mientras intentaba razonar. La solución más sencilla, decía el filósofo, a menudo es la solución justa. Así que la señora Bloom tenía que dejar de pensar de una vez en oscuras maquinaciones internacionales, en agentes secretos, en la maldición que flotaba sobre la Casa de los Garabatos... Tenía que olvidarse de todos los libros y las películas de terror y de espías, y de todos los artículos que hablaban de niños secuestrados, y concentrarse en la solución más sencilla.

Anna estaba bien.

Su marido sabía dónde estaba y ya había ido a buscarla.

Si no le había dicho nada más, era solo porque no quería que ella se enfadara con su hija.

Sí, esa era la solución más fácil.

Pero, entonces, ¿cómo podía explicarse la desaparición de Tommaso? ¿Tenía algo que ver con la de Anna o no?

Necesitaba saberlo. No podía seguir allí parada sin hacer nada ni un minuto más.

La señora Bloom le había enseñado a su hija a respetar los secretos y la intimidad de las personas, de todas las personas. Era algo en lo que creía firmemente. Pero esa tarde, se dijo, no respetaría los secretos de su hija.

No podía permitirselo.

Era su madre.

Esquivó el gato, Miolí, que estaba parado en medio del pasillo, y entró en el cuarto de Anna.

Se sintió mal cuando empezó a abrir los cajones y leer los cuadernos. Estaba haciendo algo que iba contra sus convicciones.

Pero tenía que saber lo que estaba pasando.

Tenía que encontrar las pruebas de que la solución más sencilla era la auténtica solución.

Había percibido algo raro en la última llamada de su marido. ¿Por qué le había dicho que no saliera de casa y que no abriera a nadie? ¿Por qué alguien había entrado a escondidas en la Casa de los Garabatos y había destruido parte de las labores de restauración? ¿Qué escondía todo aquello?

Hojeó frenéticamente los cuadernos, los apuntes y los diarios de Anna. Los pensamientos más íntimos de su hija le llegaron sin filtros, haciéndola sonrojar de vergüenza por haberlos descubierto de esa manera.

Pero no había nada.

O sí...

Al final lo encontró.

Una sencilla nota, garabateada en el diario el día antes de que Anna saliera de viaje para ir a ver a su padre.

—Además... —recordó en voz alta la señora Bloom— normalmente Anna odiaba ir a Londres.

Mientras que aquella vez prácticamente le había suplicado que la dejara ir.

—¿Por qué...? —murmuró la señora Bloom, leyendo la nota de su hija.

Decía:

Llamar a Tommy para ver al traductor.

«Ver al traductor.»

¿Qué traductor? ¿Traductor de qué? ¿Y para qué tenían que verlo?

La señora Bloom pensó instintivamente en la lengua materna de Anna, el inglés.

¿Sería un trabajo para el colegio? Pero en el diario no había nada más que esa nota.

Fue pasando páginas y días hacia atrás.

Y encontró una segunda nota que, por alguna extraña razón, relacionó con la precedente. A lo mejor porque estaba en inglés. A lo mejor porque le parecía que estaba escrita con el mismo bolígrafo. A lo mejor porque era su madre.

¿Ulysses Moore? Buscar.

Así que la señora Bloom buscó. Buscó primero en la librería, después decidió encender el ordenador (aunque odiaba aquel artilugio infernal).

Esperó a ver aparecer la pantalla de inicio. Luego se conectó a internet.

Recordó el nombre de un motor de búsqueda. Tecleó «Ulysses Moore», pulsó «Enter» y esperó.

Descubrió que era un escritor de libros de aventuras.

Hizo clic. Arrastró el ratón hasta el borde de la mesa, después lo levantó y volvió a moverlo. Odiaba sobre todo aquel pequeño trasto (no dejaba de ser un ratón, al fin y al cabo).

Aparecieron unas páginas llenas de colorines. Dijo que no quería participar en los juegos y se saltó todos los concursos.

—¡Solo quiero saber quién es el traductor! —le gritó a la pantalla, que continuaba dispensando dibujos y musiquitas.

Hizo clic, seleccionó, abrió y cerró.

Y por fin lo encontró: este Ulysses Moore era, en efecto, un traductor.

Se apuntó el nombre en un trozo de papel. Luego volvió a la página del motor de búsqueda y, con un esfuerzo superior al previsto, buscó información sobre él.

Era italiano.

Y también escribía.

«Escribe incluso demasiado...», pensó la mujer.

Pero ¿qué relación podía haber entre el traductor y su hija? Siempre y cuando fuera ese el traductor al que Anna se refería en la nota de su diario.

Ver al traductor.

¿Se habían visto?

¿Y dónde?

Antes de ir a Londres a ver a su padre, Anna no se había movido de casa. Y tampoco Tommaso. Tommaso no había salido de Venecia en su vida.

Así que tenían que haberse visto allí, en Venecia.

¿Quizá en una de esas tertulias que hacían en la librería?

El ordenador empezó a zumbar.

No. Ningún encuentro del que quedara rastro alguno en el gran océano de Internet.

Excepto uno.

En San Donà di Piave.

La señora Bloom entró en la página de la biblioteca del pueblo.

El traductor había dado una charla a los chicos del pueblo el día anterior.

Y en el artículo decía que vivía en Verona.

Era suficiente.

La señora Bloom apagó el ordenador y salió de la habitación.

Empezó a recorrer el pasillo arriba y abajo.

¿Qué hora sería?

Altas horas de la noche.

No podía ir a Verona a esas horas.

No había ni siquiera trenes.

Y además su marido le había dicho que no saliera de casa. Pero ¿por qué?

Fue a la ventana de la cocina, corrió las cortinas y se acercó a la ventana para mirar hacia fuera. Después se detuvo, porque se dio cuenta de que estaba cometiendo un error. Lo había leído en los libros.

Recorrió la casa y apagó todas las luces.

Esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad y solo entonces miró fuera.

No había nadie, naturalmente.

Por otro lado, ¿quién tenía que haber?

«Me estoy llenando la cabeza de tonterías...», se dijo la señora Bloom, cerrando las cortinas.

Y en ese momento lo vio.

Un destello rojizo, minúsculo, al otro lado del canal.

Alguien que fumaba un puro.

Las brasas rojas que incendiaban la noche.

La señora Bloom notó que le temblaban las piernas y se le ponía el cuerpo rígido.

Se alejó sigilosamente de la ventana, incapaz de dar crédito a lo que veían sus ojos.

¿Su marido tenía razón?

¿La estaban vigilando realmente?

Se quedó allí, con la mirada fija en aquel desconocido durante un tiempo incalculable. Y él empezó a pasear a lo largo del canal. Se sentó en los escalones, se levantó, cruzó un pequeño puente y pasó bajo su casa.

Cuando entró en el círculo de luz de una farola, la señora Bloom lo reconoció.

Era el tipo del bombín y el paraguas.

El propietario de la Casa de los Garabatos.

Se llamaba Eco.

El apartamento se había convertido de repente en una prisión. Y lo único que la señora Bloom habría querido hacer era salir de allí sin que nadie la siguiera.

Miró por la mirilla.

En las escaleras no había nadie.

La puerta era resistente, de esas que se pueden abrir desde dentro o desde fuera solo con la llave.

«Solo con la llave», pensó la señora Bloom, mientras la sacaba de la cerradura. Había oído decir que algunos ladrones eran capaces de dar la vuelta con un imán a la llave olvidada dentro.

«Piensa, piensa, piensa...», se repitió, prosiguiendo su marcha arriba y abajo del apartamento, como el señor de un castillo asediado.

Lo primero que tenía que hacer era calmarse.

Lo segundo era calmarse de verdad.

Y lo tercero era conseguir mantener la calma.

Se obligó a tumbarse en la cama, mientras el nombre del traductor, el del autor de novelas de aventuras, la casa que estaba restaurando, la misteriosa vida de Morice Moreau y la desaparición de su hija se mezclaban vertiginosamente en su mente.

Se levantó y se preparó una infusión.

Se le cayó la tetera al suelo. La cogió, puso el agua a hervir, tiró todo lo demás.

Se impuso dejar de temblar como una niña.

Lo consiguió.

Tardó bastante tiempo, pero lo consiguió.

Elaboró un plan.

Volvió al ordenador, lo encendió, dominó las ganas de empezar a pegarle patadas porque estaba tardando demasiado tiempo, se apuntó el horario del primer tren para Verona y lo apagó. Ni hablar de intentar comprar el billete con aquel artilugio ronroneante.

Miró el reloj. Desconectó todos los enchufes del teléfono y los metió en el bolso.

Después se hizo una comodísima y ligerísima maleta.

Cuando terminó de hacerla, la deshizo.

Y se hizo una comodísima y ligerísima mochila.

Y al final pensó que habría llamado la atención también con ella y decidió irse sin nada.

Solo cogió algo de dinero en efectivo: ya se compraría todo lo que le hiciera falta.

Después se sentó en la cocina y esperó.

Cuando llegó la hora, puso un café al fuego, respiró profundamente, se acercó a la ventana y la abrió de par en par.

El hombre del bombín y el paraguas estaba todavía allí.

—¡Eh! —gritó la señora Bloom—. ¡Sí, sí, es a usted! ¡Sé que me está oyendo! Le propongo un trato. Si sube a tomarse un café, yo le digo lo que sé de mi hija y usted me cuenta por qué me está vigilando y me ayuda a encontrarla. ¿Qué me dice? ¡Suba! ¡Lo tiene preparado en la cocina!

Dicho lo cual, el hombre le hizo un ademán con la mano y ella cerró la ventana. Vertió el café en la taza y se dirigió a la puerta. La entreabrió para que el desconocido pudiera entrar, acarició a Miolí y le rogó que

permaneciera en silencio. Después se escondió detrás de una de las puertas de la casa.

Oyó el portal de entrada que se abría.

Y unos pasos que subían por las escaleras.

Eco tenía que admitir que la señora Bloom era una mujer inteligente. Pidió incluso permiso para entrar en casa. Ella no respondió, pero Eco sabía perfectamente dónde estaba la cocina. Pensó que no le había oído.

—¿Señora Bloom? ¿Puedo pasar? —preguntó.

Era extraño estar hablando con la persona que tenía que vigilar.

En la cocina había un café encima de la mesa. Había mantenido su palabra.

Pero había solo un café.

Cuando entró en la habitación, la señora Bloom salió rápidamente por detrás de él, cerró tras de sí la puerta y la cerró con llave desde fuera.

No se podía abrir desde dentro sin llave.

Así que Eco no tenía forma de salir.

Ningún teléfono, excepto el móvil de Tommaso Ranieri Strambi.

Que además no tenía crédito.

El perseguido y el perseguidor habían intercambiado sus papeles.

Eco se sentó en la cocina y probó el café.

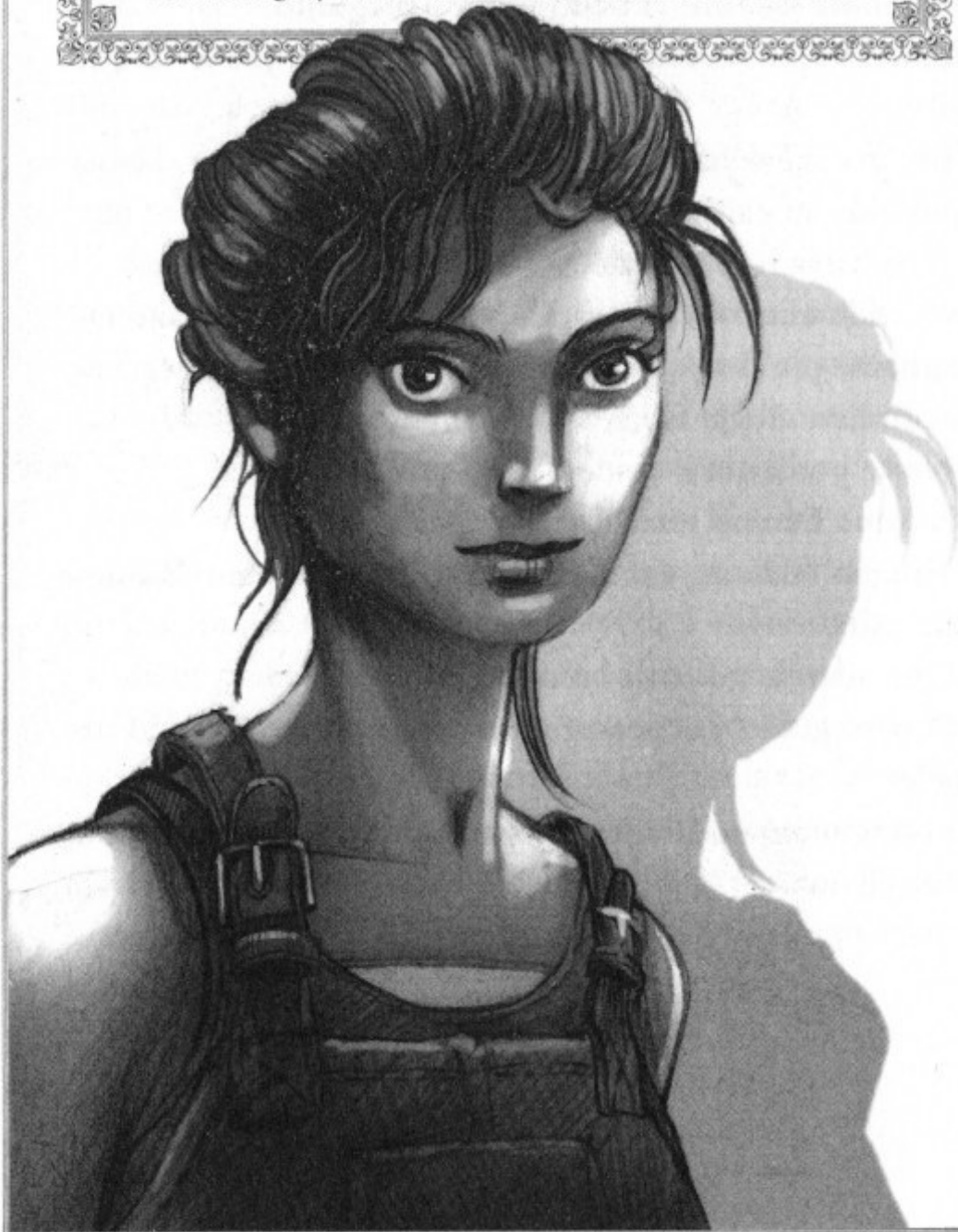
Excelente.

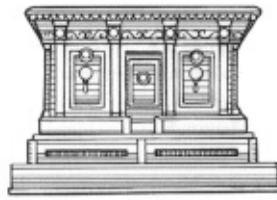
Nombre: **Beatrice Marinelli Bloom**

Nacida en: Greve in Chianti (Florencia),
el 8 de febrero de 1968

Dirección: Venecia

Particularidades: es una entusiasta decoradora y restauradora.
Positiva, alegre y dinámica, no se rinde nunca ante las dificultades.





Capítulo 16

En el **LABERINTO**

Dentro del Laberinto había luz.

Toda la luz que no había fuera estaba encerrada en el interior, como en un cofre. Era una luz Cálida, dorada, pastosa. Una luz que se deslizaba sobre la piel como una caricia.

El Laberinto era un simple pasillo, estrecho y alto como la nave de una catedral gótica. Muy estrecho y muy alto.

Anna sujetó la puerta para dejar pasar a Jason y a Céfiro. Después, sin decir palabra, sacó la llave de la cerradura y la puerta se deslizó sobre sus goznes.

Y se cerró suavemente.

—Estamos dentro —susurró Jason, pasando al lado de la chica. Tendió una mano y tocó las paredes: eran toscas y porosas, con diseños geométricos. Como la piel de una serpiente o las ramificaciones de una hoja.

No parecían obra de un ser humano.

Y sin embargo lo eran.

—¿Alguien sabe dentro de qué estamos? —preguntó Anna, desorientada.

Cuando se alejó de la puerta, percibió un movimiento, como una masa de aire desplazándose. Céfiro pasó a su lado, confundándose con la luz que flotaba en el pasillo, como si ambos fueran de la misma materia.

Pero no había sido él quien se había movido.

Había sido la puerta por la que habían entrado.

Cuando se dio la vuelta, había desaparecido. Donde hasta hacía solo un instante había una pared, ahora se abría un larguísimo pasillo dorado, especular con respecto a aquel en que se encontraban.

El Laberinto cambiaba de forma.

Permanecieron un buen rato indecisos, pensando qué dirección tomar.

—Yo creo que cualquiera de las dos vale —dijo Céfiro.

—¡No puede ser! —protestó Anna—. ¡Una tiene que estar bien y la otra mal!

—No necesariamente —replicó el gigante—. La diferencia simplemente puede hallarse entre quedarse parados o moverse. Y en el Laberinto hay que moverse.

—Bien dicho —aprobó Jason—. Entonces, venga, vamos a movernos...

—¿Para ir adónde? —preguntó Anna, contrariada.

Se dieron la vuelta para mirar a su guía, que respondió:

—Hay mil salas y mil pasillos... Pero algunas salas son más importantes que otras. Y es más fácil llegar hasta ellas.

—¿Como por ejemplo...? —preguntó Jason.

—Hay un lugar en el centro del Laberinto que se llama la Sala del Equilibrio. Creo que tendríamos que empezar por allí.

Jason movió la cabeza, perplejo.

—Es la primera vez que oigo hablar de ella. ¿Qué sitio es ese?

—No lo sé. No te olvides de que tampoco yo había entrado nunca en el Laberinto. Solo sé lo que mis maestros me contaron.

La respuesta de Céfiro exasperó a Anna:

—¿Quieres contarnos de una vez todo lo que sabes de este sitio?

—Es muy poco, la verdad. Sé que el Laberinto está habitado por muchas personas. Y que la Sala del Equilibrio es su punto de encuentro.

—¿Y entonces cómo sabes dónde está?

Un ruido sordo, como de un tambor lejano, o una campana, una frecuencia grave y vibrante, se difundió por todo el pasadizo.

Llegó como una ola y, al mismo tiempo, se alejó.

—¿Qué era eso? —preguntó Anna, asustada.

—Venía de allí abajo —respondió Jason.

El gigante se quedó un momento en silencio, escuchando. Después se dio la vuelta lentamente hacia ellos y dijo:

—Así pues, es allí abajo adonde tenemos que ir.

Se pusieron en marcha.

Céfiro abría camino, con su paso rítmico y desarticulado. Anna y Jason caminaban uno al lado del otro. No había nada que ver: el Laberinto proseguía recto, entre paredes altas y delgadas que formaban armoniosas arcadas. No tenía ventanas ni otras fuentes de luz. Relucía como el oro.

La primera sala apareció ante ellos de manera inesperada: era circular y tenía el techo tan alto que quedaba difuminado bajo la luz intensa. El suelo estaba ocupado por un ejército de figuras doradas: estatuas de hombres y mujeres, bestias y animales, formas abstractas, fantásticas, enormes y diminutas. Estatuas de todas las dimensiones, de todas las formas, tan cerca una de otra que dejaban un espacio apenas suficiente para caminar entre ellas. Una extraña corriente de aire las envolvía en torbellinos irregulares, levantando una nube de polvo dorado de su superficie. En torno a algunas estatuas la corriente era más intensa, y el aire era tan denso que tenían que taparse los ojos y respirar con la boca cerrada. Alrededor de otras, sin embargo, el viento languidecía y silbaba débilmente entre sus tobillos, como esperando despertarse.

Céfiro intentó orientarse en aquel dédalo de estrechos pasillos, en busca de una salida.

—¿Tú sabes dónde estamos? —le preguntó de repente Jason, al contemplar las múltiples formas de aquella increíble colección de estatuas.

—Creo que es la Sala de las Ideas —murmuró su guía.

—¿Quieres decir que cada una de estas estatuas es... una idea? —preguntó Anna incrédula.

—Exactamente —respondió Céfiro—. Y el viento las lleva lejos.

Anna sintió el impulso irresistible de rozar con los dedos una de las estatuas, pero al no saber distinguir una buena idea de una mala, titubeó y al final desistió.

Después de mucho dudar, Céfiro se acercó a la entrada de un pasillo exactamente igual a aquel por el que habían entrado. Se demoró un instante a pocos pasos de la abertura, y al final se dio la vuelta y prosiguió en busca de otra salida.

—¿Por qué no pasamos por allí? —preguntó Jason.

Céfiro le indicó el polvo dorado transportado por el viento que, en aquella parte, se convertía en una triste lluvia de polvo gris.

—Creo que lleva a las Salas del Terror.

—¿Y qué son las Salas del Terror?

—Cosas destruidas —respondió Céfiro.

Por fin, embocaron otro pasillo por el que llegaron a una segunda sala, que según Céfiro era la Sala del Viento, el lugar donde nacían todos los vientos del mundo.

También dejaron atrás aquella sala y, finalmente, después de girar varias veces, llegaron a la Sala del Equilibrio.

Céfiro había dicho la verdad.

Oyeron las voces incluso antes de entrar.

Voces masculinas y femeninas, risas y reproches, discusiones a media voz y animadas charlas.

Jason aceleró el paso.

Para su gran estupor, se dieron cuenta de que incluso podían distinguir algunos retazos de conversación.

—Pero ¿qué peligro?

—¡¡¡Sí, sí, tranquilos vamos a estar!!! ¡Nos han dejado fuera!

—No me lo puedo creer, de verdad. Más de tres días de viaje... ¡Y no han servido para nada!

—¡Para nada!

Después, por fin, llegaron al umbral y pudieron mirar dentro.

La Sala del Equilibrio era mucho más pequeña que la de las Ideas, pero a diferencia de esta última estaba semivacía y delimitada por un imponente anfiteatro con altas gradas, sillas, mesas y lámparas esparcidas por doquier.

Algunas banderas de origen desconocido colgaban tristemente del alto techo dorado. Otras pendían de las paredes. En el centro de la sala había una alta cátedra de aspecto amenazador.

Una veintena de personas en total discutían aquí y allá, divididas en pequeños grupitos.

La primera impresión de Jason y Anna fue la de que habían entrado en un aula universitaria durante el cambio entre una clase y otra.

O en el antiguo parlamento de algún país en decadencia.

—¿Qué hacen ahí dentro? —preguntó el joven Covenant a Céfiro, que lo precedía.

Su guía indicó algunas figuras que tenían la misma piel dorada que él, paradas en otra salida de la sala (había cinco en total), y admitió:

—Exactamente no lo sé. Pero si me esperáis un momentito, voy a preguntárselo a ellos.

Jason y Anna se pusieron a observar a los presentes. Eran en verdad bastante especiales e iban vestidos de la manera más extraña: distinguieron, entre otros, un grupito de pequeños hombrecillos negros que llevaban el pecho descubierto y aferraban con fuerza unas minúsculas lanzas; un caballero ataviado con su rígida armadura, que bebía con dificultad a través de la celada del yelmo; una mujer con una larguísima melena ámbar, que dejaba vagar la mirada a su alrededor como buscando a alguien a quien cautivar con sus encantos.

De vez en cuando, una voz más estridente que las demás conseguía imponerse sobre aquel runrún ensordecedor y exclamaba:

—¡Orden! ¡Colegas, un poco de compostura!

Por su parte, ninguno de los allí presentes parecía tener la más mínima intención de escucharla.

Jason y Anna llevaban dando vueltas por la sala unos cuantos minutos, cuando alguien se percató de su presencia y se dirigió hacia ellos.

—¡Ay! Me parece que nos han visto —murmuró Anna, bajando la mirada.

—Eso parece.

—¿Y ahora?

—Ahora vamos a ver qué pasa.



Capítulo 17

PAPELES y CARTAS IMPREVISTAS

Eran dos: una mujer vestida de manera ostentosa, piel morena y un elegante perfil griego, y un hombrecillo más pequeño, de piel dorada como la de Céfiro. Este último avanzaba velozmente, con sus piernecillas arqueadas, arrastrando una carretilla con un extraño artilugio.

—¡Caramba! —exclamó mientras se acercaba—. ¡Por fin alguien joven!

Jason y Anna intercambiaron una mirada inquieta.

—Bienvenidos —los saludó también la mujer, tendiéndole la mano a Jason para que se la besara.

Él se la besó torpemente.

El hombrecillo dorado movió la punta de la nariz de Anna a Jason con aire interrogativo y al final la detuvo en Anna.

—¿De qué pueblo venís?

—¿Perdón?

—¿Por dónde habéis entrado?

—Arcadia —respondió Anna sin pensar.

El hombrecillo frunció el entrecejo, como si acabara de oír una cosa increíble.

—¿Arcadia? Arcadia. Caramba. ¿Estáis seguros?

Se dio la vuelta hacia la carretilla y se plantó delante del artilugio que la ocupaba por completo. Parecía una versión particularmente anticuada de una máquina de escribir con un carrete de papel continuo y amenazadores brazos mecánicos que correspondían a un número impreciso de letras.

Al notar que el estupor se dibujaba en el rostro de los chicos, la mujer se dirigió a ellos procurando que el hombrecillo no pudiera oírla:

—Qwerty está muy orgulloso de su ordenador portátil.

Y, efectivamente, el hombrecillo había empezado a pulsar alegremente las teclas y parecía feliz como un niño.

—¿Cómo se escribe Arcadia? —balbuceó, sin levantar los ojos del teclado.

—A-R-C-A-D-I-A —deletreó Anna.

El hombrecillo resopló:

—Pero ¿en qué alfabeto? ¿Occidental? ¿Chino? ¿Beled-Ki Aur-Ka? ¿Pentixoriano? ¿Rongo-rongo?

—Occidental —intervino Jason.

—Lo imaginaba —murmuró el hombrecillo, volviendo a pulsar las teclas—. Se ve por la ropa. ¿Primera vez en la ONU?

—¿ONU? —repitió Jason como un loro.

—Significa Organización de los No lugares Unidos —les susurró la mujer a modo de explicación.

—Ejem... sí —asintió el chico, dirigiéndole una mirada agradecida.

—También es la primera vez para mí —sonrió ella, comprensiva—. Además, supone tal esfuerzo venir hasta aquí...

—Pues sí, la verdad... —asintió Jason, algo azorado.

Y mientras el pequeño Qwerty seguía pulsando el teclado y la máquina portátil de la carretilla alzaba y bajaba sus brazos metálicos, similares a patas de araña, la mujer siguió charlando de manera cordial.

—¿Dónde está el lugar de donde venís?

—En los Pirineos —contestó Anna—. Entre Francia y España.

—Pirineos... —comentó Qwerty distraídamente, sin dejar de escribir.

—¿Y el suyo? —se apresuró a preguntarle Jason.

—Océano Pacífico —respondió ella con un frufrú del cuello de encaje que le adornaba el vestido—. Aunque algunos todavía piensan que se encuentra cerca de Malacca. Es la Isla de Guam, ¿la conocéis?

—No, lo siento —admitió Anna—. Pero debe de ser un sitio muy bonito...

—¡Lo es! ¡Tenemos una riquísima fauna y una vegetación verdaderamente exuberante!

—¡Lo que me imaginaba! —exclamó en ese momento el hombrecillo del teclado—. No aparece ninguna Arcadia.

—¿Perdón? —le preguntó Anna, perpleja.

—No aparece ninguna mención a Arcadia en el registro —ratificó Qwerty, presumiendo de máquina—. Por eso no me acordaba de ella. Hay una Arcadia en Grecia, pero de donde venís vosotros, los Pirineos... ¡nada!

—Pero, perdone... ¿qué registro es ese?

—¡El de los pueblos imaginarios legalmente reconocidos! —recalcó él, como si fuera algo totalmente obvio.

—¿Quiere decir que existe un registro de los pueblos imaginarios? —le preguntó Jason, cándidamente.

—Pues sí. Naturalmente. Si no, ¿cómo podríamos convocar las asambleas?

Anna intentó convencerlo.

—Pues nosotros venimos de allí, se lo aseguro. Hemos cruzado el río, abierto la cancela con las veinte reglas y...

El hombrecillo empezó a mordisquearse un dedo, pensativo.

—Espera, espera... Esta Arcadia ¿está todavía habitada? Quiero decir, ¿no es por casualidad uno de esos pueblos imaginarios olvidados donde ya no va nadie?

—En realidad allí solo vive una persona.

—¿Una sola?

—Bueno, ahora a lo mejor hay cuatro.

—¡Es que eso lo cambia todo! Cuatro es el número mínimo de habitantes para solicitar la inscripción en el registro. Tendremos que efectuar un control, naturalmente. Mandar a alguien a que lo verifique. ¿Por qué cancela habéis entrado?

Anna y Jason señalaron a Céfiro, que aún seguía hablando con los suyos al fondo de la sala.

—Tenéis que preguntárselo a él.

El hombrecillo se alzó de puntillas para poder ver mejor. Después dijo:

—Vale. Ya me ocupo yo. No es cosa fácil. Hay que presentar una solicitud, hacen falta autorizaciones, inspectores. ¡Ay, ay, ay!... ¿Cuatro habitantes, decís?

—¡Siempre esta complicadísima burocracia! —se lamentó la mujer—. ¿No se aburre usted nunca con todos esos papeleos, Qwerty?

—Claro que no, señora. Es mi trabajo. Y ahora, con su permiso, tengo que resolver el problema de encontrar un asiento para acomodar a estos jóvenes.

Jason estuvo tentado de señalarle que prácticamente todos los asientos de la sala estaban libres, pero se le anticipó Anna.

—¿En su registro está Kilmore Cove, por casualidad?

El hombre alzó la nariz y frunció los labios, con aire impertinente.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Venís de Arcadia o de Kilmore Cove?

—De los dos sitios, en realidad —respondió Jason—. Yo soy de Kilmore Cove, mientras que ella...

—¡Ah! ¿Y habéis llegado juntos?

—Exacto —respondieron al unísono los chicos.

—No me parece el procedimiento adecuado... —refunfuñó el pequeño burócrata.

—Vamos, señor Qwerty, sea usted comprensivo... —intervino la señora.

Oportunamente halagado, el hombrecillo se dejó convencer y se colocó de nuevo ante el enorme teclado portátil.

—Kilmore Cove. ¿Escrito...?

—Como se lee. Alfabeto occidental.

—Controlamos enseguida...

Y mientras las teclas se alzaban y descendían rítmicamente, la señora empezó a lamentarse de nuevo:

—Siempre la misma historia. Por todas partes. Rellenar papeles y compilar registros.

—¿Puedo preguntarle cómo ha llegado usted hasta aquí? —inquirió Anna para cambiar de tema.

—¡De eso mejor no hablar! ¡Mejor no hablar! Ha sido un viaje interminable. En nuestra isla nos gusta mucho movernos, aunque solo sea para ir a visitar a nuestro rey. ¡Pero llegar hasta aquí! ¡Menudo esfuerzo abrirse paso entre la vegetación y después bajar por aquel húmedo pozo...! Es también por eso por lo que no nos gusta mucho que digamos participar en estas reuniones: días y días de marcha en la oscuridad. Además, para una persona como yo, a la que le gusta el cielo terso y azul...

—¡Kilmore Cove! —exclamó triunfante el hombrecillo del registro—. ¡Ah, muy bien! ¡Finalmente lo tenemos! Aquí está: Cornualles, Reino Unido, Europa. Pero... ¡ay, ay, ay! ¿Cómo es posible? Debe de haber un error.

—¿Qué error? —preguntó Jason, con un matiz de frustración.

—¡Según pone aquí todavía tenéis las puertas!

Jason sintió un escalofrío helado.

—¿Perdón?

El hombrecillo, impertérrito, continuó controlando las líneas impresas en su rollo de papel.

—Mira... Aquí están las últimas reuniones a las que no habéis asistido: 1456, Reunión para la Impresión con Caracteres Móviles; 1509, Reunión para la Invención del Reloj...

—Nosotros ni siquiera existíamos en 1509... —comentó en voz baja la señora, guiñándoles el ojo a los chicos—. Ni siquiera nos habían inventado.

El hombrecillo prosiguió, bastante irritado:

—¡En resumen, yo diría que no habéis venido prácticamente nunca!

Jason se frotó las manos, desconcertado.

—Bueno, ahora estamos aquí ¿no? Además... ¿qué es esa historia de las puertas?

Pero Qwerty estaba sumergido en sus papeles y ni siquiera lo oyó.

—¡Ah, aquí hay una nota! —Disparó una hilera de «X» negras para tachar un par de renglones y se encogió de hombros, contrariado—. Un fascículo viejo, como siempre. En cualquier caso, lo actualizaré en cuanto hayamos acabado. Es evidente que debe de haber un error. ¿Qué nombres tengo que consignar en el registro?

—Pues... —murmuró Anna.

—Jason Covenant y Anna Bloom —le espetó Jason.

—Jason Covenant —golpeteó el pequeño burócrata—. Y Anna... ¡Ay, ay, ay! No «Rana», Anna... Ya está...

Entonces Jason decidió que era inútil intentar obtener una respuesta de él y se dirigió a la señora que estaba a su lado.

—¿Sabría usted decirme algo acerca de esas puertas?

—Depende de a qué puertas te refieras... ¿Qwerty? ¿Se refería usted quizá a las puertas-pasamundos?

—¿Y a qué otras si no, querida señora?

—¿Las conoce? —insistió Jason, cada vez más impaciente.

—¡Y quién no las conoce! —exclamó la mujer—. Tenían que ser fantásticas, pero... por desgracia...

—¿Por desgracia...?

—Por desgracia, a nuestro pueblo no llegaron nunca... —suspiró la mujer.

—¡Ay, ay, ay!... —protestó el hombrecillo, completando rápidamente un par de documentos alineados en el único rollo de papel de su máquina.

—¡Qué tiempos aquellos para quienes viajaban! —murmuró la señora, arrobada—. Antes de que esta Asamblea votara acabar con ellas. Sinceramente, yo habría seguido construyéndolas. Entre otras cosas porque, desde que las han cerrado, somos cada vez menos.

—¿Quiénes?

—¡Nosotros! —respondió la señora. Y cuando vio que ni Jason ni Anna habían entendido, añadió—: Imagino que no conocéis la historia ¿verdad?

Por las miradas interrogativas de los dos chicos era evidente que no la conocían.

La mujer suspiró.

—En realidad tampoco yo sé mucho, pero... corren voces, ¿sabéis? Y si es verdad que en Kilmore Cove todavía existen puertas-pasamundos, cuidadlas bien, porque es verdaderamente difícil, mejor dicho, difícilísimo, que se vuelvan a construir otras nunca jamás.

Jason y Anna la miraron en silencio, impacientes. Se morían de ganas de conocer aquella historia.

—Todo nació por una antigua discusión entre los habitantes de los lugares imaginarios —prosiguió la señora—. Antigua como los lugares imaginarios mismos, creo. Por una parte estaban los constructores de puertas, esos magníficos arquitectos de la comodidad, que habían desarrollado una tecnología tan sofisticada que les permitía construir puertas capaces de poner en comunicación incluso los lugares imaginarios más lejanos. ¡Qué maravilla!

Jason le dirigió una sonrisa tensa.

—Y en el otro lado estaban todos los demás, o una buena parte de los demás, que sostenían que una facilidad de movimiento tal habría condenado a muerte a todos los lugares imaginarios. Temían invasiones por parte de los... externos, ya me entendéis. Y yo estoy de acuerdo con que era necesaria alguna forma de control, porque lo realmente valioso de un lugar imaginario es su carácter único. Personas seleccionadas como es debido, en consonancia con las reglas del lugar, incluso cuando se trata de reglas insólitas como las que existen en el País de los Comedores de Cabezas, ¿verdad?

Los dos chicos asintieron mecánicamente.

—Pues eso, que al final los constructores de puertas dejaron de construirlas. Para mí fue un error. Después las puertas existentes fueron desmanteladas para proteger nuestra incolumidad, nuestra tranquilidad... Bueno, quizá es porque soy una mujer, pero... —y al decir eso la señora se dirigió en particular a Anna— tengo que confesaros que, en mi opinión, toda esta tranquilidad ¡también es terriblemente aburrida!

—Espere un momento. ¿Está diciendo que hubo una pelea? —murmuró Jason.

—Bueno, una pelea exactamente, no. Más bien un fuerte desacuerdo. Aquí dentro se habían dividido en dos bandos. Por una parte los constructores y, si no me equivoco, algún joven de Eldorado o de la Tierra de Punt... y naturalmente esos mercaderes italianos ¿cómo se llaman...?

—¿Los venecianos? —sugirió Anna.

—Exactamente. Para ellos las Puertas del Tiempo eran una gran oportunidad comercial ¿sabéis? Y tenían razón. —La señora suspiró de nuevo—. ¡Me gustaría poder probar una vez en mi vida un helado italiano de verdad! ¡He oído hablar tanto de ellos! ¡Pero desde donde yo vivo es un viaje interminable!

—¿Y quiénes eran los que se mostraban contrarios a las puertas? —la apremió Jason, que sentía que estaban muy cerca de las respuestas que habían buscado durante tanto tiempo.

—Oh, sobre todo los engreídos esos de Atlántida. Al principio formaban parte de los que querían construir las puertas. Pero después, cuando se hundieron en el mar, cambiaron de idea. Y convencieron a los otros para que se unieran a ellos.

El embarazoso silencio que siguió fue bruscamente interrumpido por el chasquido de un folio que Qwerty acababa de sacar de su invento.

—Aquí está el orden del día. En la sesión de hoy los puntos son la renovación de los cargos administrativos, el debate sobre la amenaza de las nuevas tecnologías y la solicitud de admisión de un par de minúsculos pueblos inexistentes de Asia central. Pero, a juzgar por los presentes, no creo que alcancemos el quorum necesario...

El hombrecillo consultó la máquina y concluyó:

—Así pues, nos tocará retrasarlo todo otra década.

Jason volvió a echar una ojeada a los extraños personajes que poblaban la sala. Se preguntó de qué lugares imaginarios provendrían. Alguno de ellos quizá tendría más datos sobre los constructores de puertas. ¿Qué tenía que hacer? ¿Quedarse callado o empezar a hacer preguntas a diestro y siniestro, con el riesgo de llamar la atención sobre Kilmore Cove y sobre sus puertas?

—Tenemos que hablar con los otros —le susurró a Anna—. ¡Enseguida!

Nunca habían estado tan cerca de la resolución del misterio: ahora sabían que los constructores de puertas habían ideado un sofisticado sistema, gracias al cual los habitantes de los lugares imaginarios podían trasladarse fácilmente de un lugar a otro. Y sabían también que el sistema no había sido del gusto de todos.

—¡Os acompaño a vuestros asientos, jovencitos! —dijo Qwerty de repente. Empezó a trepar por las gradas del anfiteatro, deteniéndose de vez en cuando para controlar el número, cambiando de sector, subiendo y bajando en busca de la fila justa, con Anna y Jason pegados a sus talones, mirando a su alrededor desorientados.

Finalmente llegaron hasta un par de asientos situados más o menos en la mitad derecha del hemiciclo y el hombrecillo se detuvo.

—Por favor, señores... —anunció con aire solemne, indicando los asientos que esperaban a los dos representantes de Kilmore Cove—. Estos son sus... hum... ¡Ay, ay, ay!

Sacó del bolsillo un enorme pañuelo y con un par de rápidas sacudidas quitó de los asientos una buena capa de polvo dorado.

—Perdonad las molestias. Pero es que hace realmente mucho tiempo que... no venía por aquí nadie de Kilmore Cove —farfulló, contrariado.

—No hay ningún problema —respondió Jason—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—A condición de que me dejes hacer también una a mí —replicó Qwerty, con voz astuta.

—De acuerdo. Me preguntaba si entre los presentes hay alguien de Atlántida.

Por toda respuesta, el hombrecillo emitió una risita entre dientes.

—¿Alguien de Atlántida? ¿Ves acaso una ballena por aquí?

—¿Y un constructor de puertas?

—¡No, obviamente! —exclamó Qwerty, irritado.

—¿Y usted? —preguntó entonces Jason—. ¿Usted de dónde viene?

—Yo vivo aquí —respondió el hombrecillo, mostrando con orgullo la solapa de la chaqueta donde destacaba una cabeza de toro coronada por un hacha doble.

—¡Pues claro! —exclamó Jason, dándose una palmada en la frente—. ¡Vosotros sois los habitantes del Laberinto! Que sin lugar a dudas es...

—Un lugar imaginario —terminó Anna por él.

Qwerty se metió rápidamente en el bolsillo el pañuelo con el que le había quitado el polvo a los asientos.

—Bueno, si no necesitáis nada más...

Se dio la vuelta para irse, pero permaneció en vilo entre una grada y la sucesiva, titubeando. Y al final preguntó, sin volverse:

—¿Funcionan todavía?

—¿Cómo dice?

—No me hagas repetir la pregunta.

Qwerty lo miró de arriba abajo, con ojillos líquidos y curiosos.

Jason le sostuvo la mirada y sonrió.

—Funcionan todavía, sí. Pero no se lo diga a nadie, ¿vale?

El rostro del hombre pareció iluminarse con una luz imprevista.

—¡Lo sabía! ¡Estaba seguro! —Miró a su alrededor con la rapidez de un cervatillo amenazado y añadió, casi sin tomar aire—: Yo, de todas formas, habría votado por mantenerlas.

Y después bajó las gradas dando saltitos.

Anna y Jason se sentaron en sus asientos, vagamente trastornados. El chico puso delante de él las dos piedras negras de la suerte que había cogido en el valle del río negro y se quedó mirándolas un rato, pensativo. Su imaginación se desbocaba, irrefrenable.

Se encontraban en el corazón de toda la red de los lugares imaginarios que sus amigos y él habían empezado a explorar gracias a las Puertas del Tiempo. Hasta entonces habían viajado tan solo para ir en busca de la Primera Llave y para desvelar el secreto de la identidad de Ulysses Moore. Pero ahora, finalmente, tenían la posibilidad de llegar a conocer la razón misma de la existencia de las puertas y de todo aquel increíble mundo paralelo. Poco a poco, empezó a bajar de las nubes y a percibir también los aspectos menos excitantes de aquel lugar. Aquí y allí se podían ver las señales de una cierta decadencia. Muchos asientos estaban medio rotos y cubiertos de polvo, como si no los hubieran usado nunca. Y partes enteras del anfiteatro estaban derruidas, tras un abandono de siglos. Las pocas personas presentes en la enorme sala no hacían más que agudizar la sensación de vacío y de inutilidad que la Asamblea transmitía.

—Somos cuatro gatos —murmuró Jason entre dientes—. Cuatro gatos imaginarios...

Mientras tanto, junto a él, Anna estaba intentando inútilmente ponerse en contacto con alguien a través de las páginas de la libreta.

Tras varios intentos, la cerró, bostezando. Apoyó cansinamente la cabeza sobre los brazos.

—Estoy agotada.

Jason se dejó caer contra el respaldo.

—No podemos quedarnos aquí sentados sin hacer nada.

—¿Y qué propones?

—Ir a buscar a Céfiro y ponernos a hacer preguntas por ahí. Y, ya que estamos, podríamos intentar descubrir también cómo se sale de aquí.

—También podríamos seguir a la señora de Guam... ¡y después llamar a mis padres al otro lado del mundo! —bromeó Anna.

Jason quería hacer demasiadas cosas. Y quería hacerlas todas a la vez. Y, mientras Jason continuaba con sus planes frenéticos, Anna notó que bajo la mesa había un pequeño cajón para las cartas.

Lo abrió distraída y descubrió que contenía un sobre cerrado.

—¡Eh, Jason! ¡Mira esto!

—¿Qué?

Anna dio la vuelta al sobre y, en cuanto leyó a quién iba dirigida la carta, se quedó sin respiración.

—Es... es una carta para Ulysses Moore —balbuceó al final.

—¿Una carta para Ulysses Moore? Pero ¿cómo es posible? ¿Quién puede saber que...?

Entonces Anna le dejó ver el nombre escrito en el sobre y Jason solo consiguió decir:

—¡Uau! ¡No me lo puedo creer!

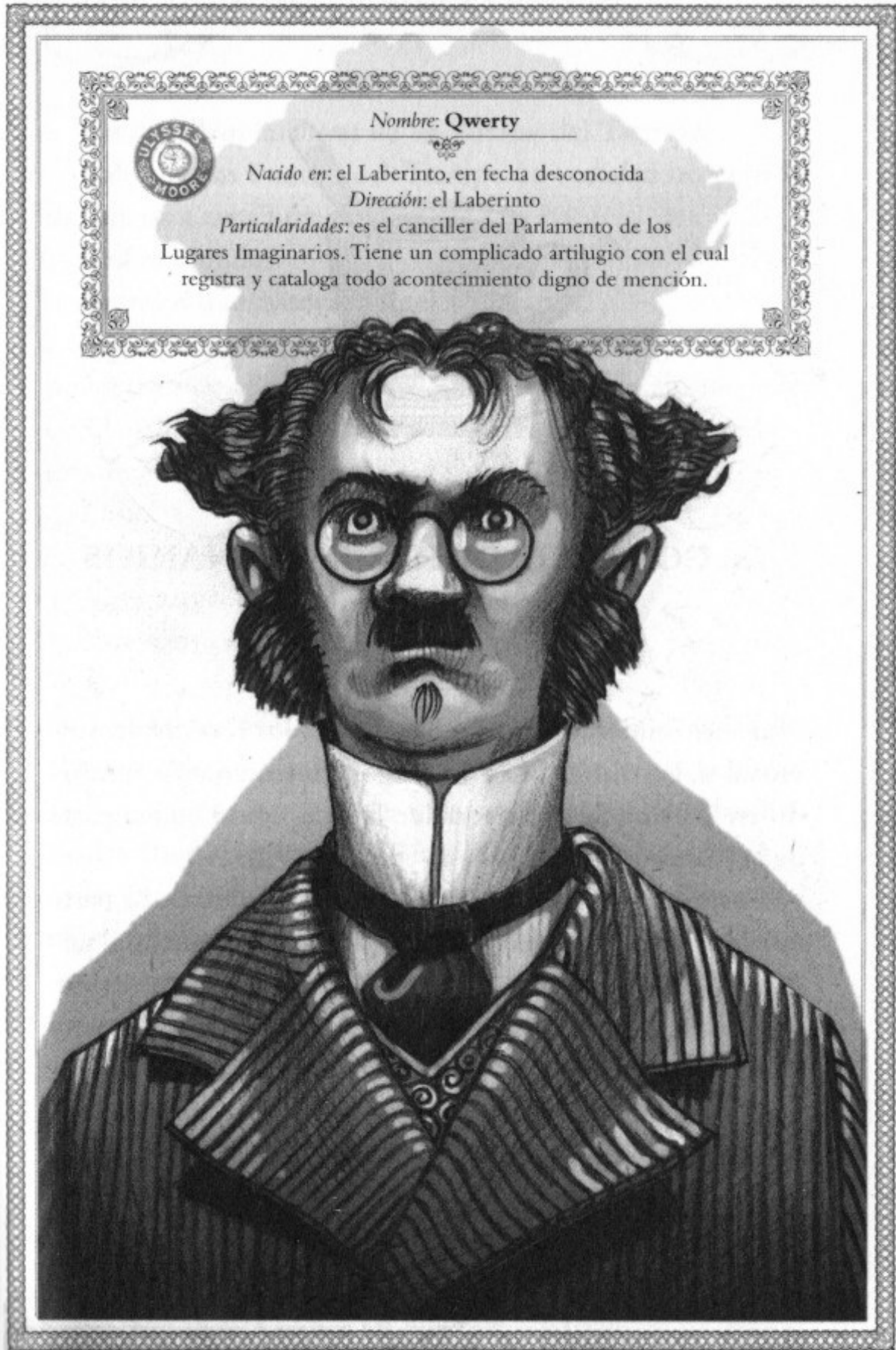
Después cogió la carta de las manos de su amiga y la abrió.

—¿Qué haces, Jason? ¡No es para ti!

Sin hacer caso de las protestas de la chica, Jason sacó del sobre la hoja de papel que contenía.

Querido Ulysses: Si estás leyendo estas líneas, quiere decir que las cosas no han salido como yo había planeado...

Terminaba con una firma elegante, dulcemente curva e inequívocamente femenina: Penelope Moore.





Capítulo 18

Los CONSPIRADORES IMAGINARIOS

Tras varios intentos vanos, el señor Bloom finalmente volvió en sí. Permaneció, sin embargo, prudentemente tumbado en la cama de Nestor, desde la cual siguió buena parte de la discusión en curso en la caseta de Villa Argo.

La situación parecía particularmente intrincada. La parte que le interesaba, es decir, dónde estaba su hija, quedó liquidada en pocos minutos. Le explicaron lo del viaje en avión, lo de Arcadia y la puerta que llevaba no se sabía dónde y que su hija había abierto con una llave con forma de cuervo. Y para que pudiera digerir mejor toda aquella montaña de disparates, le enseñaron una caja en cuyo interior había varias llaves a todas luces de preciada manufactura e indudablemente particulares.

Las llamaban las llaves de las Puertas del Tiempo.

Solo que las Puertas del Tiempo en realidad no permitían viajar a través del tiempo.

Unían mundos.

Mundos que, naturalmente, no existían.

O, mejor dicho, existían, pero se encontraban suspendidos justo más allá de una falla, un insondable abismo que dividía aquello que es seguramente real de aquello que podría llegar a serlo.

O no.

El señor Bloom pidió un café.

Muy cargado.

Y se sentó en la cama.

La cuestión más urgente, que había hecho que todas las personas reunidas en la habitación asumieran el amenazador aspecto de una pandilla de

conspiradores, era la de los llamados Incendiarios. Black Vulcano ya había informado al señor Bloom de las actividades de aquellos señores: eran los mismos que acechaban fuera de su casa y que controlaban los movimientos de su mujer. Los mismos que, por algún motivo que se le escapaba, estaban siguiendo a su hija. Y que ahora, por lo que había creído entender, amenazaban el pueblo en el que se encontraban.

—Pero no tienen una guía —estaba diciendo Tommaso, el amigo de su hija— y sin un objeto de Kilmore Cove no pueden llegar hasta aquí.

—El objeto puede que lo tengan —farfulló Nestor, el más viejo del grupo.

—¿Y cuál sería?

—La libreta de Morice Moreau —recordó el jardinero—. Por lo que sabemos, antes de llegar a Londres, a Frogal Lane, podría haber estado en mi biblioteca durante años y años.

—Pues ese sería un buen problema, la verdad —observó el ferroviario, rascándose la poblada barba negra. Nestor y él intercambiaron una mirada llena de preocupación.

—¡En cualquier caso no tienen la guía! —insistió Tommaso.

—Es verdad. Pero por otra parte... si los otros dos, los hermanos Tijeras, han conseguido llegar al pueblo, la duda persiste —dijo el jardinero, con la mirada vagando inquieta sobre las sombras que se movían fuera de la ventana.

—¿Alguna duda?

—La de siempre —respondió Black Vulcano—. Es decir, si Kilmore Cove es un lugar imaginario o no.

Tommaso se rascó la barbilla, pensativo.

—Claro que lo es.

—Bueno, chico, sobre eso no estamos todos de acuerdo. Y no lo hemos estado nunca —afirmó tajante Nestor.

—En mi opinión lo es —repitió tercamente el chico.

—Pues en mi opinión no lo es —intervino, enfadada, Julia, la única chica del grupo—. No me gustaría demasiado vivir en un lugar que no existe, la verdad.

El señor Bloom la escrutó con atención. Tendría más o menos la edad de su hija: era muy guapa y sus ojos despedían inteligencia. Y, sobre todo, al señor Bloom le pareció una persona práctica. La felicitó mentalmente por la observación.

Poco a poco la discusión se encendió. Hablaban de cuál era la mejor manera de afrontar la amenaza, real o presunta, de los Incendiarios. Eran sobre todo los dos hombres más viejos los que no se ponían de acuerdo:

Nestor sostenía que era mejor no hacer nada y esperar, visto que, al parecer, los Incendiaros en el fondo no eran tan numerosos. Black, sin embargo, proponía un plan de ataque frontal: desempolvar las viejas excavadoras, cerrar las carreteras, rechazar con todos los medios que tenían a su disposición cualquier intento de intrusión.

Pero cuando, casi por casualidad, los «conjurados» de la casa de Nestor mencionaron un cierto cuaderno a través del cual habían podido hablar con Anna, el señor Bloom decidió que francamente aquello ya era demasiado.

—Perdonad... —intervino—. ¿Puedo ver el libro?

Por toda respuesta, le pusieron en la mano un cuadernillo ilustrado con algunos dibujos de notable factura. Después le explicaron que en ese momento, en los tres marcos que adornaban algunas páginas de la libreta, no aparecía ningún retrato. Así que el cuaderno no funcionaba.

Sin embargo, el señor Bloom observó que en uno de los marcos había algo: un señor bajito, subido encima de una torre de sillas.

En la habitación se hizo un silencio helado.

—¡Es él! —susurró Tommaso.

—¿Él, quién, perdona? —preguntó el señor Bloom cada vez más confundido. Le explicaron quién era «él».

—¿O sea que esta sería la persona que amenaza Kilmore Cove y ese otro pueblo... y que persigue a mi hija?

—Exacto —respondió Nestor.

—¿Os dais cuenta de lo absurdo que es todo esto?

Nestor miró detenidamente a Black Vulcano, como recriminándole el hecho de haber conducido al señor Bloom hasta Kilmore Cove, y el ex ferroviario le indicó con una seña que no hiciera caso, como si en su mente la presencia de Bloom formara parte de un plan a más largo plazo, del que no tenía tiempo de hablar.

Nadie tenía ganas de seguir discutiendo.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer para poder hablar con él? —preguntó de repente el padre de Anna.

—No, con él, no. Cierra inmediatamente ese libro. Es mejor para todos.

—¡No, no es mejor! —exclamó alterado el banquero—. ¡Quiero intentarlo! Si consigo hacer aunque solo sea una de las cosas absurdas de las que habéis hablado, quizá pueda convencerme de que no he sido secuestrado por un ejército de locos de atar.

—De acuerdo... —accedió Nestor después de pensárselo un poco—. Yo te enseño cómo hablar con Voynich. Pero tú tienes que seguir mis

instrucciones al pie de la letra, sin decir ni una palabra sobre quién eres o dónde estás, y después cerramos el libro.

—De acuerdo.

—Pon una mano aquí.

—¿Dónde?

—Encima del dibujo.

—¿Y luego?

—Haz lo que te digo y podrás hablar con él.

El señor Bloom acercó la mano a la página, pero se paró un poco antes de que sus dedos llegaran a tocarla.

—¿Qué pasa ahora? —resopló Nestor, impaciente.

—Me gustaría entender solo una cosa: este señor quiere quemar todo lo que tiene que ver con Kilmore Cove porque piensa que no existe ¿no?

—Exacto.

—Y sin embargo ha emprendido un viaje para ir en su busca.

—Sí.

—Habéis dicho que quiere eliminar todo lo que considera superfluo, falso, inexistente...

—Sí, así es.

—Y sin embargo, al parecer, tiene una copia de este cuaderno. Que sin la menor duda es un objeto inexistente. —Una vez más los asistentes asintieron—. Conclusión: o está loco... o siente atracción por lo que detesta. Como si no pudiera amar lo que en realidad quiere amar. ¿Tiene sentido?

—En mi opinión, sí —respondió Black Vulcano.

—Nada que objetar —asintió Nestor.

El señor Bloom acercó de nuevo la mano al dibujo. Después, una vez más, se echó atrás.

—¿Cuál es el camino más rápido para llegar a Kilmore Cove? —inquirió.

—La carretera de los Bannows —respondió Black Vulcano, antes de que alguien pudiera detenerlo.

—Bannows, perfecto —asintió el señor Bloom, acercando la mano a la hoja de papel.

En el mismo momento en que puso la mano encima del dibujo, oyó una voz en su cabeza, que le preguntaba:

—PERO, BUENO, ¿SE PUEDE SABER QUIÉN ES USTED?

El señor Bloom vaciló un momento. No podía ser. Estaba sucediendo de verdad.

—Buenas tardes, señor Voynich —consiguió decir al final.

Nestor se puso de pie de un salto, pero Black Vulcano lo detuvo.

—¿CÓMO SABE USTED MI NOMBRE?

—¿Podría dejar de chillar, por favor? Le oigo perfectamente.

—De acuerdo, pero ¿quién es usted?

—No importa quién soy. ¿Está usted todavía en Londres, señor Voynich?

—No... ejem... estoy de viaje.

—¿De verdad? ¿De viaje? ¿Dónde?

Voynich vaciló un momento antes de contestar:

—En Cornualles.

—¡Qué coincidencia! ¡Yo también! ¿Qué me dice si nos vemos mañana?

—Pues...

—Hace años que intento entender cómo funciona este libro. ¿Por casualidad usted lo sabe?

—No. No exactamente. En realidad creo que no puede funcionar, pero... piense que, hace solo una hora, lo he usado para resolver un juego de enigmística. Es una auténtica locura, ¿no cree?

—Sí, a mí también me cuesta creerlo, pero... estamos hablando ¿verdad?

—Sí, efectivamente así es.

—Pues ¿por qué no quedamos mañana? Insisto. A lo mejor juntos conseguimos resolver este misterio.

—¿Dónde y cuándo?

—A las nueve, en el cruce de los Bannows.

—Hasta las nueve, entonces.

—Perfecto. Hasta mañana.

El señor Bloom apartó las manos de la hoja y exclamó satisfecho:

—¡Fantástico! ¡Funciona de verdad!

—Un discurso excelente —le felicitó Nestor a pesar de que, por causa de fuerza mayor, no había oído las respuestas de Voynich—. Tu mentalidad práctica me ha impresionado favorablemente.

Black Vulcano dirigió a Nestor una mirada que quería decir: «¿Ves como no ha sido inútil traerlo aquí?».

—Y ahora —añadió el viejo jardinero— ¿te importaría explicarnos también a nosotros cuáles son tus planes?

Cuando el señor Bloom terminó de ilustrar su plan, todos se mostraron de acuerdo en que podía funcionar.

Después, al reparar en que ya eran las tantas de la noche, decidieron irse a dormir.

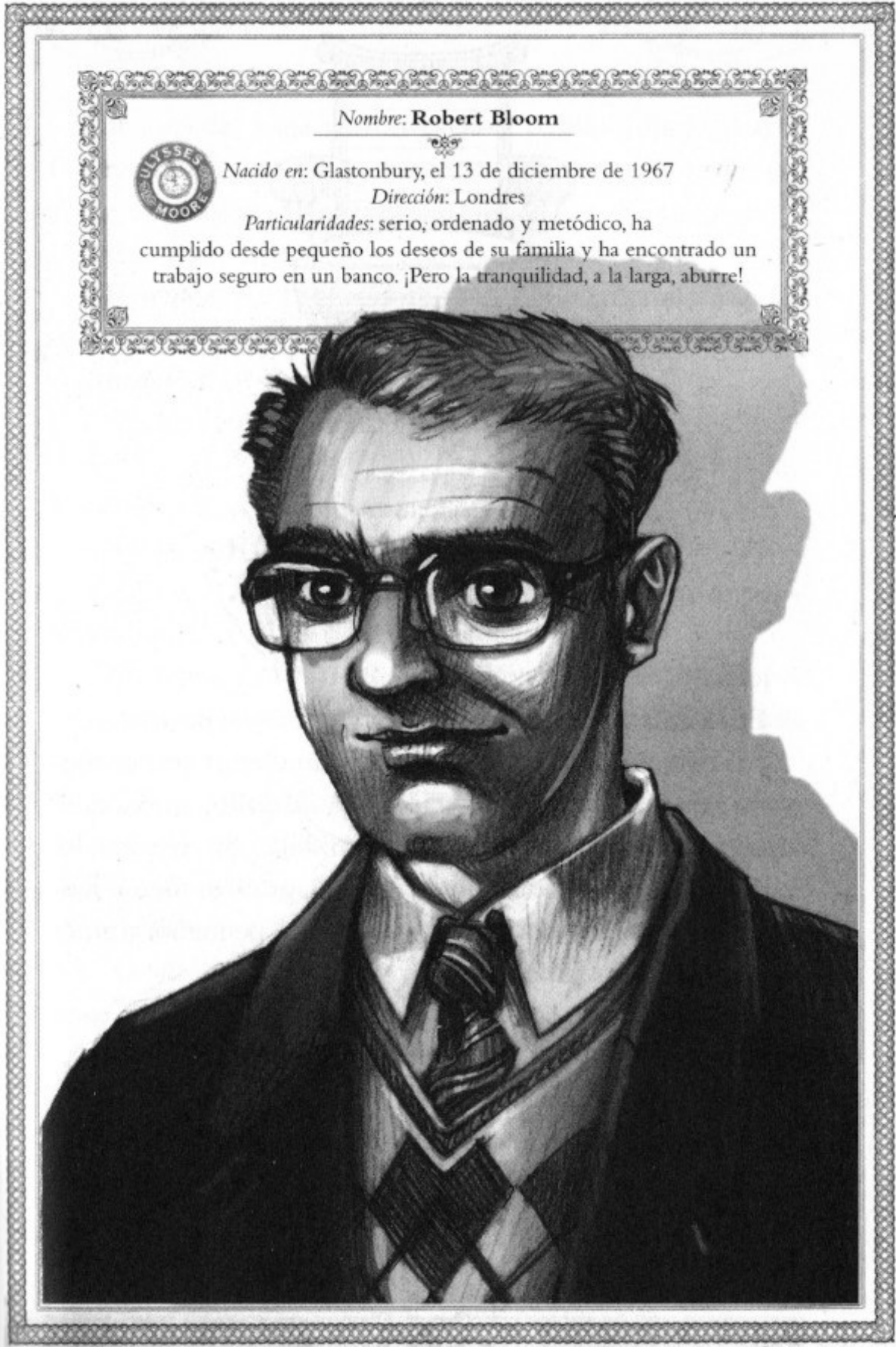
Julia en su cama. Tommaso en el sofá de la casa de Nestor. El señor Bloom en casa de Black Vulcano, que se pasó todo el camino disculpándose con antelación por el desorden que encontrarían al llegar.

—Ya sabes cómo son las cosas. Cuando en una casa falta una figura femenina, es un verdadero desastre.

—Sí, lo sé muy bien —respondió el señor Bloom, con el ceño fruncido.

Y por enésima vez se dijo que cuando todo aquello hubiera acabado, se mudaría a Venecia con su mujer y su hija, sus «presencias femeninas» favoritas.

Con banco o sin banco.





Capítulo 19

Las SALAS del TERROR

En la Sala del Equilibrio estaba a punto de pasar algo.

Las personas de piel dorada se escabulleron con consumada rapidez y, en menos que canta un gallo, se extendió un silencio fantasmal por toda la Asamblea. Sin respirar, los representantes de los distintos lugares imaginarios fueron hasta los asientos que tenían asignados, como pequeños puntos diseminados por la habitación.

Qwerty subió a la cátedra y desde allí anunció con tono solemne:

—¡Se declara abierta la sesión!

Hubo un repicar de campanas.

—¡Demos la bienvenida a nuestro presidente!

Tímidos aplausos de los escasos asistentes.

Los ojos de Anna fueron hacia el pasillo dorado, donde Céfiro había estado unos minutos antes. Pero ahora del gigante no quedaba ni rastro.

Jason dobló la carta que acababa de leer.

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo, mirando a su alrededor nerviosamente.

Anna tenía una expresión indescifrable.

—Has leído algo que no era para ti.

—¿Y?

—Es una cosa muy grave.

—No en este caso.

—Sí, lo es. Es... inaceptable. Significa que uno no se puede fiar de ti.

—Por favor, Anna. ¿Has visto quién la firma? ¡Penelope!

—¿Y tú has visto a quién va dirigida? A su marido. Es una carta privada y tú has violado su intimidad.

—¿Y qué quieres? Estamos siguiendo las huellas de los constructores de puertas desde hace años. Y las de Ulysses desde hace todavía más tiempo:

incluso desde antes de que nosotros supiéramos que existen las Puertas del Tiempo. —Movi6 la carta ante los inflexibles ojos de su amiga—. ¿Sabes lo que pone aqu6?

—No. Y t6 tampoco deber6as saberlo.

Jason se dej6 caer en el asiento. Estaba tan impresionado por lo que hab6a pasado y por la carta de Penelope que casi no se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Una persona muy anciana, con una larga capa que arrastraba por el suelo y un complicad6simo tocado reluciente, avanzaba en direcci6n a la c6tedra con una lentitud exasperante. Todo en 6l, desde la ropa hasta la manera de moverse, denotaba vejez y fragilidad. Cuando por fin consigui6 llegar al centro y alz6 la cabeza para saludar a los presentes, falt6 poco para que el tocado no se le cayera hacia atr6s.

Ten6a una voz que sonaba a rancio, tan penetrante y molesta como el vuelo de una mosca.

—¡Queridos amigos! ¡Bienvenidos al Laberinto! —empez6 a decir, con 6nfasis—. El lugar donde descansan los recuerdos del hombre. Nos encontramos aqu6 reunidos para...

—No ten6as que haberla le6do —susurr6 Anna, que no se daba por vencida.

—S6, ten6a que hacerlo —replic6 Jason a media voz.

—¡No!

—Penelope podr6a estar todav6a viva.

—¿Y?

—¿C6mo que «y»? Estaba convencido de que se hab6a muerto al caer del acantilado. Todos lo cre6amos. ¡Su marido celebr6 un funeral y la sepult6 en el mausoleo familiar!

—¡Entonces, seg6n tu razonamiento, 6l tambi6n se ha enterrado a s6 mismo! —replic6 Anna, impasible.

—¡L6ela!

—Ni so6arlo.

—¡Penelope baj6 al Laberinto! —insisti6 Jason—. Descubri6 la existencia de este lugar y...

—¡Bla, bla, bla, bla! —empez6 a decir Anna, alzando la voz lo suficiente para obligar a Jason a dejar de leer. Despu6s se tap6 los 66dos con las manos y permaneci6 as6, en silencio, con la mirada fija en un punto que ten6a justo enfrente.

—... y es por eso por lo que con inmensa satisfacción —mientras tanto el presidente de la Asamblea de los lugares imaginarios seguía con su zumbido — hoy me encuentro aquí entre vosotros para inaugurar las labores que, espero, sabrán ofrecer a nuestros pueblos nuevas reglas y nuevos comportamientos para...

—Penelope llegó aquí sin usar las Puertas del Tiempo —prosiguió Jason.

—Te he dicho que no me interesa.

—Y tenía miedo. Miedo de que la descubrieran. Miedo de no poder volver más a casa. Por eso dejó esta carta. Sus palabras han esperado que alguien las lea más de diez años.

—Y tú, sin embargo, no has sido capaz de esperar ni siquiera diez segundos antes de meter las narices en asuntos que no son de tu incumbencia.

—Pues sí. Y tú también tendrías que hacerlo.

—Jason, no me obligues a levantarme.

—¡Eso es, precisamente, lo que tendríamos que hacer! —exclamó Jason, exasperado—. ¡Levantarnos y ponernos a buscarla enseguida!

—¡Jason!

—Pero ¿es que no lo entiendes? ¡Podría estar todavía aquí, en el Laberinto!

—¡Jason!

Sonó una campanilla y todos se callaron al instante.

—¡Jóvenes! ¡Un poco de silencio, por favor! —los amonestó Qwerty desde la cátedra.

Jason y Anna pidieron disculpas, con una sonrisa avergonzada.

Tras el silencio que se impuso, la voz monocorde del presidente volvió a escandir su soporífero discurso:

—... y por tanto la tradición que representamos no puede sino sentirse satisfecha con los objetivos alcanzados en el curso de...

—¡Qué vergüenza! —suspiró Anna entre dientes.

—¡Qué más te da! ¡Lo que tenemos que hacer es irnos de aquí enseguida! O nos moriremos de aburrimiento.

—¿Y adónde piensas ir?

—Penelope dice que...

—¡No quiero saber lo que dice Penelope! Te he preguntado adónde piensas ir. Y además, hasta que la reunión no se acabe, no podemos preguntarle nada a nadie.

—Pues entonces tendremos que hacerlo todo nosotros solos, como hemos hecho siempre. ¡Venga, vamos!

—¿Así, delante de todos?

—Ahora yo me levanto y tú te vienes conmigo.

—¿Por qué, Jason?

—Porque yo no voy a ninguna parte sin ti.

Anna se dio la vuelta de golpe y él le plantó un beso en los labios. Fue algo instintivo, imprevisto e irrefrenable.

—Es lo más bonito que te he oído decir nunca, ¿sabes? —le susurró.

Por segunda vez, la campanilla resonó en la sala.

—¡Ay, ay, ay! ¡Un poco de compostura, por favor!

Jason se puso en pie y Anna lo imitó.

—¡Perdonen! ¡Perdonen! —exclamó Jason con voz lo suficientemente alta para que lo oyeran todos—. ¡No se preocupen! ¡Nos vamos enseguida! ¡Señor Qwerty! ¡Señor presidente! ¡Compañeros! ¡Hasta la vista!

Y después, en voz más baja, añadió, dirigiéndose a Anna:

—¡Ahora o nunca!

Bajaron las gradas de dos en dos, con el rostro ruborizado de vergüenza.

—¿Hacia qué lado tendríamos que ir? —preguntó Anna cuando llegaron a los pies del hemiciclo.

—A la derecha —decidió Jason, sin volverse.

La campanilla de Qwerty no dejaba de sonar, como enloquecida. Un cierto malhumor se difundió entre los presentes. Pero los dos chicos no se detuvieron.

Ni siquiera cuando un hombre con largas piernas empezó a correr detrás de ellos.

—¡Céfiro! —sonrió Jason, cuando lo reconoció.

—Rápido nos vamos y el aburrimiento alejamos. ¡A saber qué haremos y si alguna vez volveremos! ¡Oh, perdonad! Me temo que he vuelto a las andadas...

—No te preocupes —le respondió Jason, comprensivo—. Cambiando de tema, ¿has descubierto algo?

—He hecho muchas preguntas, amigo mío.

—Bien. Porque ahora necesitamos respuestas.

Jason caminaba deprisa, con Anna a su lado. Le dijo a Céfiro adonde quería que los llevara.

—¿Ruinas?

—Exacto. Ruinas. Antes me has hablado de unas ruinas en las Salas del Terror.

—No es muy inteligente por tu parte, chico. ¿Puedo saber al menos por qué quieres que os lleve a tal lugar?

—Allí espero encontrar una cosa que estoy buscando.

Céfiro sacudió la cabeza.

—Dudo mucho de que se pueda encontrar algo en las Salas del Terror. No hay nada ahí, solo un eterno grito ronco.

—Esa era la habitación de los constructores ¿verdad? —lo apremió Jason, intentando interceptar la mirada del guía, que se había hecho huidiza—. Ahí abajo era donde se construían las puertas.

Céfiro siguió su camino, caracoleando, sin responder.

Llegaron de nuevo a la Sala de las Ideas y allí embocaron el pasillo donde la luz dorada quedaba manchada por el gris del polvo.

No estaba vacío como los demás, sino lleno de escombros. Muy pronto los cascotes obstruyeron casi completamente el paso y los tres tuvieron que agacharse para poder seguir adelante.

—¿Tú sabes qué ha pasado aquí? —le preguntó Jason al guía, abriéndose paso entre los desechos.

—No exactamente. No.

—¿Y qué sabes de los constructores de puertas?

—No mucho, la verdad. Pero les he preguntado a las otras personas del Laberinto mientras vosotros estabais sentados. Es solo su versión, claro, pero... parece que cuando decidieron que los constructores de puertas abandonaran su trabajo, buena parte de ellos aceptó la decisión. Cerraron los talleres y dejaron de usar las fraguas para forjar las cerraduras y de cepillar la madera para hacer las puertas. Una buena parte, pero no todos. Un reducido grupo quería continuar a pesar de todo.

Pasaron bajo un arco medio derruido y prosiguieron por un largo tramo libre de escorias.

—Los talleres estaban aquí —continuó Céfiro—. Y el motivo por el que una vez abandonados fueron llamados Salas del Terror es que, cuando se hizo evidente que aquel pequeño grupo de constructores no se detendría, alguien envió...

—¿Qué?

—Un monstruo —respondió Céfiro, señalando delante de ellos.

—¿Quieres decir que mandaron un monstruo... para acabar con ellos?

Céfiro no respondió.

—¿Qué... tipo de monstruo?

El gigante de la mirada dorada movió la cabeza. No lo sabía. Pero en su opinión ese no era el problema.

El problema era si esa criatura aún seguía con vida.



Capítulo 20

En el ACANTILADO

El perfil oscuro del acantilado de Salton Cliff se recortaba amenazador contra el cielo nocturno.

Una enorme gaviota, que planeaba aprovechando las corrientes ascendentes, vislumbró por el rabillo del ojo tres extrañas figuras, acurrucadas un poco más abajo del borde del precipicio cortado a pico sobre el mar. Dio un aletazo y se alejó indignada, mientras la sombra más pequeña susurraba algo a la sombra más grande.

Algo así como:

—¡Sujétame!

En vilo sobre las escalerillas que bajaban a la playa, el Flint pequeño se asomó para mirar abajo.

—¿La ves? —preguntó impaciente el Flint grande, mientras sujetaba por la cintura a su primo con la cabeza vuelta hacia el otro lado para no mirar abajo.

—Sí, hay una barca, nada más.

—¿Una barca? Ellos hablaban de una nave vikinga... —recordó el Flint mediano, que se había quedado cómodamente sentado, recostado contra la pared.

El Flint pequeño asintió, pensativo.

—A lo mejor han exagerado un poco. Yo solo veo una barca.

—Y sin embargo tiene que ser algo importante si han dicho que Voynich no puede verla —insistió el Flint mediano.

—Sí, han dicho eso. Yo también me acuerdo —dijo el más grande de los tres, complacido.

—Razonad, primos —los interrumpió el Flint pequeño—. ¿Por qué esa barca puede ser tan importante?

—No lo sé.

—Yo tampoco.

Ni siquiera el Flint pequeño lo sabía.

Disfrutaron de la brisa nocturna que jugaba con las nubes, esparciéndolas por el cielo.

A sus espaldas el acantilado despedía calor y olía a mar.

—Tenemos que pensar en un plan. Sin perder tiempo —decidió al final el Flint pequeño.

—Bien dicho, un plan —asintió convencido el Flint mediano.

—¿Y dónde encontramos un plan a estas horas? —preguntó el Flint grande, confuso.

—Dile a tu primo que se calle —gruñó el Flint pequeño—. O lo tiro escaleras abajo.

—¡Pero soy también tu primo! —protestó el Flint grande.

—Te lo advierto: ya tienes un pie en el vacío.

—Pero...

—Estás a punto de caer.

En el rostro del Flint grande se dibujó una expresión hosca, pero se calló.

—De todo lo que hemos oído esta tarde... —recapituló el Flint pequeño.

—¡No hemos entendido nada! —terminó por él el Flint grande.

—¡AHORA YA ESTÁS VOLANDO! ¡EN SERIO!

—¡Vale, vale! No digo nada más. Me callo. ¡Qué genio!

El Flint pequeño respiró profundamente y volvió a empezar:

—De todo lo que hemos oído esta tarde, hay algunas cosas que en mi opinión son más importantes que otras.

—Mucho más importantes —le hizo eco el Flint mediano, sin tener, por otra parte, ni la más mínima idea de cuáles eran.

—Lo primero que he entendido es que mañana viene al pueblo el jefe de nuestros jefes. O sea el jefe de los dos que van en el Aston Martin.

—Quién sabe qué coche tendrá —fantaseó el Flint mediano, intentando imaginarse una admirable progresión del lujo.

—Lo segundo... —continuó el Flint pequeño— es que los señores a los que espiamos no tienen intención de dejarle ver ciertas cosas. Las llaves de la caja de madera. Y la barca que está en el fondo del acantilado. La pregunta es por qué.

—Eso, ¿por qué?

El porqué permaneció largo tiempo suspendido en la brisa marina.

—Porque sí —se respondió al final el Flint pequeño, como si fuera un oráculo—. Nosotros no podemos saber por qué no quieren que él vea esas

cosas... ¿verdad?

Los otros dos dijeron que sí con la cabeza.

—Pero nosotros podemos hacer que él las vea... ¿verdad?

Las cabezas de los otros dos se movieron, vacilantes, arriba y abajo, mientras se esforzaban por entender adonde quería llegar el cerebro del grupo.

—En fin, lo que quiero decir... —aseveró taxativo el pequeñajo— es que a nosotros en realidad no nos interesa saber por qué esas cosas son un secreto. Nosotros nos limitaremos... a impedir que sigan siendo un secreto.

—¿Y cómo? —preguntó el Flint mediano, sacudiéndose la apatía.

—Este es mi plan: mientras tú, primo —susurró dirigiéndose al Flint grande, quien sin embargo seguía teniendo la misma mirada apagada de antes—, bajas hasta la playa, robas la barca y la llevas al pueblo...

—¡Eh! ¿Por qué yo? —protestó el primo gordinflón, despertándose del todo.

—... donde encontraremos el modo de que el jefe de nuestros jefes la vea...

—Sí, sí... pero ¿por qué yo?

El Flint pequeño resopló:

—Vamos a ver, zopenco: tenemos que dividirnos, ¿no? Y alguien tiene que ir a robar la barca. ¿Quién es el único de los tres que sabe remar?

—¡Yo! ¡Cuando queráis os doy una paliza!

—Pues eso...

—Pero... —El Flint grande se había pillado los dedos él solo—. Ah, sí. Porras.

—Así que ahora mismo bajas las escalerillas, coges la barca y nos esperas en la playa —recapituló el Flint pequeño.

—¿Y nosotros mientras tanto...? —preguntó el Flint mediano.

—Nos dividimos. Tú... entras en la casa del jardinero y robas una de las llaves de la caja.

—¿Cuál?

—Una cualquiera vale. Si tenemos suerte, cuando se den cuenta ya será demasiado tarde.

—Vale.

Una ola más alta de lo normal rompió con fuerza contra los escollos.

—¿Y tú? —preguntaron al unísono los otros dos al primo más pequeño.

—Pues yo, mientras tanto, trepo por ese árbol tan gordo que hay en el jardín. Y me ocupo personalmente de la parte más delicada de todo el plan.



Capítulo 21

La SACERDOTISA

A pesar del cansancio, Julia no conseguía conciliar el sueño. A lo mejor solo era que estaba demasiado cansada para dormir. Sentía latir su corazón a través de la almohada, rítmico e implacable y, por más vueltas y vueltas que diera en la cama, aquel ruido la perseguía y no la dejaba dormir.

Conocía bien esa sensación.

Había crecido con ella.

Era culpa de Jason.

Su hermano y ella estaban unidos por un vínculo profundo, siempre lo habían estado, fuera cual fuera la distancia que los separaba. Y si le pasaba algo a uno de ellos, el otro lo sabía. Lo percibía.

Era eso lo que le pasaba.

Se sentía invadir por el miedo, pero no por su propio miedo, sino por el miedo de Jason.

Estuviera donde estuviera, le estaba pasando algo.

Julia permaneció con los ojos abiertos, en la oscuridad, pensando. Se había acostumbrado a tener un hermano gemelo incontrolable. Y sabía que, si había la más mínima posibilidad de meterse en algún lío, Jason no la dejaría escapar.

Pero esa aprensión continua y la sensación de opresión en el pecho eran algo más que un desagradable presentimiento.

Eran una petición de ayuda.

«Jason está en peligro», pensó Julia con lucidez.

Y ella era la única que podía saberlo.

Sin encender la luz, bajó de la cama y cogió la libreta de Morice Moreau.

Las ramas del sicómoro golpearon la casa.

Viento.

Se estaba alzando el viento.

Julia salió de su cuarto en el mismo momento en que unos pasos inciertos en el tejado se acercaban a la ventana.

Y una mano llamaba a los cristales.

Contempló su reflejo en la puerta acristalada de la habitación de la torre.

Los días interminables que había pasado enferma en la cama la habían dejado muy demacrada.

Pero el día que acababa de terminar había devuelto algo de colorido a sus mejillas.

Julia abrió la puerta y entró, cerrándola tras de sí.

El cielo estaba de un color amenazador índigo.

Se sentó al escritorio de Ulysses Moore y encendió la pequeña lámpara de mesa.

Apartó la colección de maquetas de embarcaciones y apoyó en la mesa vacía la libreta de Morice Moreau.

La abrió.

La sensación de angustia aumentó.

No encontró a nadie en las páginas.

—Te lo ruego, Jason... Te lo ruego... No hagas locuras.

Se concentró, con los ojos cerrados, y llamó mentalmente a su hermano.

—Contéstame. Contéstame —repitió, como una insistente letanía.

Pero cuando volvió a abrir los ojos se dio cuenta de que no había servido de nada.

Entonces pasó las páginas, lentamente, hacia atrás. Dio la vuelta a la del castillo en llamas y siguió hacia atrás, hasta llegar al marco donde solía aparecer Última.

Volvió a cerrar los ojos.

«Rick... —pensó—. Por favor, Rick, contéstame. Al menos hazlo tú... por favor...»

Nadie.

Pero Julia no se desanimó.

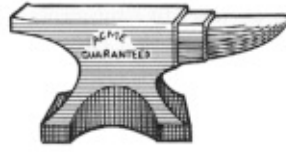
Apoyó ambas manos en la libreta y, como la sacerdotisa de un antiguo culto pagano, intentó invocar a su hermano y al chico que amaba para que le contestaran.

El peligro planeaba en el aire.

Lo notaba.

Le traspasaba el corazón.

Y le encogía el estómago.
Necesitaban estar todos juntos de nuevo.



Capítulo 22
Entre las **RUINAS**

Lo primero que encontraron fue la fragua.

Era una sala enorme, sumergida en las sombras, cerrada por la negra boca del fogón que ahora estaba apagado. Un estrecho surco excavado en un bloque de piedra debía de servir para encanalar el metal fundido y conducirlo hasta los moldes de las cerraduras y de las llaves. De las paredes colgaban grandes ganchos de hierro, de los que pendían todo tipo de herramientas y utensilios de usos desconocidos: tijeras, hoces, guadañas. Y también había martillos, mazos, fuelles, grandes abanicos. En el suelo, cajas repletas de escorias y minerales.

Estaba todo aún allí, intacto, como si los herreros hubieran salido solo para hacer una breve pausa en el trabajo.

Sin embargo, al mirar más atentamente, se podían reconocer los signos de la decadencia. Objetos rotos por los suelos. El polvo gris que lo cubría todo.

Y los arañazos.

Arañazos por todas partes: en las paredes, en la boca del fogón. En el suelo.

¿Quién o qué los había hecho?

—También en Villa Argo hay arañazos... —murmuró Jason al verlos. Sacudió la cabeza, incrédulo. Había pensado siempre que habían sido obra de Ulysses Moore al intentar abrir la Puerta del Tiempo cuando aún no tenía en su poder las cuatro llaves.

Anna caminaba unos pasos por detrás de él y de Céfiro, en silencio. Sentía un hormigueo en las piernas y los pies, y los ojos se le cerraban. Si hubiera podido, se habría puesto a dormir sin dudarlo un momento. Pero al mismo tiempo miraba a su alrededor, preocupada, sin saber qué decir.

—¿Seguimos? —propuso el gigante dorado.

—Sí, vamos —asintió Jason.

El grupo dejó atrás la fragua y siguió avanzando.

La sala sucesiva tenía que ser la carpintería donde se preparaban las jambas y paneles de las puertas. Era enorme y estaba completamente vacía. También allí reinaba la misma desolación. Tablas rotas, trozos de madera, utensilios por todo el suelo.

Y un silencio ensordecedor.

—¿Qué crees que es, realmente, este Laberinto? —preguntó de repente Jason dirigiéndose a Céfiro, mientras avanzaban hacia las Salas del Terror.

—Un lugar sin fin —le respondió el gigante—. Como la memoria del mundo.

Así era.

Memoria.

El no lugar por excelencia, la materia originaria de la que seguían nutriéndose los lugares imaginarios. El único modo de sobrevivir fuera del tiempo.

El Laberinto era lineal y retorcido, con mil salas diferentes entre sí, como la mente del hombre. Era dorado y oscuro y estaba rodeado de paredes infinitas. Tenía puertas que permitían entrar y salir y que llevaban a todos los lugares.

Estaba habitado por ideas que el viento arrastraba como hojas caídas.

Se encontraba bajo tierra, en las profundidades, y estaba unido a la superficie por infinitas ramificaciones.

Tenía una parte oscura, donde su misma luz moría hasta convertirse en una pátina de polvo gris.

Y era justo allí adonde se dirigían.

Donde había ruinas y cosas canceladas.

Cosas de las que nadie quería volver a hablar.

Cuando el silencio se hizo aún más opresivo, aminoraron instintivamente la marcha.

Como si no quisieran hacer ruido.

El aire se hizo denso, cargado de aceite y de un persistente olor salvaje.

La luz dorada de los pasillos principales se había convertido en un gris uniforme, que se degradaba hacia el negro a medida que avanzaban. Los contornos de las cosas se hicieron borrosos y lo mismo pasó con las pocas

habitaciones íntegras que encontraron a su paso: un dormitorio, las cocinas, las despensas.

Allí donde dirigían la mirada, solo veían muebles rotos y objetos esparcidos por doquier. Una desoladora montaña de escombros que nadie se había molestado en recoger.

Las partículas de polvo en suspensión se metían por la nariz y se posaban en el pelo. Irritaban los ojos hasta hacer que se les saltaran las lágrimas. Cuando Anna empezó a toser, Jason le dio un pañuelo, con el que tuvo que taparse la nariz para poder continuar.

Pasaron por encima de los últimos cascotes y, de repente, se encontraron a cielo abierto.

Al mirar hacia arriba vieron una enorme abertura oscura en el techo abovedado que en otro tiempo cubría toda la sala. Quedaban algunos restos, surcados por las grietas, mientras la parte central de la cúpula era un dentado agujero negro.

Miraran adonde miraran solo quedaban ruinas.

La habitación se había derrumbado sobre sí misma y lo había sepultado todo.

Anna y Jason contemplaban aquel espectáculo, terrible y desolador al mismo tiempo, con la boca abierta. Jason animado por una insólita furia y Anna asustada por la crueldad y el dolor que aún se percibían en el aire irrespirable.

No hablaron. No había nada que decir.

Jason puso un pie encima de la montaña de escombros.

Y en ese momento la vio.

Se quedó sin aliento.

Después se dio la vuelta, tendió la mano para tomar la de Anna y tiró de la chica hacia sí. Le indicó la razón por la que había querido llegar hasta allí.

Más o menos en el centro de la habitación de la enorme sala, no muy distante de donde estaban ellos, había un minúsculo globo aerostático.

Flotaba en el aire, algunos metros por encima del suelo, anclado a los escombros mediante un largo cable negro.

El globo, rodeado por una red de alambres de cobre, era de color marrón oscuro. El cesto, de mimbre trenzado, estaba decorado por adornos metálicos y extraños perfiles redondeados como los de los viejos transatlánticos.

—¿Qué es eso? —preguntó Anna al verlo.

Jason, sin embargo, había reconocido al instante la mano que lo había fabricado. La firma era inconfundible.

Peter Dedalus.

—Es el globo en el que Penelope llegó hasta aquí —respondió.

—¿Por dónde?

El chico miró hacia arriba, hacia el agujero oscuro que se abría por encima de sus cabezas.

Allí arriba, además de una bóveda derruida, había una salida al exterior.

—Pero ¿cómo es que está... todavía aquí? —preguntó Anna, perpleja.

—Eso es algo que tenemos que descubrir.

Detrás de ellos oyeron moverse algunas piedras y un momento después Céfiro estaba a su lado.

—¿Tú sabías que esto estaba aquí? —le preguntó Jason, sin dejar de mirar el globo.

—No —respondió el gigante—, pero es una buena noticia.

—¿Por qué?

—Si está todavía aquí, quiere decir que nadie ha podido destruirlo.

Y a continuación, sin añadir nada más, se encaminó hacia los escombros.

Sus pasos resonaban en el vacío.

El eco de cada piedra que rodaba, de cada suspiro o lamento quedaban amplificados por la desolación reinante en medio de la cual avanzaban.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Anna de repente; en torno a ellos no había sino ruinas.

—¿Qué? Yo no he oído nada, ¿y tú? —le preguntó Jason a Céfiro.

El gigante negó con la cabeza.

—Entonces habrán sido imaginaciones mías —murmuró Anna.

Pero estaba segura de haber oído una especie de respiración jadeante...

O quizá algo que raspaba una superficie. Como dos piedras frotándose una contra otra.

O unas garras que arañaban la roca.

Llegaron a los pies del globo. Visto desde abajo, parecía una enorme clepsidra suspendida en el aire.

La mirada de Anna vagó por entre las ruinas que los rodeaban como en busca de algo.

Pero no había nada. Absolutamente nada. Solo escombros.

Y, fuera lo que fuera, el ruido de antes no había vuelto a repetirse.

Céfiro iba a acercarse al globo, pero Jason se interpuso.

—Espera —le dijo.

Había notado algo raro en el cable que mantenía anclado el globo. Y quería estar seguro.

Cogió una piedrecita del suelo y la lanzó contra el globo. La red de alambre que lo rodeaba chisporroteó recorrida por una corriente eléctrica.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Céfiro, impresionado.

—Peter siempre hacía bien las cosas —murmuró el chico, con una sonrisa de admiración.

La amarra estaba conectada a un mecanismo cuadrado, que producía un zumbido parecido al de un pequeño generador de corriente. En la parte superior del mecanismo había una especie de ruedas, como las de la combinación de una caja fuerte.

Las ruedas estaban situadas componiendo una particular combinación de números y letras:

5 E 5 E 5 5 5

—Siete en total —contó Jason.

Intentó girar al azar una de las siete ruedas, la de la «E». Descubrió que contenía el resto de vocales: A, I, O, U.

Las ruedas de los números, sin embargo, preveían cinco posibles posiciones: 5, 10, 50, 100, 500.

—¿Y ahora? —dijo Anna, con gesto preocupado.

—No lo sé —admitió Jason—. Pero conociendo a Peter tiene que haber una solución lógica para ponerlo en marcha.

—¿En la carta de Penelope no se menciona nada? —preguntó Anna, ruborizándose por haber hecho tal pregunta.

—No, por desgracia no —respondió Jason, con un deje de satisfacción, pero sin ensañarse.

Entonces observó que todas las ruedas eran idénticas. Cinco números. Cinco letras. Una clave de siete.

Cinco números.

Cinco vocales.

Cinco números.

Y cinco vocales.

—Caray... —resopló, desanimado—. Es más difícil de lo que creía.

Puso todos los números en el «10» y todas las vocales en la «A».

Nada.

Probó con todos los números en el «50».

Después con todos en el «100».

Nada.

Y nada de nuevo.

En cuclillas junto a las ruedas, Jason empezó a hacer girar las letras y los números al azar.

Pero así podía perder un día entero inútilmente.

«Piensa, Jason, piensa.»

—Siete cifras —murmuró al final—. ¿Por qué justo siete cifras? ¿Qué se puede formar con siete cifras?

La solución tenía que ser simple.

Y genial.

Como en todas las máquinas de Peter Dedalus.

«Un momento...»

Cinco letras, cinco números, siete letras, siete cifras.

Peter Dedalus.

«¿Y si fuera...?»

Colocó las dos ruedas en la «E» y en la «A» de Dedalus.

Se quedó esperando el resultado.

Y entonces, exclamó de golpe:

—¡¿Anna?!

—¿Qué?

—¡Los números romanos! ¿Cómo se escribe «quinientos» en números romanos? Es una letra, ¿verdad?

La chica pensó un instante la respuesta:

—Creo que «L» es cincuenta.

«Dedalus» tenía una «L».

Jason dio la vuelta a la quinta rueda y la colocó en la posición del «50».

Anna se puso en cuclillas a su lado.

—Quinientos es «D»...

Jason colocó la primera rueda en el «500». Y después hizo lo mismo con la tercera.

En las primeras ruedas de la combinación ahora se leía «500 E 500 A 50», que traducido en números romanos era «D E D A L».

Faltaban las dos últimas.

Anna movió la cabeza, pensativa.

La «U» y la «S» no se corresponden con ningún número romano...

—Entonces, está mal... —concluyó Jason, en tono de resignación.

Y entonces, de repente, el rostro de la chica se iluminó.

—¡No, no está mal! En lugar de la «U» en latín se usaba la «V», que equivale al número cinco.

—Perfecto —dijo Jason, colocando la penúltima rueda en el «5»—. ¿Y la última letra, la «S»?

—Bueno —respondió Anna, encogiéndose de hombros—. La «X» tiene un sonido parecido. Prueba con el diez.

Jason reguló también la última rueda.

500 E 500 A 50 5 10

Con un soplo metálico, las siete ruedas volvieron a entrar en la caja y formaron la palabra

DEDALUX

—¡Funciona! —gritó Anna, exultante.

—¡Peter Dedalus, eres un genio! —exclamó Jason, sonriente.

—Es una palabra clave perfecta para quienes quieren salir de un laberinto —comentó la chica con admiración—. *Dedalus* en latín quiere decir «dédalo, laberinto» y *lux* significa «luz»; la luz que hay al fondo del túnel.

Jason se puso de pie, sus doloridas rodillas crujieron y, en cuanto oyó que el generador del globo dejaba de hacer ruido, apoyó con cuidado la mano en el cable que lo mantenía anclado al suelo.

Ya no estaba electrificado.

—Lo conseguimos —dijo—. ¡Ahora podemos bajarlo!

Céfiro, que hasta ese momento se había quedado sentado aparte, mirando a su alrededor con aire preocupado, le echó una mano.

Empezaron a tirar hacia abajo lentamente.

Pero, de pronto, Anna los detuvo:

—¿Habéis oído? —preguntó, casi gritando.

Esta vez Jason también lo había oído.

Ruido de escombros que se movían. Lejos, en alguna parte en torno a donde estaban.

—¿Céfiro?

El guía escrutó atentamente el aire en todas direcciones. Y se limitó a decir.

—Más rápido.

Sujetó el cable con ambas manos y dio un tirón con todas sus fuerzas. Se colgó para ayudarse con el peso de su propio cuerpo.

—¡Más rápido! —repitió.

Presa de un repentino frenesí, Anna empezó a mirar a su alrededor, asustada. Ahora sentía una infinidad de ruidos. Piedras que rodaban por encima de otras piedras.

—¡Vamos, chico! ¡Tira! —gritaba Céfiro entretanto, con los músculos tensos por el esfuerzo—. ¡Tira!

Piedras moviéndose.

Un movimiento casi imperceptible.

Sombras moviéndose en la sombra.

Y después un lamento. Un lamento aterrador, que ponía la carne de gallina.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Jason, asustado.

—¡Más rápido, chico! ¡Más rápido!

—¡Jason! —chilló Anna, fuera de sí.

El cesto del globo ahora estaba a menos de un metro del suelo. Los dos hombres se dieron la vuelta de golpe hacia donde estaba la chica.

—¡Anna! ¡Venga! ¡Vamos!

—¡Lo he visto, Jason! —exclamó la chica indicando un punto oculto en las sombras.

—¡SUBE!

Izaron a bordo a Anna. Céfiro la alzó aupándola por los pies y la chica se agarró con fuerza al cesto de mimbre. Un último empujón y cayó dentro:

—¡Jason!

Su voz quedó cubierta de nuevo por aquella especie de mugido que resonaba en la sala.

—¡Salta tú también, vamos! —gritó Céfiro.

Las manos de Jason aparecieron en el borde del cesto. Anna se puso de pie, tambaleándose, y se las sujetó. Tiró de él con todas sus fuerzas para intentar subirlo al globo.

Ruido.

Cada vez más cerca.

Algo corría por entre las ruinas.

Algo grande.

El gigante soltó el cable y el globo comenzó a elevarse.

—¡Céfiro! —gritó Jason, colgando aún fuera del cesto.

—¡Rápido! ¡Rápido! ¡Huid!

—¡Céfiro, no! ¡Salta!

Por toda respuesta, el gigante se agachó, cogió las dos piedras de la buena suerte de Jason y las lanzó a la cabina.

—¡No te dejes esto, amigo!

El globo seguía ascendiendo hacia lo alto a toda velocidad. Ya estaba a dos metros del suelo, casi tres.

La sombra que vivía allí abajo, mientras tanto, ya estaba a pocos pasos. Devoraba el terreno, levantando polvo y desmenuzando piedras.

—¡Bajemos! —gritó Jason—. ¡Haz descender el globo, Anna!

—¿Cómo?

—¡La válvula del gas! ¡Ábrela! ¡Ábrela!

El chico miró hacia abajo. Aquella sombra no tenía ojos. No tenía forma.

Era oscuridad en estado puro; a su paso, lanzaba chispas con sus garras invisibles.

Anna encontró una válvula, la giró, el globo resopló y descendió unos centímetros.

—¡No! ¡Marchaos de aquí! —gritó de nuevo Céfiro.

La sombra había llegado a pocos centímetros de sus pies.

—¡Que la fortuna os acompañe, amigos! —les dijo el gigante, levantando una de sus enormes manos para despedirse—. ¡Que siempre os acompañe la dicha y no padezcáis dolor!

—¡NO! —gritó Jason, cuando la sombra pasó bajo el globo—. ¡No pienso abandonarte!

Aterrorizada, Anna vio cómo las manos de Jason se soltaban del cesto. Se abalanzó para sujetarlo, pero no llegó a tiempo. Miró hacia abajo. No consiguió distinguir más que sombras en movimiento. Después, en una fracción de segundo, la tierra que había a sus pies desapareció en una nube de polvo gris, devorada por algo enorme e informe.

—¡¡¡NO!!! —gritó desesperada—. ¡NO! ¡NO! ¡NO PUEDE SER!

El polvo y la sombra se movieron de nuevo. Algo salió disparado hacia arriba y el globo se alzó de golpe.

La chica perdió el equilibrio y cayó hacia atrás.

Se golpeó la cabeza contra algo duro.

Perdió el sentido.

El globo empezó a subir, lentamente, sin guía, hacia el oscuro agujero del techo.

Mientras tanto, el polvo subía y bajaba por entre las ruinas, rodaban piedras y rocas en todas las direcciones y unos relámpagos dorados despedían imprevistos destellos.

Hubo gritos que Anna no oyó.

Más relámpagos dorados.

Y llamaradas.

Fuego. Sombra. Polvo. Ruinas.

Gritos.

Chispas.

Garras.

Anna lo percibió todo inconscientemente, a través de sus párpados cerrados, como si se tratase de un sordo dolor que le oprimía las sienas.

Soñó, quizá.

Soñó con el Laberinto visto desde arriba. El Laberinto que se extendía en todas direcciones como el caparazón de un inmenso galápago protegiendo aquel dédalo de salas y corredores.

Refulgían luces lejanas. Y figuras danzantes ondeaban en la oscuridad, como velas o alas de criaturas legendarias.

—Jason... —murmuró Anna, mientras unos vivos resplandores se encendían en torno a ella y el globo oscilaba a merced de la tormenta—. No puede ser, Jason...

Pensó en la muerte. En el polvo. En la oscuridad.

Pero también en el oro.

En los sueños.

En las esperanzas.

En los amigos.



Capítulo 23

DESPERTARES

Marius Voynich se había despertado de excelente humor.

O por lo menos no se había despertado del humor habitual. Y como se había pasado la vida despertándose de pésimo humor, aquella mañana estaba prácticamente seguro de ser feliz.

Puso los pies en el suelo y, a pesar de los punzantes dolores que sentía en la espalda, consiguió no quejarse del colchón sobre el que había dormido. En otras circunstancias lo habría definido como un colchón burdo, prehistórico, tercermundista. Pero, una vez más, la falta de términos de comparación le impedía un examen serio y meticuloso del problema. Marius Voynich solo había usado tres colchones en su vida: uno de ellos estaba lleno de burujos de lana: con él había crecido cuando su madre aún estaba viva; el segundo, absurdamente duro y compacto, que su hermana Viviana le había impuesto durante los diez años sucesivos; y el blandísimo colchón suizo de crin de caballo («¡El mismo modelo que usa el rey de Suecia!», le había dicho el vendedor) que se había comprado cuando había alcanzado la independencia económica.

Silbó.

Y al momento se detuvo, preguntándose cómo era posible que fuese capaz de silbar.

No sabía que sabía silbar.

Contento con aquel descubrimiento, intentó emitir otro par de silbidos. Una nota alta, luego una baja. Las primeras notas de una melodía. Si a lo largo de su vida hubiera pasado alguna sobremesa escuchando música, habría podido silbar alguna melodía más: el problema era, se dijo con una pizca de amargura, que no conocía prácticamente ninguna.

Siempre había pensado que las canciones eran una inútil pérdida de tiempo. Pero, mientras se cepillaba vigorosamente los dientes delante de un

espejo en cuya superficie, por primera vez, estaba contento de mirarse, Marius Voynich anotó mentalmente que tenía que reconsiderar alguna de sus rígidas posiciones al respecto.

Al fin y al cabo, no estaba mal eso de silbar canciones.

Se vistió, utilizando la primera de las mudas que había metido en la maleta con el cuidado de quien transporta explosivos de alto riesgo. Estaba a punto de tirar a la basura la ropa que se había puesto el día anterior cuando, de repente, al mirar la camisa y los pantalones usados, decidió que esta vez no lo haría.

Había crecido acostumbrándose a usar los vestidos fuera de casa solo una vez, dado el elevadísimo riesgo de entrar en contacto con morbos, microbios, partículas contaminantes y otras amenazas del mundo real. Lo había hecho así toda la vida. No podía cambiar radicalmente sus costumbres.

Pero podía modificarlas poco a poco.

Así, dejó la camisa y los pantalones usados encima de una silla.

Una silla «coja», señaló algo molesto.

Añadió también una tarjeta con una nota en la que especificaba que quienquiera que quisiera utilizar la ropa podía considerarla un regalo.

Meditó sobre la última palabra, «regalo», por lo general ausente de su vocabulario cotidiano. Después se preguntó sobre la conveniencia o no de firmar la tarjeta.

Permaneció indeciso unos minutos.

Y al final decidió no firmarla.

Se cambió de ropa y, mientras lo hacía, se preguntó las razones de aquel repentino buen humor. Solo unas cuantas horas antes, había estado a punto de decapitar a su chófer y de prenderle fuego a todo Cornualles: estaba absorbido por sus problemas, convencido de que, sin su rápida intervención, las tareas que tenía que afrontar habrían crecido y crecido hasta llegar a destruir el planeta entero.

Pero después de la llamada de teléfono de su hermana, todo había cambiado de repente.

El punto de inflexión había sido ese.

La rebelión.

Finalmente le había demostrado a aquella arpía que era capaz de hacer una cosa sin su permiso ni su aprobación. Como salir de viaje, por ejemplo.

E incluso la pequeña mentira que había añadido al final de la llamada, la de estar haciendo un viaje de placer, se había revelado una verdadera satisfacción.

¡Oh, sí! Por una vez había decidido él.

—Marius —se dijo, mirándose de nuevo al espejo.

El sonido de su voz casi le hizo dar un brinco.

Hacía años que no pronunciaba su verdadero nombre. Un nombre que había llegado a darle náuseas a fuerza de oírsele repetir de manera obsesiva a Viviana. Marius por aquí, Marius por allá. Marius no. Marius eso no se hace. Marius eso no está bien. Marius eso no es justo. Eso está prohibido. Eso no es posible. ¡Marius te he dicho que no!

Cerró los ojos y volvió a abrirlos.

La rabia había desaparecido de nuevo.

En la mesilla que había al lado de la cama, aún le esperaban más sorpresas.

Por un lado, aquel maléfico libro hablador. En cuanto rozó la portada, Marius Voynich sintió el consabido temblor de emoción.

Pero existía una diferencia profunda entre lo que sentía íntimamente cuando quería destruir o incendiar un problema y... *aquello*.

El maléfico libro resultaba *excitante*. Era como si hubiera sido pensado, escrito y dibujado un poco más allá del límite donde acababan las prohibiciones de su hermana. En el mundo de lo imaginario que Voynich había aprendido a odiar, ignorar y destruir.

Como si la realidad no fuera igual de peligrosa.

Quién sabe qué habría dicho Viviana si hubiera sabido que la noche anterior había ayudado a un perfecto desconocido a resolver un enigma y que, poco después, se había citado con otro, sirviéndose de las páginas de un libro.

Quizá le habría confesado que el libro empezaba a gustarle de verdad. Y que las personas que había encontrado en aquellas páginas tenían algo especial, que le hacía sentirse vivo. ¡Y además estaba lo del enigma! Se trataba de una versión extravagante de un famoso acertijo, conocido entre los físicos como «el enigma de Einstein». ¿Había algo más fácil de resolver?

Un relámpago blanco atravesó la memoria de Voynich. Aquel relámpago era la bata de los doctores amigos de Viviana; cuando aún era un niño, lo obligaron a contarles lo que le pasaba, pues su hermana creía que estaba loco.

Él no tenía nada que contarles, pero, aun así, los doctores pretendían que hablara con ellos, de modo que empezó a inventarse cosas, historias, lugares.

Y entonces los doctores se volvían comprensivos y le decían: «Esas cosas no existen. No existen. El mundo no funciona así, pequeño».

«El mundo no funciona así», pensó Voynich alejando el recuerdo de los doctores y de su hermana. La enfermera del diablo.

«¡Fuera de aquí todos!»

Miró el reloj.

—Tengo una cita importante.

Lo último que metió en la maleta fue una copia de su novela, *Corazón sin dueño*.

Era una historia romántica, dulce, ligera, que había tardado cincuenta y siete años en escribir. Y que, hasta la tarde anterior, cuando entró en aquella habitación del hotel de Zennor, solo tenía cincuenta y seis páginas.

Páginas perfectas.

Sin errores.

Fluidas y bien escritas.

Refinadas.

Llenas de citas.

Páginas que harían morir de rabia a cualquier otro crítico de Londres, porque eran *inatacables*. Carentes de defectos y, por tanto, imposibles de criticar.

Y he aquí que había sucedido otra cosa sorprendente. La tarde anterior, tumbado en aquella cama paleolítica que le había dejado la espalda hecha polvo, pero que, por lo demás, le había parecido el lecho de un rey, Marius Voynich había tachado una decena de aquellas páginas, juzgándolas demasiado aburridas.

Ya vistas.

Y decididamente manidas.

Había aligerado los primeros párrafos con frases breves, rápidas y evocadoras. Abandonar la idea proustiana de describir el sombrero azul de la protagonista en dos páginas de treinta líneas cada una había hecho que la historia fluyera más velozmente de lo previsto. Y así había escrito a mano por lo menos veinte páginas nuevas.

Y ahora, situado de pie junto a la maleta abierta, meticulosamente organizada como la caja de seguridad de un banco, al volver a leer aquellas páginas nuevas sintió que el corazón le latía atropelladamente.

Eran buenas.

Y eran veinte páginas.

Escritas en menos de tres horas.

—¡Vamos! —se dijo, al tiempo que salía de la habitación.

En Villa Argo, la madre de Julia la despertó.

Se había quedado dormida sobre la colcha, con la libreta de Morice Moreau estrechada entre los brazos.

—¿Estás bien para ir al colegio?

Julia se despertó de sopetón, emergiendo de la profundidad de sus sueños atormentados. No recordaba casi nada de la noche anterior.

Solo que...

Había hablado con Rick a través de las páginas de la libreta.

Había hablado largo y tendido.

Y ahora se encontraba mal otra vez.

Estaba ardiendo de fiebre.

Mientras su madre se acercaba a la cama, Julia consiguió esconder la libreta bajo la colcha. Después, con un esfuerzo tremendo, se volvió hacia ella y le sonrió.

—Creo que no, mamá... —le contestó. Le tendió la muñeca a su madre para que pudiera tomarle el pulso: era algo que le gustaba mucho y que le hacía sentirse protegida.

Bostezó.

Su madre presionó suavemente con dos dedos sobre la piel.

—Yo diría que te ha vuelto a subir la fiebre.

—¿Tú crees?

Las palpitaciones.

El miedo.

Jason.

Habían desaparecido.

Ya no los sentía.

No sentía nada, solo un intenso calor.

Empezó a sudar.

Su madre movió la cabeza.

—Todavía no estás bien del todo —dijo levantándose de la cama—. Has agarrado una tos ferina de miedo, cariño.

Julia se dio la vuelta bajo las mantas.

—No salgas de casa, ¿entendido? Puedes levantarte, ir abajo, leer un libro, mirar cómo Nestor trabaja en el jardín, pero nada más. Con tu padre ya hablaré yo.

—De acuerdo, mamá.

—Pero quizá sea mejor que me quede contigo.

Julia volvió a pensar en el plan, en lo que tenía que hacer. Seguir a Nestor, a Black, al señor Bloom y a Voynich por el pueblo y asegurarse de que nadie se acercase a ellos.

Pero en ese estado...

—No, mamá, no hace falta. Me puedo quedar sola perfectamente.

Su madre sonrió.

—Pero yo prefiero mil veces quedarme en casa que bajar al pueblo. Además, en cualquier caso, no se tarda ni cinco minutos, cariño...

Julia esbozó una sonrisa débil. Teniendo a su madre en casa, no podría curarse con las plantas medicinales de Nestor, no podría dejar Villa Argo y no podría... hacer prácticamente nada.

—¿Qué hora es? —se informó.

Su madre se lo dijo.

Después, en cuanto su madre salió del cuarto, Julia se levantó de un salto de la cama y se puso la misma ropa que el día anterior.

¡Era tardísimo! Faltaban pocos minutos para que dieran las nueve.

¡Había quedado con Voynich!

¡Y se había dormido! ¡Se había dormido como una aficionada!

Mientras intentaba vestirse, la cabeza le daba vueltas furiosamente.

—¿Qué habrán hecho los otros?

Subió las persianas para controlar la casa de Nestor.

Sorpresa.

Entre las rendijas de madera de las persianas se había quedado atrapada una hoja de papel.

¿Cómo había llegado hasta allí?

¿El viento de la tarde anterior?

Julia se asomó a la ventana y miró a la izquierda, en dirección al acantilado, mar adentro. Después miró a la derecha, hacia el enorme sicomoro cuyas ramas llegaban a tocar el tejado de la casa.

Cogió la hojita, la leyó y se sorprendió todavía más de lo que ya estaba.

Solo había escrito lo siguiente:

Eres guapísima.

¿Quién podía haber escrito algo tan tonto?

¿Rick habría vuelto ya?

Pero esa no era su caligrafía. Era más angulosa e incierta, como de alguien que no estaba muy acostumbrado a escribir a mano.

¿Tommaso?

Y, si no, ¿quién?

—Lo que me faltaba... —protestó Julia—. Un pretendiente secreto.

Luego miró la casa de Nestor. Estaba cerrada. Y del garaje ya no sobresalía ni siquiera la moto con el sidecar.

¿Se habrían ido ya?

¿Y Tommaso?

¿Por qué nadie la había despertado?

¿Y Rick?

¿Y Jason?

Poco a poco dejó de hacerse preguntas y se tranquilizó.

Alguien había trepado hasta la ventana de su cuarto.

Y...

Y...

A Julia le costaba mucho pensar con claridad.

Apoyó la frente en los brazos cruzados encima del alféizar, mientras el viento de Kilmore Cove soplaba como enloquecido.

Y con el viento le llegó una idea.



Capítulo 24

El **COMITÉ** *de* **BIENVENIDA**

—Es él —anunció Black Vulcano, bajando el binóculo.

—¿Seguro? —le preguntó Nestor.

—Faltan cinco minutos para que den las nueve. Y ese de ahí abajo es un coche negro extralujoso de varios cientos de miles de libras esterlinas —observó el ex ferroviario—. No creo que pueda haber muchas dudas al respecto.

Nestor suspiró. Se dio la vuelta para poder ver al señor Bloom, que le hizo la señal de «Ok» con la mano derecha. «Estoy listo.» Nestor volvió a observar la calle. El puntito brillante que ascendía las colinas. Malarius Voynich se acercaba. Al cruce de los Bannows.

—¿Qué piensas? —le preguntó Black Vulcano, intuyendo lo que le pasaba por la imaginación.

—Que es un poco como en los viejos tiempos —respondió Nestor.

—En los viejos tiempos intentábamos mantener alejados a los pelmazos —puntualizó Black.

—Sí, pero... estar aquí, tú y yo, después de todos estos años... Me parece todo como entonces. Aunque...

—¿Querrías que estuvieran también Peter y los otros?

—Quizá Leonard, sí —admitió Nestor—. Aunque solo fuera para saber por qué se le ha ocurrido publicar la historia novelada de nuestra vida con mi firma.

—A lo mejor es que «Leonard Minaxo» no funcionaba en la portada...

—Por lo menos podría habérmelo dicho.

Black Vulcano se echó a reír.

—No te habría convencido nunca de que sacaras los diarios del baúl.

—¿Y el traductor que afirma que ha venido a Kilmore Cove?

—No me preguntes a mí. No sé qué decir.

—Te lo pregunto porque aquí estás solo tú.

—Si es por eso, también está el señor Bloom. ¡Eh, Bloom! ¿Todo bien?

Como única respuesta, el padre de Anna se arregló la camisa en la que destacaba una corbata recién salida del armario de Nestor.

—De maravilla.

El viejo jardinero pisó una ramita con la puntera del zapato.

—Esperemos que su idea funcione.

—Nos hacían falta ideas nuevas, Nestor —comentó Black.

Nestor esperó a que su amigo prosiguiera.

—Y como estamos en el nuevo milenio y las ideas no bastan, nos hacía falta una persona que trabajara en un banco. En efecto, sin los bancos no se hace nada, amigo mío. Así que... ¡abrid paso a los jóvenes!

Todo aquello enojó a Nestor aún más de lo que ya estaba. Jóvenes. Bancos. Dinero. Si Black Vulcano hubiera añadido también algo sobre televisores y ordenadores, habría enumerado todo cuanto de inútil y dañoso producía el mundo moderno. Como si hubiera olvidado las razones profundas por las que durante todos aquellos años Nestor, Penelope y sus amigos habían intentado mantener Kilmore Cove bien lejos de la modernidad.

Y sin embargo ahora estaba allí, rugiendo en una nube de gasolina.

—No lo sé, hay algo que no me convence en esta estrategia. Es un poco como para los troyanos llevarse a casa el caballo de madera y después descubrir que estaba lleno de enemigos.

—Es un Bentley —especificó Black Vulcano.

—¿Cómo?

—No es un caballo de madera —replicó Black, indicando la calle—. Es un Bentley negro.

El automóvil, brillante como la mirada de un loco, se detuvo justo en el cruce. El chófer se apeó para abrir una de las dos gigantescas puertas traseras, y del asiento de piel surgió un hombrecillo con la cara puntiaguda y los ojillos redondos.

El estupor de Nestor fue proporcional a su dificultad de contener una carcajada. ¿Ese era su acérrimo enemigo? ¿El jefe de los Incendiaros que tanto habían temido?

El señor Bloom fue mucho más diplomático y acudió con prontitud a su encuentro.

—El señor Voynich, supongo —le saludó con un vigoroso apretón de manos—. Encantado de conocerle. Yo me llamo...

«No lo digas —pensó Nestor—. No digas tu verdadero nombre.»

—... ¡Bolton! —concluyó el señor Bloom.

—Encantado, Bolton —respondió Voynich bastante encorsetado. Después señaló a Nestor y Black Vulcano.

—Ellos son dos buenos amigos míos del pueblo —dijo el señor Bloom a modo de presentación—. El señor Black y el señor... White. *Nestor White*.

«El señor Black y el señor White... —pensó Nestor, esbozando una sonrisa—. No se lo tragaré jamás. No puede ser tan despistado.»

—Nos acompañarán a visitar el pueblo, si le apetece. Está justo aquí debajo. Kilmore Cove, ¿lo conoce?

En la mirada de Voynich se percibió un estremecimiento incontrolable.

—¡No se puede ni imaginar cuánto lo he buscado! —confesó—. ¡Así que existe, después de todo!

—¡Claro que existe! —exclamó el señor Bloom—. Mire, yo en realidad apenas lo conozco, mientras que los dos señores viven aquí de toda la vida.

—¿Y han oído ustedes hablar alguna vez de un tal Ulysses Moore? —preguntó entonces Voynich.

—¿Quizá tú? —dijo malignamente Black dirigiéndose a Nestor.

—Hum... sí. He oído hablar de él, es verdad. Mejor dicho... todos en el pueblo han oído hablar de él. Yo era su jardinero, antes de que muriera.

—¿Ha... muerto?

—Oh, sí. Hace ya tiempo.

—¿Y la mujer?

—También muerta —gruñó Nestor, apretando los puños con fuerza.

—¡Es fantástico! —exclamó Voynich aliviado—. ¡Cuántas buenas noticias hoy!

—Entonces, ¿le apetecería hablar un poco del cuaderno? —le recordó el señor Bloom—. El cuaderno... de ayer por la tarde.

—Estoy aquí por eso. ¿Cómo es que usted tiene una copia?

Black Vulcano tosió.

—Perdonad. ¿Y si en vez de quedarnos aquí de pie en medio del polvo, hablamos de todo esto delante de un buen té caliente y unos pastelitos? ¿Qué decís?

—Perfecto —respondió Voynich.

—¿Puedo subir con usted? —le preguntó el señor Bloom—. Mis amigos nos abrirán paso con su sidecar.

Y eso hicieron.

—¡El señor White y el señor Black! —exclamó Black Vulcano, acurrucado como un gigantesco gusano de seda en el sidecar de Nestor.

—Hasta que no he oído hablar a Bloom, toda esta historia me parecía una verdadera locura —dijo el jardinero.

—¿Y ahora?

—Pienso que podría funcionar.

—¿Sabes qué te digo? Yo también —concordó Black.

El sidecar de Nestor iba trotando delante del Bentley como una escolta de policía mientras la carretera descendía rápidamente hacia Kilmore Cove. De repente, tras una curva, apareció la bahía, con el faro a un lado y el acantilado con el parque de Villa Argo al otro.

El plan podría incluso funcionar, pensó Nestor, cambiando de marcha para afrontar las curvas de entrada del pueblo. En su simplicidad contemplaba lo siguiente: la admisión de que la libreta de viaje de la que tenían sendas copias era muy especial y la propuesta de comprarle a Voynich la suya.

A un precio alto, lo suficientemente alto para que el jefe de los Incendiaros estuviera de acuerdo, y no pusiera reparos en dársela.

«Conozco bien a los que son como él... —había dicho el señor Bloom la tarde anterior—. Por el precio adecuado venden cualquier cosa. Además, la alternativa sería prenderle fuego, ¿no?»

Para pagar la libreta utilizarían el fondo Newton, propiedad de Black Vulcano, por intermediación del banco del señor Bloom. Con la desaparición y presunta muerte de su única hija, Oblivia Newton, tragada por una ballena, Black había heredado de repente una buena parte de su imperio financiero: de hecho, además de él, y de la hermana de su madre, miss Biggles, Oblivia no tenía parientes. En resumen, que Black era riquísimo.

Y había sido justo ese enorme patrimonio el que había inspirado al señor Bloom la idea de la segunda parte del plan.

Pero ¿por qué querían comprar un cuaderno como ese? Era muy sencillo. ¡Para hacer un museo! Un museo que atrajera a los turistas a aquel pueblecito tan difícil de encontrar.

Y aquí venía la parte difícil. Improvisar, según las reacciones de Voynich. No estaban seguros del motivo por el cual el jefe de los Incendiaros había emprendido un viaje hacia Kilmore Cove, ni cuántos secretos creía que iba a encontrar.

Pero había sido justo en aquel momento cuando el señor Bloom había dado lo mejor de sí: si Voynich andaba a caza de misterios para destruirlos

con sus amigos Incendiarios, lo mejor que podían ofrecerle eran misterios ya destruidos por los otros.

¿Estaba buscando Kilmore Cove? Si no lo hubiera encontrado, la sensación de que había algo misterioso se habría multiplicado hasta la obsesión. Así que lo mejor era llevarlo derechito a Kilmore Cove y mostrarle que era un pueblo normal, con pocos habitantes, algo extraños eso sí, unos cuantos pescadores y nada misterioso.

¿De modo que un tal Ulysses Moore había escrito que Kilmore Cove era un lugar mágico? ¿Y que poseía varias Puertas del Tiempo?

Muy bien. Solo que no podía haber sido Ulysses Moore quien lo había escrito porque estaba muerto. Ahí estaba su tumba, en el mausoleo. Allí la tumba de su mujer. Allí el parque abandonado. ¿Y la historia de las puertas? ¿A qué puertas se refería? ¿A esta? ¿O a esta? ¿A esta otra? En fin, abrirían algunas viejas puertas para dejarle ver que más allá del umbral no había nada extraño.

¿Y el misterio de Villa Argo? ¿Y ese Jason Covenant que lo había insultado usando las páginas del libro-ventana?

Entonces Nestor, fingiendo mil dificultades, lo llevaría a dar una rápida vuelta por Villa Argo, aprovechando que los dueños se habían ido a trabajar al pueblo. Después le hablaría de los Covenant y de su único hijo varón, Jason, un gamberrete que una vez, sin él saberlo, había cogido el libro que habla.

¿Y el abuelo de Ulysses Moore? ¿Y el hecho de que hubiera cerrado el Club de los Viajeros Imaginarios para fundar el de los Incendiarios?

Bueno... ¡ese era justo el motivo por el que una copia del libro se encontraba en Villa Argo y otra en Londres! Misterio resuelto.

Los Moore también se habían dedicado a coleccionar libros raros. Además de a ser benefactores del pueblo. ¿Qué tenía eso de malo? ¿Cuál era el misterio?

«¿Y la otra mujer? ¿Y la chica?», podría preguntar Voynich.

Entonces los tres hombres confesarían que también estaban intentando ponerse en contacto con los dueños de las otras copias de la libreta con la intención de comprárselas. Sabían que una copia estaba en manos de la familia Bloom, en Venecia. Por ese motivo habían sido invitados al pueblo.

Ninguna maquinación, por tanto, ninguna relación rara.

La libreta era lo único extraño *de verdad*. Pero esa era también la razón por la que querían comprar todas las copias: para convertirlas en la atracción principal del museo de Kilmore Cove.

«Estarán protegidas en una vitrina y ya nadie las podrá usar. Pero su leyenda atraerá a los turistas...»

Claro y sencillo.

El propio Nestor, cuanto más se repetía aquella sarta de mentiras, más creía en el plan.

No tenía puntos débiles. No había problemas.

Bastaría con mantener a ese hombre alejado de las llaves del tiempo y de la Metis, que yacía en el acantilado. Y además era posible que el juego saliera bien de todas formas, tanto si Voynich aceptaba vender su libreta como si no.

Aparcaron.

Black se retorció para poder salir del habitáculo.

—Tenemos que ser unas perfectas guías turísticas, Nestor, y así Voynich se marchará pensando que este es el pueblo más aburrido del mundo. Con dos extraños viejecitos que pensaban gastarse todo lo que habían ahorrado en fundar un museo.

Nestor asintió:

—Claro. Fácil como beber un vaso de agua.

Alzó la mirada y le guiñó un ojo a Tommaso, de pie al otro lado de la plaza.

«Se abre el telón.»

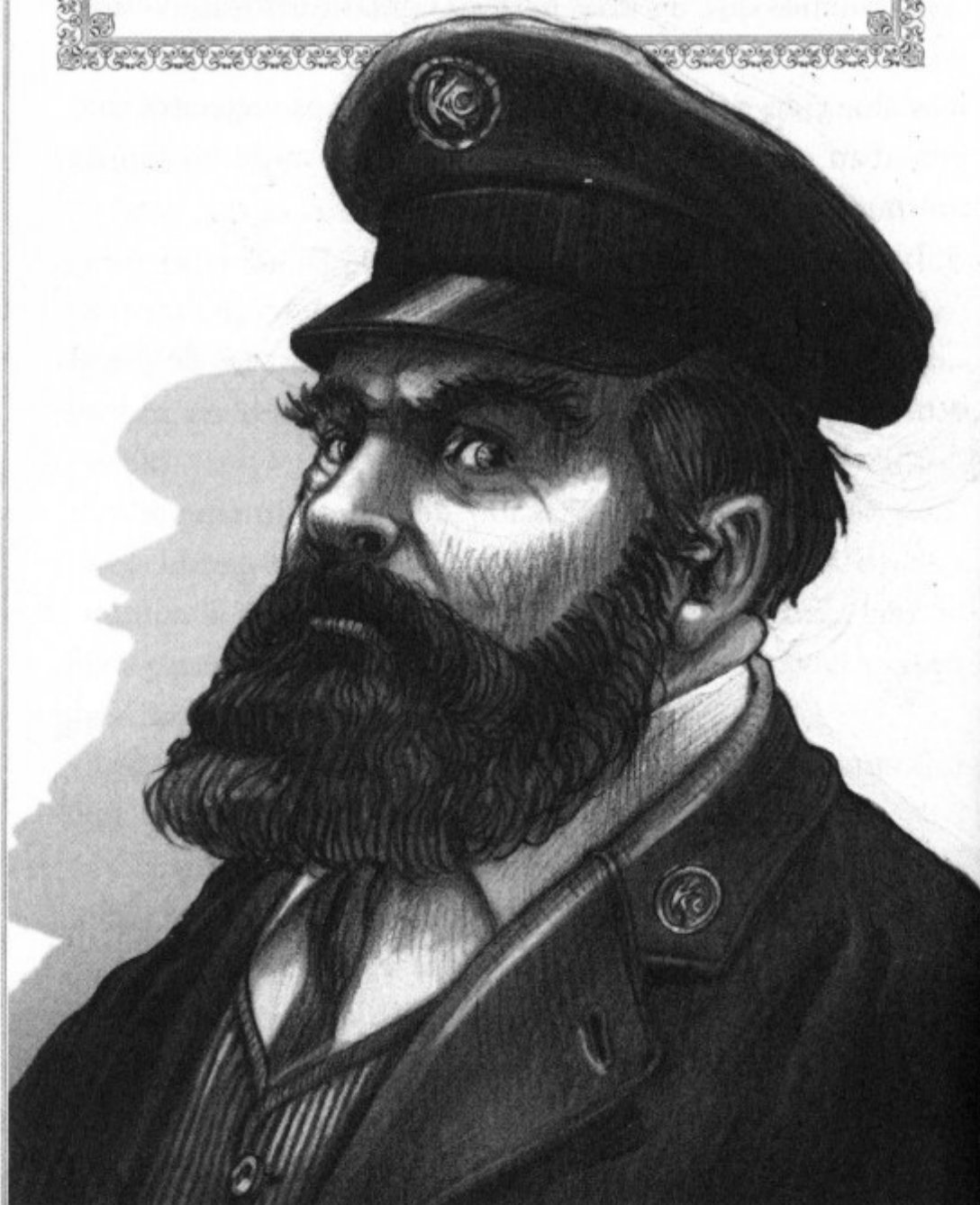
Nombre: **Victor «Black» Vulcano**

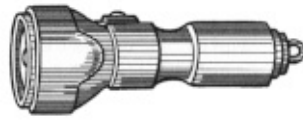
Nacido en: Kilmore Cove, el 18 de octubre de 1947

Dirección: largo tiempo en el Jardín del
Preste Juan, ahora de nuevo en Kilmore Cove

Particularidades: tiene grandes facultades artísticas.

Él ha esculpido la estatua de la pescadora que hay en Villa Argo.





Capítulo 25

Los ÚLTIMOS en SALIR

Se habían marchado en el corazón de la noche.

El chico pelirrojo los había despertado y les había preguntado: «¿Queréis volver a casa?».

Los hermanos Tijeras habían pensado que les estaba tomando el pelo.

Pero no había nada en la mirada del chico que hiciera pensar en una broma.

«Pero os lo advierto. Podría resultar un viaje muy peligroso.»

Los dos se habían puesto de pie, se habían restregado los ojos y masajeados los miembros adormecidos.

«¿Y ella?», habían preguntado, indicando a la mujer.

«Ella se queda aquí», había contestado el chico pelirrojo.

«¿Por qué quieres llevarnos contigo?», había preguntado el pequeñajo.

«Nosotros somos malos», había añadido el rubito.

El chico había levantado el fusil cargado con fuegos artificiales. Y también les había enseñado los paraguas lanzallamas. «Porque necesito a alguien que sepa usarlos», había contestado.

Los dos hermanos Tijeras se habían mirado.

Seguía lloviendo. Una lluvia insistente, helada. Que rompía las hojas de las plantas y doblaba la hierba de los prados. No se podía bajar por la pared de piedra.

Así que estaban yendo por otro sitio.

«¿Adónde nos llevas?», le habían preguntado los dos hermanos Tijeras, haciendo oscilar las cadenas.

«A casa de unos amigos», respondió el chico pelirrojo.

Y así, como en un sueño, habían entrado en un extraño edificio circular.

La entrada del edificio no tenía puertas.

Pero dentro sí había una puerta. Una puerta de marfil. Aún abierta.

La mujer y el chico pelirrojo se habían abrazado.

Él había dicho: «Ven con nosotros».

Y ella había contestado: «No, Rick. No puedo dejar todo lo que me une a este lugar».

Él no había insistido. Estaba de acuerdo con ella. «Tampoco yo —había contestado—. Volveré. Volveremos todos.»

La mujer le había entregado la libreta, pero el chico pelirrojo no la había aceptado. «No. Es tuya.»

«Os esperaré —había insistido la mujer—. Sin miedo de quién pueda venir. Te hará más falta a ti que a mí. No corro peligro aquí.»

Al final el chico había aceptado el regalo. Había aceptado también el fusil.

Había comprobado que lo llevaba todo consigo: las linternas, las velas, agua y comida.

Después había hecho una señal a los hermanos Tijeras para que cruzaran el umbral.

Él había entrado el último.

«Ciérrala», había susurrado a Ultima.

Y, una vez en la oscuridad, se habían puesto en marcha.

Habían bajado hasta allí.

Hasta el río.

La barca había vuelto a su sitio.

Los hermanos Tijeras no hablaban.

Pensaban en Dante Alighieri.

En su viaje al más allá.

Pensaban en que se habían equivocado.

Porque los lugares imaginarios existían.

Y podían ser terribles.

O magníficos.

Habían cruzado el río. Habían abierto la puerta del centro con la llave del erizo.

Habían entrado en el oro.

Habían caminado hasta que no habían encontrado más personas.

Habían preguntado por Jason, Anna y Céfiro.

Se habían detenido largo tiempo ante el corredor de las ruinas.

Y después habían entrado.
Como fantasmas.



Capítulo 26

La LLAVE de la BALLENA

Nada más doblar la esquina, Tommaso Ranieri Strambi recibió un fuerte empujón, dio contra la pared y se golpeó en la cabeza. Se quedó sin respiración. Y de repente le cayó encima una avalancha de puñetazos.

Cuando sacudió la cabeza para intentar averiguar lo que estaba pasando, sintió que dos manos fuertes lo sujetaban, le tiraban de un pie, le retorcían un brazo, después el otro y, por último, le ataban las manos con una cuerda tensa.

El grandullón que lo había inmovilizado gritó:

—¿Puede venir alguien a hacer el nudo?

El segundo agresor ocupó el lugar del primero.

—Pero ¿qué has hecho? ¡Esto es una lazada, un nudo para atar los zapatos!

—¿Qué pasa? ¡A mí no se me desatan nunca!

Sostuvieron a Tommaso en vilo y lo llevaron hasta una especie de sótano. Le dijeron que se sentara en el suelo.

Le salía sangre de la nariz. Tenía las mejillas magulladas y la camiseta manchada de algo oscuro.

No se veía nada.

Gritó.

Una serie de manos le taparon la boca.

—¡Cállate!

—¡No grites!

—¡Os había dicho que había que amordazarlo!

Tres pares de piernas corrieron a su alrededor. Alguien le puso un pañuelo delante de la boca y apretó.

Después, finalmente, encendieron la luz.

—¿Y bien? —dijo el Flint pequeño—. ¿Cómo te sientes ahora, eh?

—No te puede contestar —le recordó el Flint grande—. Acabamos de

amordazarlo.

—¡No quiero que me conteste! ¡Es una pregunta retórica, querido primo! Algo así como decir... «Te ha salido mal el juego».

—Sí —asintió el Flint mediano—. Le ha salido verdaderamente mal.

—Atado y amordazado como una longaniza —añadió el primo pequeño, con una sonrisa sardónica.

—¡Ahora ya no asustas a nadie con esa máscara de cuervo y esa capa negra! —remachó el más grande.

—¡Mgggt-MMM! —intentó protestar Tommaso.

—¿Qué has dicho? —preguntó el Flint mediano.

—Mmm-ggg-mmm... —intentó repetir el Flint grande.

—¡Calladitos, vosotros dos! Él no tiene que hablar —dijo el Flint pequeño—. Lo que tiene que hacer es, simplemente, limitarse a asentir. Asentir... —Agarró a Tommaso de la cabeza y la movió arriba y abajo—. O disentir... —Y la movió de derecha a izquierda.

El Flint mediano frunció el entrecejo.

—¿Dis-qué?

—*Disentir* —repitió el Flint pequeño—. Justo lo contrario de asentir.

—¡Perdona pero esa palabra no existe! —protestó el Flint grande.

—¿Cómo que no existe? ¡Si existe asentir, existe también el contrario!

—Podías haber dicho simplemente «no asentir».

—¡No se dice «no asentir»! ¡Se dice «disentir»! —dijo a voz en grito el Flint pequeño.

Tommaso empezó a gemir y a dar patadas frenéticamente para llamar su atención y hacerles entender que, a pesar de la cuestión léxica, él había entendido perfectamente la situación.

El Flint pequeño se tragó la bilis y empezó de nuevo:

—Vamos a las cosas importantes: ¿tú sabes quiénes somos?

Tommaso movió la cabeza de un lado a otro.

El Flint pequeño continuó:

—Somos los primos Flint. Y-Kilmore Cove es nuestro pueblo. «Nuestro», no de los Covenant o del pelo panocha o de sus amiguitos. Porque tú eres uno de sus amiguitos, ¿verdad?

Tommaso lo miró fijamente sin mover un músculo.

—¿VERDAD? —insistió el Flint pequeño.

Esta vez Tommaso asintió.

—Muy bien. Porque nosotros tenemos intención de chafaros vuestro maravilloso plan ¿sabes? Y mientras vamos a enseñar la barca del acantilado

a quien tú sabes, tú te vas a quedar aquí quietecito. ¿A que sí?

Tommaso asintió débilmente.

—¿Tú sabes quién es «quien tú sabes», verdad? —le preguntó el Flint pequeño.

Tommaso se lo pensó un poco y luego negó con la cabeza.

—Voitek —intervino el Flint grande—. Nonnich. O como se llame.

—El jefe. El del coche negro.

Entonces Tommaso afirmó con la cabeza.

—Finalmente empezamos a razonar —dijo satisfecho el Flint pequeño—.

¿Te imaginas lo que tenemos pensado hacer, verdad?

De nuevo Tommaso asintió, aunque no era cierto.

Luego los dos primos más grandes salieron del sótano.

¿Qué decir?

¿Cómo era posible?

Voynich no sabía responder a aquellos interrogantes, pero sí sabía que se estaba casi... divirtiendo.

Llevaba paseando por las calles de aquel pueblecito de piedra más de tres horas y aún no se había quitado de encima el buen humor con el que se había despertado.

Y más aún. Se había dado cuenta de que todo lo que había pensado sobre Kilmore Cove y sus habitantes no tenía el menor fundamento.

Buena parte de sus sospechas se habían evaporado.

«¿Pueblo imaginario? ¡Qué tontería!»

El pueblo estaba allí, a su alrededor, con sus casitas ladeadas y sus balcones desbordantes de flores.

Ah, y naturalmente su pastelería. ¿Cómo se llamaba...?

—Chubber... —le contestó el señor Black, tranquilo.

¡Eso, Chubber!

Un auténtico paraíso para el paladar. Con una infusión de ruibarbo tan exquisita que Voynich se había atrevido incluso a echarse una cucharadita de azúcar.

Total, no estaba en el club... No estaban allí ni Pires ni su hermana, que habrían podido darse cuenta. ¡Allí no lo conocía nadie!

Se sentía libre.

Libre de caminar y de contemplar lo que había a su alrededor.

Y de echarse azúcar en la infusión de ruibarbo.

También se había atrevido a charlar con la gente del lugar e incluso había preguntado el nombre de una señora amable y un poco despistada, que caminaba cargada con una gigantesca bolsa de la compra con verduras frescas, pescado recién pescado y pan recién hecho, seguida, como una sombra, de un ejército de gatos maullando.

«Es miss Biggles, señor Voynich.»

Voynich había estado a punto de ofrecerse a ayudarla para llevar la bolsa. Miss Biggles aparecía ante sus ojos como una montaña de afecto y bondad. ¿Qué pensaría cocinar con todas aquellas delicias? ¿Cuánto disfrutaría su marido con sus cuidados?

¡Pero en qué estaba pensando!

¿Bolsas de la compra? ¿Cocina? ¿Mujer? ¿Marido?

Y le gustaban sinceramente aquellas casitas asomadas al mar, con la cal carcomida por la sal.

¡Le gustaban, sí!

¿Y aquella vieja casa en la cima del acantilado?

Un sueño.

Un mobiliario y una decoración un tanto abigarrados y exagerados, eso sí, lo cual había dejado un poco perplejo a alguien que, como él, siempre había sido un maníaco del orden. Le había bastado echar una ojeada al cuarto de Jason para darse cuenta de que seguramente era una buena pieza.

Voynich y Jason Covenant se habían insultado un par de veces a través de las páginas de la libreta, pero había sido solo un malentendido, nada más.

Eso decía también el señor White.

Después habían ido al parque.

«Nosotros creemos, señor Voynich —le había explicado el señor Black—, que alguien ha usado el nombre del pobre Ulysses Moore después de haber estado en el pueblo. Pero está claro que es todo una invención, ¿entiende?»

«¡Oh, sí, por supuesto! ¡Entiendo, entiendo!», había exclamado Voynich, insólitamente comprensivo. Al fin y al cabo, en ese lugar también a él le habían entrado ganas de escribir algunas páginas más de su novela.

Más tarde la había visto con sus propios ojos: la tumba de los Moore. Los últimos dos miembros de la familia yacían sepultados allí y alguien les había llevado flores frescas.

«Era muy querido en el pueblo», le habían hecho notar.

«Claro, claro», había contestado él.

Y de todas formas estaban muertos.

La familia Moore se había extinguido.

El señor White se quedó en el mausoleo. Estaba rendido. Les había confesado que no podía más, que no tenía fuerzas para volver de nuevo al pueblo.

«Hasta pronto, entonces, señor White», se había despedido cordialmente Voynich.

«Hasta pronto, señor Voynich», había mascullado el señor White, saludando como el capitán de un barco.

«Un tipo extraño, ¿eh?», había comentado después Voynich, con el millonario de la barba negra, el señor Black.

«A quién se lo va usted a decir, señor Voynich... ¡Si usted supiera!»

Cuando Voynich y Black estaban cerca del mar, se les acercaron dos chicos con el pelo rizado, que intentaron llamar su atención por todos los medios.

—¡Señor! ¡Señor! —gritaron.

El jefe de los Incendiaros se quedó sorprendido. ¿Cómo podían saber quién era él?

Black Vulcano intentó alejarlos, pero fue inútil.

—¡En los pueblos los rumores vuelan! —comentó con voz alegre.

Y mientras tanto buscó a Tommaso con la mirada, preguntándose dónde se habría metido.

—¡Ah, qué majos! —exclamó Voynich, cuando entendió que los dos chicos lo que querían era enseñarle a toda costa su barca, quizá para invitarle a hacer una pequeña excursión por el mar...

Sonrió, amable, y respondió:

—¡La próxima vez, chicos, la próxima vez!

Y, dándose la vuelta, llegó hasta una posada de madera, con unas cuantas mesitas al sol.

—¿Y bien? —preguntó impaciente el Flint pequeño cuando sus dos primos volvieron a entrar en el sótano—. ¿Cómo ha ido?

Los dos tenían las caras largas y una expresión desconsolada.

—No lo entiendo, primo... —lloriqueó el Flint mediano—. No nos ha hecho ni caso.

—Pero ¿no le habéis enseñado la barca? —preguntó incrédulo el primo pequeño.

—Sí, pero... no parecía interesarle lo más mínimo.

—¿Cómo puede ser?

El pequeño delincuente miró confuso a Tommaso.

—Ayer dijeron claramente que...

—¡Lo sabemos, primo!

—¡Basta! —gritó frustrado el Flint pequeño—. Vamos a ver si nos aclaramos...

Se plantó delante de Tommaso y le espetó:

—Mira bien esto y contesta: ¿tú sabes qué es?

Con gran sorpresa, el chico veneciano vio que el Flint pequeño sacaba del bolsillo una llave con forma de ballena.

Por su expresión, los Flint entendieron claramente que Tommaso sabía de qué se trataba.

—Muy bien, muy bien... —continuó el Flint pequeño—. Porque no podemos permitirnos otra equivocación. Así que... ¡habla! ¿Qué es esto?

Tommaso gimió.

—Quitadle la mordaza.

Una vez libre, Tommaso aspiró una buena bocanada de aire y se recostó contra la pared. Le dolía el labio.

—Demonios —se lamentó. Empezaba a estar harto de que lo secuestraran continuamente.

—¿Y? —lo acució el Flint pequeño.

—Esa llave no es vuestra —protestó Tommaso—. ¡Tenéis que devolverla enseguida!

—¡Sabemos muy bien de quién es la llave! —replicó el Flint mediano—. ¡La he robado yo de la caja!

«¡Y nadie se ha dado cuenta!», pensó Tommaso, desconcertado.

—¿Qué dirá nuestro jefe cuando se la enseñemos? —insistió el Flint pequeño.

—Nada, supongo —respondió Tommaso.

—¿Nada?

—Es una simple llave.

—Y, entonces, ¿por qué es tan importante? —insistió el Flint pequeño—. Sabemos perfectamente que queréis esconderlas. ¿Por qué?

—¡La llave de la ballena es una llave y nada más! —repitió Jason.

—¿Lo ves? Ya sabía yo que tenía que haber cogido la del dragón...

—¡Es lo mismo! —gritó Tommaso, enfurecido—. ¡Son solo llaves!

Pero el Flint pequeño no se dejaba engañar tan fácilmente.

—Ah, ¿sí?

Buscó una rejilla de una alcantarilla en el sótano y, cuando encontró una, puso la llave encima:

—Este agujero acaba directamente en las alcantarillas. Y las alcantarillas en el mar. ¿Me estás diciendo que puedo tirar la llave por aquí... y que a ti no te importa un pito?

Tommaso empezó a sudar.

El Flint pequeño era capaz de hacerlo de verdad. Podía tirar por el agujero la llave de la ballena.

—N-no lo hagas —balbuceó.

—Entonces vale para algo...

—Tiene un valor afectivo. Nada más.

El Flint pequeño hizo ademán de tirarla.

—¡NO! —gritó Tommaso—. ¡Te lo cuento todo! ¡Pero prométeme que no la tiras!

El pequeño delincuente sonrió malignamente:

—Veo que empezamos a razonar.

—Empezamos —le hizo eco el Flint mediano.

Tommaso agachó la cabeza, desconsolado, y después de una nueva ración de amenazas y empujones, empezó a hablar.

—¿Que abre una puerta de la librería de Calypso? —dijo el Flint pequeño, sorprendido—. ¿Y qué tiene eso de extraño?

—¡Estás mintiendo! —dijo el Flint mediano.

—¡No, lo juro! —gimió Tommaso—. ¡Es verdad!

—Lo que tú quieras —decidió al final el Flint pequeño—. Es evidente que no quieres ayudarnos, así que ¿sabes lo que vamos a hacer?

—¿Sabes lo que vamos a hacer? —repitió el Flint mediano.

—Vamos a ir a ver a Calypso y preguntárselo directamente —anunció el pequeño con decisión. Después señaló a Tommaso y, dirigiéndose a los otros, dijo—: ¡Ponedle otra vez la mordaza y dejadlo aquí! Y daos prisa. Yo os espero arriba.

—¡Yo no voy a ver a Calypso! —protestó el Flint grande—. ¡Siempre me obliga a leer los libros del colegio!



Capítulo 27

De **VUELTA** a la **SUPERFICIE**

Cuando Anna abrió los ojos, se dio cuenta de que el globo se había quedado parado. Parpadeó varias veces porque a su alrededor la oscuridad era casi absoluta. Después sintió un dolor en el brazo.

¿Cuánto tiempo había pasado?

¿Dónde estaba?

Se despejó un poco.

Su primer pensamiento fue para Jason, Céfiro y lo que había pasado en las Salas del Terror. Volvió a pensar con un escalofrío de terror en la sombra informe que había surgido de la nada, aquel monstruo que los había atacado en cuanto había comprendido que podían acercarse.

En cuanto los había oído.

Pensó en el instante en el que Jason se había dejado caer.

Miró a su alrededor. Vio el cesto del globo y distinguió las dos piedras de la buena suerte de Jason y el extraño objeto cuadrado contra el que ella se había golpeado la cabeza.

Ayudándose con un pie, lo arrastró hacia sí. Era un bloque de metal del tamaño de una caja de zapatos, con un extraño agujero justo en el centro y un cierre resistente en el lado más largo. Estaba compuesto por dos mitades, pegadas una con otra.

Después dieron un tirón al globo.

Y Anna gritó.

—¿Anna?! —llamó una voz familiar—. ¿Anna, nos oyes?

La chica sacudió la cabeza, aturdida.

De nuevo alguien o algo dio un tirón al globo.

—Anna, ¿estás bien?

«Estoy soñando —pensó ella—. Estoy soñando con la voz de Jason.»
Jason había desaparecido en la oscuridad. En el polvo. Entre las garras de aquella criatura de sombra.

—A lo mejor se ha desmayado —dijo una segunda voz.

Anna se despejó un poco más.

Aquella voz...

¿Podía ser la voz de...

... Rick?

Se arrastró sobre un costado, sentía que la cabeza estaba a punto de estallarle. Rozó las dos piedras de la suerte.

El globo bajó algo más.

—Es pequeña pequeña... —observó una tercera voz—. ¡No cabemos todos!

—Somos cinco. No doscientos —dijo otra voz distinta—. El dorado está herido. Y no se mueve de aquí.

El globo bajó más.

Y más.

Después asomaron dos manos por el borde de la cesta.

Y la cara de Jason.

—¿Anna? ¿Estás bien?

Ella lo vio, envuelto en la oscuridad y en una luz difusa. Quizá le sonreía.

—Tú estás muerto —le respondió—. Te he visto.

Él dijo otra cosa, pero Anna no lo oyó.

—¿Dónde estamos? —preguntó confusa, mucho más tarde.

—¡Está volviendo en sí! —exclamó Jason, en cuclillas junto a ella.

Anna abrió los ojos, aún atontada.

Estaba todo oscuro.

Había muchas personas.

Y Jason.

Con un brazo en cabestrillo.

—Ey —le dijo.

—Tú...

—¡Chissst! Te has dado un golpe en la cabeza.

—¿Y tu brazo?

—No es nada —respondió Jason.

Entonces Rick también se puso en cuclillas a su lado.

—Hola, Anna. Bienvenida.

Anna no entendía nada. ¿Cómo podía estar allí Rick?

¿Y los otros dos? ¿Quiénes eran?

—Rick y los hermanos Tijeras han llegado justo a tiempo —le explicó Jason, al verla desorientada—. Y han echado de aquí a esa... cosa. Cuando ha visto las llamas y los fuegos artificiales ha desaparecido en la oscuridad.

—Pero...

—Por suerte el globo se ha quedado encajado en el agujero del tejado y hemos conseguido bajarlo —concluyó el chico.

—¿Y Céfireo? —susurró Anna, preocupada.

—Es el que se ha llevado la peor parte —admitió Jason—. Lo hemos llevado con los otros habitantes del Laberinto. Se ha quedado con ellos.

Anna intentó mirar a su alrededor. Veía la cara de Jason y la de Rick y la de los otros dos hombres que los habían estado siguiendo.

—Lo siento —fue lo primero que dijo el de rizos, bastante abochornado.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó ella, confusa.

Se dejó ayudar para sentarse y recostarse contra la cesta de mimbre.

—No haberos creído antes —terció el rubio.

—No podíamos imaginar... todo esto.

—No podíamos imaginar... y basta.

Con la ayuda de Jason y Rick, Anna se puso de pie.

Miró hacia fuera.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Su voz resonó en la nada que los rodeaba.

El haz de luz de la linterna de Rick alumbró las lejanas aristas de piedra.

—No lo sabemos —admitió Jason—. Pero estamos subiendo.

Estaban todos exhaustos.

Establecieron los turnos. Y mientras el pequeño globo aerostático subía hacia lo alto, se sumieron en el sueño.

Los despertó el hermano de rizos al cabo de un número impreciso de horas.

—Nos hemos parado —dijo.

Se levantaron todos, haciendo oscilar la cesta de mimbre.

El de rizos tenía razón: el globo se había parado.

—¿Qué hora será? —preguntó Rick, aún medio dormido.

—Es la una —respondió Anna, controlando las manecillas del cronógrafo obra de Peter Dedalus. El único que no se había parado.

Jason se asomó para examinar el globo que se había quedado parado. No conseguía ver prácticamente nada, salvo las cuerdas que lo sujetaban a la cesta.

Rick se asomó por el lado opuesto, iluminando la oscuridad con la luz de su linterna. Alumbró el globo y, justo después, algunas paredes de piedra.

Los dos hermanos hicieron oscilar ligeramente el globo para ver si así se movía. Pero no se movió.

—No lo entiendo... —dijo Jason, moviendo la cabeza—. No parece que hayamos chocado contra ninguna roca.

—Conozco este lugar... —murmuró Rick.

Y, al decirlo, iluminó con la linterna la arcada de un puente. El globo se había quedado parado justo debajo.

—¡Tenemos que mover el globo! —exclamó.

Después se puso la linterna entre los dientes, agarró dos de las cuerdas más resistentes que rodeaban el globo y tiró de ellas con fuerza. Los dos Incendiarrios lo ayudaron y, tras el tirón, el globo se movió unos centímetros.

—¡Todos a la vez! ¡Vamos! —los animó Rick.

—¡Coge esta cuerda!

—Cuando diga tres, ¡tirad! A la de una, a la de dos... ¡y a la de tres!

Esta vez el pequeño globo se deslizó hasta el borde de la arcada del puente.

—¡Otra vez! —insistió Rick—. A la de una, a la de dos... ¡y a la de tres!

Y por fin el globo se liberó del todo y siguió subiendo.

—¡Rápido! —exclamó Rick, recuperando la amarra, mientras el globo pasaba a lo largo de la parte lateral del puente—. ¡Lo sabía! —exclamó un momento después.

—¿Sabías qué? —le preguntó Anna.

—¡Que estamos debajo de Villa Argo! —afirmó exultante el chico pelirrojo.

Ahora podían ver el puente entero: era largo y estrecho, arqueado en la parte central, y tenía un aire espectral. Algunas farolas apagadas se alternaban con estatuas de animales: un mono, un enorme dragón, una ballena con la aleta levantada. Una rana, un gato con el morro afilado, un caballo. La bola de púas de un erizo. Un león sentado como una esfinge, un mamut de colmillos curvos. Y un pájaro y un amenazador caimán. O, mejor, ¡una bisbita y un aligátor!

La cesta se inclinó hacia delante.

—¿Rick?

Pero el chico pelirrojo había bajado del globo de un salto.

Amarró rápidamente el globo a la base de una estatua y después alzó los brazos al cielo, feliz.

—¡Estamos en casa!



Capítulo 28

La POSADA de la PLAYA

La posada se llamaba Windy-Inn.

En las mesas había un solo cliente, que estaba bebiendo un refresco, tranquilo. A pocos pasos de allí, la playa y el mar resplandeciente.

Black Vulcano, Voynich y el señor Bloom, alias señor Bolton, estaban de pie en el patio.

—¿Qué os parece si concluimos la visita con una buena comida? —preguntó el señor Bloom—. Y así aprovechamos para hablar un poco del museo...

«Ah, sí, el proyecto del museo», recordó Voynich.

Y al hacerlo vio una vitrina con los cuatro cuadernos y una placa blanca:

DONACIÓN DE MARIUS VOYNICH

«Donación». Una palabra insólita para su vocabulario cotidiano, pero aquel día ya era la segunda vez que se le pasaba por la cabeza. El Día Después. Después de Viviana.

La primera, triunfal jornada de su nueva vida.

—¡Ah! —exclamó, prosiguiendo su monólogo interior—. ¡Si hubiera sabido antes que era tan fácil!

—¿Cómo dice?

Se sentaron a comer en la posada. Black, Bolton y él.

—Oh, nada, nada. Estaba pensando en voz alta —respondió Voynich—. Cosas personales. Un gran peso que me he quitado de encima.

Pidieron pescado al horno para dos y una infusión de ruibarbo.

—¡No, mejor no! ¡Perdone! —corrigió Voynich—. ¡Pescado también para mí! ¡Con patatas!

Y, mientras esperaban a que les sirvieran la comida, volvió a pensar en los días anteriores, las llamadas de Eco y los hermanos Tijeras, todas las sospechas que habían despertado en él sus informes, las mil y una relaciones que había imaginado entre la Casa de los Garabatos, Morice Moreau, los Moore y aquel inocuo pueblecito.

—Volviendo a la libreta, señor Voynich... —El señor Bolton carraspeó para aclararse la voz—. Que para ser más precisos deberíamos llamar «cuaderno de viaje».

Voynich asintió. ¿Sabía este alegre señor Bolton cuántos años le había perseguido y obsesionado aquel cuaderno? ¿Cuántas noches en blanco había pasado en el desesperado intento de explicar su existencia? ¿Y cómo, luego, con extrema simplicidad, una pequeña rebelión le había devuelto la justa perspectiva de las cosas? O sea, que la libreta era un objeto tan especial... que merecía estar en un museo... Decidió atreverse a hacer una confesión.

—Ese «cuaderno de viaje» casi me estaba volviendo loco —confesó—. Y para intentar entender algo, llegué incluso a comprar la Casa de los Garabatos de Venecia mediante un fondo inmobiliario... y a contratar una empresa para restaurarla.

—¿De verdad? —preguntó el señor Bolton, mientras daba un imperceptible respingo.

—Lo único conocido de ese tal Morice Moreau era su palacio en ruinas en Venecia. Un lugar maldito, dicen. Parece que fue incendiado a mitad del siglo pasado...

—No por su club, espero... —bromeó el señor Black, lanzándole una indirecta como quien no quiere la cosa.

—Oh, nosotros no existíamos todavía, oficialmente —respondió con el mismo tono Voynich. Una pequeña señal de alarma resonó en su cabeza—. En realidad, he tenido suerte porque la restauradora me ha cobrado un precio verdaderamente tirado. ¡La mitad de lo que pensaba gastarme!

—¡Qué suerte...! —masculló el señor Bolton, anotando mentalmente la cuestión para hablar de ella con su mujer.

—Pensaba que en esa casa habría encontrado la solución. Un intento desesperado de aferrar algo que era inaferrable. Y que, ironías de la suerte, solo ha servido para complicar las cosas más todavía...

—Porque justo durante las obras ha aparecido otra copia de la libreta —concluyó por él el señor Bolton—. Y la ha encontrado mi hi... quiero decir...

la chica.

—Anna Bloom. Exacto.

—Pero volvamos a la libreta y a nuestro museo —intervino el señor Black, antes de que el asunto llegara a ser peligroso—. Nos ha dicho ya que la idea le parece bien. Y me parece dispuesto a... donar su copia.

Voynich vio una nueva placa:

POR CORTÉS DONACIÓN DE MARIUS VOYNICH, LONDRES

E imaginó que los visitantes leían su nombre. Casi le pareció sentirlos mientras se preguntaban: «¿Quién será este Marius Voynich? ¿Quién será este importante personaje?». Marius Voynich. No Viviana. Sonrió.

El pescado estaba buenísimo. En su punto.

Y las patatas calentitas y crujientes.

—Y ahora —farfulló el señor Black—, sé que no es muy elegante hablar de dinero delante de una comida tan apetitosa como esta, pero si pudiéramos llegar a un acuerdo sobre el precio...

—¿Precio? —se sobresaltó Voynich.

—Sí... De su libreta.

En la mente de Voynich, la placa «POR CORTÉS DONACIÓN DE» se transformó de repente en una mucho menos edificante «TRABAJOSAMENTE COMPRADO POR», y toda la escena de aquella historia del museo cambió radicalmente.

—¡Oh, no! —exclamó sacudiendo vigorosamente la cabeza—. Ni hablar.

—Tenga en cuenta que estamos dispuestos a invertir una cierta suma con tal de... —«Librarnos de ti», habría querido decir Black Vulcano.

—No es una cuestión de precio —respondió Voynich, contrariado—. La libreta no la vendo y punto.

Los dos hombres se miraron, preocupados.

—Yo, en realidad, pensaba regalársela —añadió entonces, con una sonrisa.

El señor Black y el señor Bolton se relajaron de golpe.

—¡Oh, pero... pero... eso es un gesto realmente generoso, señor Voynich! —dijeron casi al unísono.

—¡En cuanto el museo esté listo, naturalmente! —concluyó él, volviendo a enfriar los ánimos de Black y el señor Bloom.

Siguieron unos minutos de tensión, en los que el señor Bolton y el señor Black se fueron turnando para intentar convencer a Voynich de que dejara la libreta en el pueblo *antes* de la inauguración del museo, haciendo especial hincapié en que sería una buena ocasión para volver a verse.

Y en un determinado momento, justo en el culmen de la discusión...

—Perdonen —dijo el hombre que hasta ese momento había estado bebiendo un refresco en la mesa de al lado completamente solo—. Buenos días a todos. Hola, Black. Perdonen si me entremeto, pero... me llamo Bowen. Doctor Bowen.

Black Vulcano lo saludó rápidamente con la mano. Después buscó a Tommaso con la mirada. ¿Dónde se habría metido? ¿Por qué no estaba allí para mantener alejado al doctor Bowen?

—He escuchado sin querer unas palabras de su conversación... —continuó el doctor Bowen—. Y cuando he oído su nombre, señor, me he preguntado: «¿Voynich? ¿Será él? ¡Con un apellido así tiene que ser él!».

Marius Voynich se puso rígido de repente en el borde de la silla. ¿Aquel hombre lo conocía? ¿Se había aprendido de memoria su nombre y quería saludarlo como se hace con las personas famosas?

¡Cuánto le gustaba aquel encantador pueblecito de pescadores!

—Por eso he decidido acercarme —prosiguió cordialmente el doctor Bowen—. Soy un buen amigo de Viviana Voynich. La doctora. Y me he preguntado: «¿No será por casualidad pariente suyo?».



Capítulo 29

LIBROS SALVADOS *del* MAR

Una vez solo, Tommaso empezó a retorcerse como un loco intentando soltarse. De una forma u otra logró ponerse de pie y, como aquellos tres listillos de los Flint no habían pensado en atarle también las piernas, echó a correr.

Abrió la puerta con dos patadas, subió las escaleras y salió a la calle. Siguió corriendo, intentando orientarse. En un momento dado, le pareció que la calle que acababa de cruzar era Humming Bird Large. Y si lo que se veía desde el otro lado era el campanario de la iglesia del padre Phoenix, entonces la librería de Calypso estaba al otro lado del pueblo.

Echó a correr de nuevo, sin pensar. Se encontró en la playa, dio la vuelta atrás rápidamente y tomó una callejuela que iba hacia las casas de piedra del interior.

Resultaba agotador intentar respirar con la mordaza en la boca, pero tenía que resistir.

Siguió corriendo, sin importarle las miradas que le lanzaban los que pasaban, y llegó a la plaza con la fuente a la que se asomaban la oficina de Correos, a un lado, y la pequeña librería de Kilmore Cove, al otro. El cartel de la puerta de la tienda decía:

CALYPSO
BUENOS LIBROS SALVADOS DEL MAR

Entró corriendo. La campanilla que estaba encima de la puerta hizo tilín desesperada.

Tommy miró a su alrededor: en un rincón había varias pilas de libros recién llegados. Por algún extraño motivo se le quedó grabada la portada

blanca y dorada de un volumen titulado *El pueblo de Tarkaan*. Pero no era ese el libro que había ido a buscar.

Una chica sencilla, sin maquillaje, se asomó desde detrás de una enorme pila. Lo miró, vio la mordaza y la camiseta manchada de sangre y gritó.

Él habría querido poner las manos por delante para decirle que no gritara, pero las seguía llevando atadas detrás de la espalda.

—¡MMMGHGGGH! —gimió, esperando que fuera suficiente. Por un instante, un larguísimo instante, esperó haber llegado a tiempo. Pensó que los primos Flint no habrían tenido el valor suficiente de entrar en la librería, o que se habrían quedado discutiendo en cualquier calle de no se sabe qué nueva estrategia criminal.

La chica que sustituía a Calypso no paraba de gritar. Retrocedió hacia atrás, como buscando un teléfono.

Él dio medio paso adelante, y entonces vio cómo la cortina que había detrás de la caja se hinchaba y se levantaba.

De detrás salió el Flint pequeño, con el rostro radiante como el de un niño el último día de colegio.

—Bueno, bueno, bueno... ¡qué sorpresa! —exclamó.

Tommaso no se lo pensó dos veces y cargó contra él de cabeza.

Chocaron contra algunos libros apilados y los echaron por el suelo bajo la mirada aterrorizada de Cindy.

—¡Chicos! ¡Quietos! ¡Quietos!

El Flint pequeño se volvió a poner de pie enseguida y se alejó de un salto. En la pelea a Tommaso se le había caído la mordaza.

—¡No uses esa llave! —gritó el chico que había venido de Venecia.

—¿Por qué no?

Desde detrás de la cortina salió un ruido extraño.

Un «clac» que le puso la carne de gallina a Tommaso.

—¡Esta llave no funciona! —se lamentó el Flint grande con su habitual voz pasmada.

—¡Tienes que meterla al contrario, primo! —le dijo en tono recriminatorio.

Tommaso tuvo la lucidez suficiente para distinguir un par de tijeras en el pupitre. Se lanzó hacia atrás para cogerlas con las manos y las usó para cortar las cuerdas de las muñecas.

—¡Quietos! —gritó mientras tanto—. ¡Puede ser peligroso!

—¡Para ti, a lo mejor! —dijo burlón el Flint pequeño, mientras retrocedía.

—¡Ahora ya vale! Dejadlo ya o...

Cindy avanzó con aire amenazador, blandiendo un voluminoso libro por encima de su cabeza.

La llave de la puerta que estaba detrás de la cortina giró con un segundo «clac».

—Demasiado tarde, guapa —susurró el Flint pequeño.

Se oyó un gemido.

Un largo gemido.

Después un rechinar.

Y entonces el Flint grande exclamó, desilusionado:

—¡Aquí dentro no hay nada!

Y el otro gritó:

—¡Oh, demonios! ¿Qué es eso? —Y al cabo de un instante una inmensa onda los arrastró a todos.

En la posada del mar, Marius Voynich no había hablado todavía.

Le había parecido ver, distraídamente, a un chico atado y amordazado metiéndose a todo correr por un callejón que acababa en el paseo marítimo. Pero no había sido eso lo que le había dejado sin palabras.

Había sido aquel doctor mofletudo, que todavía sonreía de pie cerca de su mesa.

Un queridísimo amigo de Viviana Voynich.

Su condena.

Haciendo equilibrios al borde de la silla, el jefe de los Incendiaros permanecía mudo e inmóvil como una estatua de sal. La aparición del doctor Bowen había sido como un jarro de agua fría.

—¿He dicho algo que no debía? —preguntó preocupado el doctor Bowen cuando se dio cuenta de que aquella situación estaba durando más de lo normal.

—Ejem, Bowen... —intervino Black Vulcano al tiempo que se levantaba para acompañarlo a la mesa—. No sé qué es lo que ha sido exactamente, pero yo diría que... sí, sin duda. ¿Te importaría?

—¡Solo le he preguntado si conocía a Viviana Voynich! —protestó el doctor Bowen.

—Y al parecer él no quiere saber nada de esa tal Viviana Voynich. A lo mejor es su ex mujer que le persigue con un ejército de abogados. ¿Quién puede saberlo?

El doctor Bowen se soliviantó.

—He entendido, he entendido. ¡Pero no hace falta que me empujes de ese modo!

—Perdona. No quería —admitió Black Vulcano, quien efectivamente había sido mucho más rudo de lo necesario.

—Nada de eso. Sí que querías. Querías ridiculizarme delante de tu amigo. Black Vulcano lo miró atónito.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—¿Cuándo dejarás de atormentarme?

En las palabras del doctor se traslucía un rencor que no tenía nada que ver con ese incidente. Bowen soltó una risita nerviosa.

—No te preocupes, me voy. No te molesto más.

Metió una mano temblorosa en un bolsillo del traje al azar y sacó el resguardo de un billete de avión doblado y una libra esterlina, que lanzó encima de la mesa para pagar el refresco.

—Deja, deja. Pago yo... —dijo Black, intentando remediar la situación.

—¡Ni hablar! ¡Faltaría más! —protestó el doctor—. ¿Sabes una cosa, Black? Podías haberte quedado donde estabas. ¿Qué necesidad tenías de volver a Kilmore Cove? ¡Estábamos muy bien sin ti!

Y después de aquella última frase, dijo adiós con la mano al señor Bloom y a Voynich y se fue.

Black lo miró alejarse y sacudió la cabeza, contrariado por aquella absurda discusión.

No era culpa de nadie, pero ciertas cosas, con los años, empeoraban. Y su relación con el doctor Bowen era una de esas cosas.

Recogió mecánicamente los papeles y la moneda que el doctor había dejado encima de la mesa y se dio la vuelta.

Los pájaros habían enmudecido.

Todos a la vez.

Todos de repente.

Black Vulcano miró primero el mar. Después las casas.

Reinaba un silencio sepulcral.

—Siento muchísimo lo que ha pasado, señor Voynich —estaba diciendo en ese momento el señor Bloom.

—No tiene por qué disculparse. Usted no ha tenido ninguna culpa. Sin embargo... es curioso...

—¿Qué?

—Hasta hace solo unos minutos estaba convencido de que una serie de coincidencias más o menos fortuitas me habían traído hasta aquí por una razón importante...

El señor Bloom decidió que lo mejor era quedarse callado.

—La imaginación es nuestra facultad más insidiosa, señor Bolton. —Su voz dejaba entrever una desilusión profunda. Una amargura inconmensurable. Se mordió los labios un par de veces antes de continuar.

—Hoy había imaginado que sería un día distinto. Lo había imaginado con todas mis fuerzas. Tenía ganas de escribir, estaba bien. Soplaban una reconfortante brisa marina, que me había hecho... sentir orondo como un pavo. ¿Entiende lo que quiero decir?

—El día no ha acabado aún, señor Voynich...

—Pero se me ha agotado la imaginación. Ese conocido suyo de antes ha hecho que vuelva a poner los pies en el suelo. Me ha recordado con precisión quién soy y lo que estaré condenado a ser siempre. El hermano de mi hermana. Y, por supuesto, él no tiene la culpa de todo esto, pero...

Los pasos apresurados de Black Vulcano interrumpieron la frase de Voynich.

—¿Habéis oído? —preguntó el ex ferroviario, nervioso—. ¿Vosotros también oís ese silencio tan innatural?

Los dos hombres prestaron atención primero al silencio al que se refería Black, después a un estruendo lejano, como el de las hélices de un helicóptero.

—Yo, sobre todo... —empezó a decir Voynich.

Un momento después se pusieron los tres en pie de un salto.

De repente, la calle principal del pueblo vomitó un río impetuoso de agua que arrastraba consigo macetas, bancos, coches y peatones. En pocos segundos las aguas también arrastraron el Bentley negro hacia el mar. Luego la gigantesca ola se alzó contra la acera y se precipitó en el puerto.

—¡Huyamos! —gritó Voynich cuando vio abalanzarse sobre ellos aquella montaña de agua—. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Rápido!

Ni el señor Bloom ni Black Vulcano se lo hicieron repetir dos veces.



Capítulo 30

PALABRAS *del* PASADO

A la una en punto, Nestor oyó los primeros gritos.

Gritos lejanos, rítmicos. Parecían gritos de ayuda.

Se quedó parado en mitad del sendero. Los tallos de hierba oscilaban tranquilos y unas nubes de insectos zumbaban entre las flores. En el cielo las nubes tenían halos dorados y se movían veloces, desde el mar hasta la tierra firme. No había una sola embarcación en la llana planicie del océano.

Los gritos se acallaron de repente y después volvieron a empezar, como si la persona o las personas que pedían socorro se hubieran detenido para tomar aliento.

Procedían del mausoleo de la familia.

Volvió sobre sus pasos, sombrío y preocupado. Extrajo del bolsillo de los pantalones de pana su manojó de llaves y abrió la puerta de entrada que conducía a la última morada de su familia.

Y los gritos se fueron haciendo más claros.

—¡Eh! ¿Nos oye alguien? ¡Ayuda!

—¡Sacadnos de aquí!

Pero esas eran las voces de...

¡Rick!

¡Jason!

No respondió, convencido de que, de todas formas, habría llegado él antes que la voz. Bajó cojeando las escaleras y enfiló el pasillo de los sepulcros. Pasó por delante de su sepultura vacía y de la sepultura de su mujer, repleta de las flores frescas que él le llevaba cada día.

Como ahora ya sabía, los gritos de los chicos provenían del fondo del pasillo que unía el mausoleo de los Moore con los subterráneos de Villa Argo.

Nestor llegó a la verja con el corazón latiéndole atropelladamente. Encendió las luces y la oscuridad quedó invadida por un tenue esplendor

sepulcral.

Y después los vio.

Eran cinco. Estaban agarrados a los barrotes de la verja que dividía las tumbas del puente de los animales.

Jason, Rick, Anna.

Y...

—¡NESTOR! —gritó el primo en cuanto lo vio salir cojeando de la oscuridad—. ¡NESTOR! ¡MENOS MAL! ¡Estaba seguro de que nos habríais oído!

Nestor todavía no había sido capaz de hacerles una pregunta con sentido. Con las llaves en la mano, llegó hasta la vega antes de decidirse a esbozar una tímida sonrisa.

—Pero ¿se puede saber qué estáis haciendo ahí dentro? —aulló, arisco como siempre.

—¡Por favor! ¡Date prisa! ¡Ábrenos! —suplicaron los chicos.

—Un momento, un momento... Pero... ¿y estos señores?

Demasiadas preguntas. Todas de golpe.

Sintió que las manos de Jason y de Anna le tocaban la cabeza y los hombros, que desde el otro lado de la verja intentaban acariciarlo. Se apartó instintivamente. Después forcejeó con la cerradura.

—Ahora os abro, ahora os abro. Pero me tenéis que explicar todo enseguida.

Solo por una media hora escasa no habían coincidido con la visita de Malarius Voynich al mausoleo. Habría resultado verdaderamente violento intentar inventar una disculpa para explicar también aquello...

El ojo del jardinero reparó en los trajes desgarrados de los dos hombres.

—Estos son los hermanos Tijeras, Nestor —le explicó Jason.

—Dos Incendiarios —puntualizó Rick.

—Sí, pero estamos arrepentidos... —añadió el de rizos en tono implorante.

—¡Más que arrepentidos! —corroboró con fuerza el rubio.

Nestor vaciló.

—Déjales salir —le rogó Jason—. Me han salvado la vida.

—¿La vida?

La verja gimió sobre sus goznes y, en cuanto se abrió apenas lo suficiente para dejarles pasadlos chicos se deslizaron fuera y lo abrazaron.

—¡Nestor! ¡Si supieras lo contentos que estamos de verte!

—¡Estamos en casa! ¡Estamos en casa!

Para él, siempre tan comedido y poco dado a las efusiones, aquel abrazo supuso un auténtico choque. No le abrazaba nadie desde hacía años. Por lo menos desde que Penelope se había caído por el acantilado. Se sentía como un abuelo rodeado de sus nietos. Y eso no le gustó ni un pelo, porque le recordaba lo viejo que era... Un viejo gruñón y cansado.

Solo había experimentado una sensación como aquella una vez en su vida. Cuando decidió vender Villa Argo.

Se pusieron en marcha.

—Entonces... ¿os decidís a contarme cómo habéis llegado hasta aquí?

Ellos se miraron, alegres, sin saber por dónde empezar.

—Es mérito de Julia —empezó a decir Rick—. Ha sido ella quien me ha convencido de que Jason estaba en peligro.

—Y así, por fin, hemos conseguido que cruzara la puerta de marfil y se adentrara en el Laberinto... —añadió Jason, haciéndole un guiño a su amigo.

—Y ha llegado justo a tiempo —subrayó Anna.

—Ha sido una batalla realmente «escenográfica» —apostilló el de rizos.

—A pesar de que a la primera llamada el monstruo ha puesto pies en polvorosa... —concluyó el rubio, haciendo girar el paraguas.

—¿Y luego? ¿Cómo habéis conseguido llegar hasta aquí abajo? —preguntó una vez más Nestor, un momento antes de ver el pequeño globo iluminado por la luz difusa de las farolas redondas.

Dio un brinco.

—Ese globo... Lo recuerdo.

—Es de Peter —explicó Jason—. Lo hemos encontrado allí abajo.

—¿«Abajo»...?

—En el fondo del precipicio.

Nestor sacudió la cabeza.

—Este precipicio no tiene fondo.

—Sí, sí lo tiene: es el Laberinto —replicó Anna—. El Laberinto se encuentra por debajo de todos los lugares imaginarios y los conecta entre sí. Las puertas...

Pero el hombre no la estaba escuchando.

—Y sin embargo nosotros bajamos por aquí... Pero no había fondo. No había ningún fondo.

Los chicos se miraron.

—Necesito tomar una bocanada de aire —dijo Jason con voz desabrida.

Una vez fuera, se tumbaron en la hierba.

Los cinco iban llenos de barro, tenían la preocupación dibujada en el semblante y profundas ojeras. Y había algo terriblemente adulto en la mirada de los chicos.

Algo que no existía cuando se habían marchado.

Nestor miró distraído al extraño grupo y estuvo a punto de preguntar qué pensaban hacer, pero Jason se le adelantó. Se lo llevó aparte, donde los dos Incendiaros no podían verlos, y le enseñó la caja de metal contra la cual se había golpeado Anna, desmayándose.

Estaba formada por dos bloques de hierro perfectamente pegados uno con otro. Jason la abrió: en el centro había unas incisiones labradas, y un pequeño surco unía el interior con el exterior.

Era un molde para metales.

—¿Dónde lo habéis encontrado? —consiguió preguntar Nestor.

En realidad tenía la impresión de conocer ya la respuesta.

—Pertenece a los constructores de puertas —respondió Jason—. ¿Reconoces esta llave?

—Hay tres tortugas —murmuró el viejo jardinero.

—Exacto, Nestor. Y este es el molde con el que se fabricó la Primera Llave. Y la correspondiente cerradura.

—¿Y cómo lo habéis encontrado?

—No lo hemos encontrado nosotros —respondió Jason—. Nosotros solo hemos encontrado lo que quedaba del taller. Pero lo han destruido prácticamente todo...

—¿Quiénes?

—Los que pensaban que las puertas habrían condenado los lugares imaginarios a una irremediable extinción: los habitantes de Atlántida, por ejemplo.

Nestor sonrió tristemente. Volvió a pensar en la vez en que Leonard había resultado herido y murmuró:

—No es que a ellos les haya ido mucho mejor... Pero este molde... si no lo habéis encontrado vosotros ¿quién lo ha encontrado?

—Penelope —dijo Jason con un hilo de voz.

Nestor miró al joven Covenant como sacudido por una descarga eléctrica.

—Fue ella la primera que bajó al Laberinto... —continuó explicando Jason—. Pero cuando llegamos nosotros, ya se había ido de allí. O por lo menos eso creo.

Rebuscó en su mochila y sacó un sobre.

—Te ha dejado esto —susurró, entregándoselo a Ulysses Moore.

Después, de repente, todos los animales del parque enmudecieron.

Los pájaros dejaron de cantar.

Las criaturas del bosque se quedaron inmóviles.

Cayó un silencio de ultratumba.

Un silencio absoluto.

Que los impulsó a volverse hacia la bahía de Kilmore Cove.

El silencio duró apenas unos segundos y fue seguido inmediatamente después por un tremendo estruendo.

Y luego gritos, cláxones de coches, alarmas.

Los dos Incendiaros se pusieron de pie como impulsados por un resorte.

—¡Nosotros no hemos sido! —gritaron, alzando los brazos al cielo como para rendirse.

Rick se llevó las manos a la cabeza, incapaz de hablar.

Un momento después echaron todos a correr.

Todos excepto Nestor, que se quedó inmóvil, con el sobre que le había dado Jason en la mano, como si nada de lo que pasaba a su alrededor le afectara.

Tenía entre las manos la última carta de su mujer.

Respiró profundamente y empezó a leer.

Querido Ulysses:

Si estás leyendo estas líneas, quiere decir que las cosas no han salido como yo había planeado. Así que te debo algunas explicaciones. Espero que sabrás perdonarme si no son tan claras como a ti te gustan. Y si mis sospechas se revelan completamente infundadas.

Empiezo por estas últimas, por simplicidad.

Siempre he creído que en el grupo del Gran Verano había una nota desafinada, algo que no encajaba. Un fallo que, por mucho que me esforzara, no conseguía descubrir. Era como si alguno de nosotros, alguien muy cercano, se comportara de una forma y en realidad fuera de otra. Y no pienso en Peter, que quede claro, ni en su torpe intento de ocultarnos que se había enamorado de la persona equivocada y había cometido, por amor, el más banal de los errores.

No estoy hablando tampoco de un «traidor»: esta palabra es excesiva y abre escenarios en los cuales no quiero ni siquiera empezar a adentrarme.

Estoy hablando de alguien que, por decirlo de alguna forma, no se encontraba perfectamente en línea con tu proyecto. Alguien que remaba en dirección contraria, que en realidad no quería llegar a descubrir el secreto de las puertas. Sí, esta es la mejor definición.

Y como esta sospecha solo podía deberse a la absurda obsesión de una mujer aprensiva, en lugar de hablarte de ello, decidí guardármelo para mí y no contarte nada.

¿Por qué he empezado a sospechar de alguien del grupo? Piénsalo bien: ninguno podrá hacerme cambiar de idea respecto al hecho de que el accidente de Leonard fuera, en realidad, una trampa.

Una trampa para todos nosotros.

Para quitarnos de en medio.

Así que empecé a actuar por mi cuenta. Le dije a Peter que yo me ocuparía de aquel pequeño globo que había proyectado para las grutas. Y antes de marcharme, le pedí al padre Phoenix que me

confesara. Ninguno de ellos estaba al corriente de mis planes, atención. Y si no han contado nada es solo porque he ocultado la verdad para que no se te ocurriera seguirme. Prefería que tú me creyeras muerta en un accidente antes que por una insensata decisión mía.

Quería caer por el acantilado. No *del* acantilado, amor mío. Sino en las profundidades de nuestro acantilado.

Sí. Los dos sabíamos que el misterio de las Puertas del Tiempo estaba bien escondido *bajo* el pueblo en el que habíamos elegido vivir.

Y la curiosidad, Ulysses, me estaba devorando. ¿Qué era lo que se ocultaba... en las profundidades más ignotas? ¿En esas profundidades hasta las que nosotros no habíamos nunca osado bajar?

Así que decidí intentarlo.

He pasado unas horas terribles en la oscuridad. Creo que me he quedado dormida mientras seguía bajando. Temía que me faltara el aire, que el calor y el frío llegaran a ser insoportables y, sin embargo, no. Al final, he llegado. Todavía no sé con precisión adónde, porque en cuanto toqué tierra, a mi alrededor solo había escombros y salas abandonadas.

Después he encontrado a unas cuantas personas y he descubierto el nombre de este lugar: el Laberinto. Creo que es el laberinto más antiguo que haya sido construido.

Son todos muy amables. Y, como los habitantes de Kilmore Cove y de todos los demás lugares a los que hemos ido, por alguna extraña razón ignoran que viven en un lugar cerrado y limitado, cuyas fronteras son por un lado el mundo real y, por el otro, la oscuridad de los mundos olvidados. Sé que estas palabras te parecerán absurdas, pero pienso que forma parte de la esencia misma de los seres humanos limitarse a vivir en la estrecha porción de mundo en el que han nacido. Porque no serían capaces de soportar más. Cada uno de nosotros, creo, antes o después se hace a la idea de que hay un número limitado de cosas que puede comprender. Y finge que esa porción es el todo, porque esa es la única forma de poder vivir una vida serena, sin que impere la sombra de la duda.

Así que, aquí estoy.

Te escribo desde el corazón mismo del Laberinto, desde la sala donde he descubierto que se reúnen periódicamente los representantes de los diversos lugares imaginarios para tomar decisiones sobre su propia supervivencia. Me han puesto al corriente de antiguas batallas y venganzas entre quienes, precisamente en estas salas, construían las Puertas del Tiempo y quienes, sin embargo, se oponían e intentaban impedir su construcción.

Te dejo esta carta porque no sé si podré volver alguna vez a Villa Argo y contarte en persona lo que he descubierto. ¡Aunque, créeme amor mío, me gustaría mucho estar equivocada!

Y, además, porque así, cuando un día tú también bajes aquí, conmigo o sin mí, existirá una prueba concreta del hecho de que, por una vez, ¡yo he llegado antes que tú!

Te quiero, viejo gruñón.

En este momento no consigo imaginar nada que desee más que poder volver a abrazarte de nuevo.

Siempre tuya,
Penelope Moore

En el parque de Villa Argo la señora Covenant estaba de pie al borde del acantilado, con una ensaladera en la mano. Al principio, había pensado en la explosión de una tubería del gas. Pero era algo mucho peor.

Desde lo alto podía hacerse una idea precisa de la magnitud del desastre: un impetuoso río brotaba del corazón de Kilmore Cove e iba a desembocar en el mar, arrastrando consigo todo lo que encontraba en su camino. El agua ya había inundado completamente la plaza de Chubber, se había llevado por

delante las barcas del puerto y había transformado la posada Windy-Inn en una auténtica isla de madera.

Asistió en directo al espectáculo de la posada que se doblaba lentamente y, al final, era barrida por las aguas y arrastrada hacia el mar.

Había coches mar adentro.

Tiestos de flores a centenares de metros de la costa.

Personas que se afanaban en mantenerse a flote, agarradas a trozos de tablones arrancados de los bancos.

La señora Covenant pensó en su marido, en la tienda, pero no tenía fuerzas para gritar.

Y volvió corriendo a casa para llamar por teléfono.

—¡Julia! —gritó Jason, una vez que llegó a la carretera de la costa.

—¡Jason! ¡Rick!

En cuanto oyó el estruendo, Julia se precipitó fuera de la verja de casa para intentar averiguar qué había pasado. Y, para su sorpresa, allí fuera estaban Jason, Rick y Anna, junto con dos hombres andrajosos que no había visto nunca antes.

—¿Estáis bien? —preguntó, jadeando, al ver el brazo en cabestrillo de su hermano.

—Nosotros sí —respondió Jason sombríamente, mientras dirigía la vista hacia el pueblo.

Julia dio unos pasos y se quedó de piedra al ver el espectáculo apocalíptico de Kilmore Cove, que quedaba sumergido por una montaña de agua.

—Papá... —murmuró.

—¿Se puede saber qué lío habéis armado allí abajo? —les preguntó Rick, atónito.

Julia se llevó las manos a la cabeza.

—¡No lo sé! —gimió—. Yo solo sé que... ¡Voynich está en el pueblo!

—¿Voynich? ¿Y qué demonios está haciendo aquí?

—A lo mejor me he equivocado... —admitió el de rizos.

—¡A lo mejor hemos sido nosotros! —concluyó por él el rubio.

—¿Habéis visto por casualidad a Nestor y a los otros? —preguntó Julia, alarmada.

—¡Nestor está en el parque! —respondió Rick—. ¿Los «otros» quiénes son?

—Black, tu padre... —dijo Julia con un hilo de voz, al tiempo que se volvía hacia Anna.

—¿Mi... padre? —se sobresaltó la chica, buscándolo instintivamente con la mirada entre la masa de agua oscura, que continuaba volcándose en el mar.

—... y Tommaso.



Capítulo 31

El HOMBRE de la VENTANA

La señora Bloom tomó un abundante desayuno.

Después, plano en mano, esperó a que abrieran las librerías del centro y empezó a pasar revista, una por una. No había muchas. Al contrario. Verona no parecía una ciudad de apasionados lectores. Los primeros dos intentos se revelaron un fracaso. Unos cuantos chicos desganados miraron el nombre del traductor escrito en el trozo de papel que les dio la señora Bloom como si estuviera escrito en chino. Después del tercer intento fallido, decidió cambiar de estrategia. Se plantó delante de un bar, bastante tranquilo, pidió una guía de teléfonos y empezó a llamar.

No había nada que hacer: el traductor de los libros de Ulysses Moore era un ilustre señor nadie.

Ya estaba empezando a arrepentirse de su plan cuando, inesperadamente, le tocó el gordo: habló con un tal Claudio, que había organizado una serie de actividades en los colegios de la ciudad y, después de algunas formalidades, finalmente consiguió la dirección del traductor.

Fue hasta su casa con un nudo en la garganta y la esperanza de encontrarlo.

Su nombre estaba escrito en el portero automático.

Así pues, cuando menos existía.

La señora Bloom se quedó mirando fijamente el nombre durante un cuarto de hora o más.

¿Qué podía decirle? «Buenos días, señor..., soy la madre de Anna. Mi hija, ¿sabe? ha desaparecido de casa hace unos días y, como no sé en qué otros sitios buscarla, he venido a hablar con usted.»

Se mordió las uñas.

No. No tenía mucho sentido.

—¿Está buscando a alguien, señora? —le preguntó una voz a su espalda.

La señora Bloom dio un respingo.

En cuanto la señora Bloom se dio la vuelta, la asaltaron dos diminutos perritos, uno blanco y otro negro, que le hicieron mil fiestas y monerías.

—¡Perdone usted! ¡Abajo, abajo! —los regañó el dueño.

Ella los acarició y sonrió.

—No se preocupe: me encantan los perros. Pero en Venecia no podemos tener perros, y además a mi hija Anna le gustan más los gatos.

La señora Bloom cruzó una mirada con el dueño de los perros.

—¿Usted es... la madre de Anna? —le preguntó él, incrédulo.

La señora Bloom se cepilló mecánicamente el traje, algo azorada.

—¿Por qué? ¿La conoce?

—Conocí a Anna en Venecia hace un par de días. Conocí también a su amigo Tommaso.

La señora Bloom no pudo contenerse más.

—¡Entonces dígame lo que ha pasado, por favor! —gimió con una voz cargada de angustia.

Él asintió, serio.

—Claro. Naturalmente. Pero... no aquí. Subamos a casa.

Subieron al segundo piso. Él le sujetó la puerta y le abrió paso.

—Perdone el desorden... —se disculpó torpemente mientras soltaba a los perros, que empezaron a corretear por toda la casa en busca de una pelota.

Había un largo pasillo. Una gran biblioteca.

—¿Por qué ha venido aquí? —le preguntó el traductor.

—Porque mi hija ha desaparecido. Y su amigo también. ¡Y además unos hombres están vigilando mi casa! —exclamó la señora Bloom.

Él se rascó la barbilla, el pelo y suspiró.

—Entonces creo que, sin lugar a dudas, le debo una explicación...

—Eso era lo que esperaba oír.

—Pero es... un poco complicado, le advierto...

—Sea lo que sea, quiero saber qué le ha pasado a mi hija.

—Para mí... —empezó a contar el traductor—... todo esto empezó hace unos años, cuando la señora Calypso me envió un baúl lleno de diarios. Y, junto con los diarios, una historia bastante insólita. Con un final imprevisto, diría yo. Pero venga, venga, pongámonos cómodos.

La acompañó hasta un tranquilo salón. Un par de sofás color azul claro, un piano vertical, un violonchelo. Y un hombre, de espaldas, que miraba a través de la ventana. El perro blanco correteaba entre sus pies y se puso a morderle los talones.

Al verlos entrar el hombre se dio la vuelta y los saludó con la mano.

Era alto y encorvado como una cigüeña, y no tenía una expresión particularmente vivaz.

—Hola, Fred... —lo saludó el traductor—. Esta es la señora Bloom. Señora Bloom le presento a Fred Duermevela, de Kilmore Cove.

Nombre: **Fred Drumond, llamado Duermevela**

Nacido en: Kilmore Cove, el 19 de enero de 1952

Dirección: Kilmore Cove

Particularidades: desaparecido del pueblo hace un par de años.
Trabajaba en el archivo municipal. Es el único capaz de manejar
la máquina para hacer los certificados de residencia.



Notas

[*] *Nota de la redacción.* Querido lector: estas veinte reglas son un enigma que también tú puedes resolver. Si quieres poner a prueba tu habilidad para descifrar códigos secretos y llegar a ser guardián de las Puertas del Tiempo, no sigas leyendo sin antes intentar resolverlo tú solo. <<